

Tesis de Doctorado en Humanidades y Artes  
(Mención Antropología)

*Juventud y conformación de identidad.  
Modos de grupalidad juvenil en ámbitos de  
pobreza y diversidad sociocultural*

Doctoranda: Silvana Sanchez

Directora: Elena L.Achilli

Doctorado en Humanidades y Artes  
Escuela de Posgrado  
Facultad de Humanidades y Artes  
Universidad Nacional de Rosario  
2006



## ÍNDICE

---

### INTRODUCCIÓN

- 1- Juventud, pobreza y grupalidad 5
- 2- Acerca del abordaje metodológico 9

### PARTE I: LA PROBLEMÁTICA DE LA GRUPALIDAD JUVENIL

- CAPÍTULO 1- Los jóvenes en la investigación social 14
  - 1- ¿Un auge del "tema juventud"? 14
  - 2- Modos de grupalidad juvenil: una revisión de los conocimientos sobre el tema 15
    - 2-1- *Bandas* de Chicago, *tribus* de Madrid: principales enfoques en torno a la temática del grupo juvenil 17
    - 2-2- Conociendo la juventud latinoamericana 28
    - 2-3- Formas de agregación juvenil en Argentina: la apertura de un campo temático 34
- CAPÍTULO 2- Aproximación teórico-metodológica a la grupalidad juvenil 39
  - 1- Del *grupo primario* y la retórica de la *comunidad* 39
  - 2- Construyendo una perspectiva de análisis relacional 43
  - 3- Presentación de los jóvenes y sus grupalidades 50

### PARTE II: VIVIR LA JUVENTUD EN CONTEXTOS DE POBREZA EN LOS AÑOS DEL CAMBIO DE SIGLO

- CAPITULO 3- El Estado y los jóvenes en tiempos recientes 54
  - 1- Concepciones y políticas de juventud 54
  - 2- Las políticas de juventud en Argentina 60
- CAPITULO 4- El contexto sociourbano en el que viven los jóvenes 64
  - 1- Recorrido por los procesos de configuración de un enclave urbano de pobreza 64
  - 2- Vida social, tensiones y aislamiento 70
  - 3- Del "encierro" en la geografía del barrio a los desplazamientos urbanos 76
- CAPITULO 5- El ámbito familiar de los jóvenes 83
  - 1- Tendencias en la dinámica intergeneracional 83
  - 2- Acerca de los grupos domésticos 86
  - 3- Padres e hijos jóvenes: una "relación turbulenta" 89
- CAPITULO 6- Caminos y horizontes juveniles en la escuela y el trabajo 99
  - 1- Una escolaridad inconclusa 99
  - 2- Experiencias en relación al mundo del trabajo 111

<b>PARTE III: GRUPOS DE PARES BARRIALES: MODALIDADES, TRAYECTORIAS Y SENTIDOS</b>	
<b>CAPITULO 7- Identificación de grupalidades en el ámbito barrial</b>	124
1- Retrato de una modalidad de agregación juvenil	124
2- Historizando los grupos de pares	128
<b>CAPITULO 8- Los sentidos del ámbito grupal</b>	135
1- El grupo como protección: construyendo "lazos fraternos"	135
2- El <i>bardo</i> : la lógica del juego y la diversión	141
3- Jóvenes en busca de visibilidad: el grupo en el desarrollo de una "visibilización aterrizante"	146
4- La grupalidad como espacio de <i>politicidades</i>	149
<b>CONCLUSIONES</b>	155
<b>BIBLIOGRAFÍA</b>	162

## INTRODUCCIÓN

---

### 1- Juventud, pobreza y grupalidad

Esta tesis aborda la problemática de la grupalidad entre jóvenes inmersos en condiciones de pobreza urbana. Específicamente, el foco de atención está puesto en cierta forma agregativa, que en principio se podría acercar a aquellos espacios de actuación colectiva juvenil que en la tradición sociológica estadounidense se han examinado a través de la categoría de *banda* o *pandilla*, y que, a fin de obtener una mayor precisión conceptual, en el marco de este estudio denominaré *grupos de pares barriales*.

Sin lugar a dudas, el hecho de que los jóvenes urbanos se agrupen en instancias colectivas no es nuevo. La ciencia social comenzó a dar cuenta de ello hace casi un siglo, y se ha extendido un amplio consenso en cuanto al significado que se otorga a la tendencia juvenil a la práctica gregaria. Más allá de los diferentes enfoques y perspectivas teóricas, la mayor parte de los estudios atribuyen a la grupalidad un papel positivo para el joven en tanto mecanismo de contención emocional, de afirmación de la identidad y la autoestima, y de fortalecimiento del sentido de pertenencia, que le permite amortiguar los dilemas y la desorientación en un período -la etapa juvenil- que implica movimientos, tanteos, pruebas. Pareciera que por detrás de la diversidad de prácticas, estilos y comportamientos a través de los que se expresan los grupos juveniles, se esconde una unidad en la necesidad de construir identidad y cohesión.

Sin embargo, una aproximación más exhaustiva nos muestra que no todas las formas agregativas que desarrollan los jóvenes son merecedoras de una mirada elogiosa, sino que se presentan al análisis como ámbitos que entrañan cierta amenaza o peligrosidad para el propio joven y para el conjunto de la sociedad.

Esta valoración oscilante respecto de los grupos juveniles se hace especialmente patente con respecto a las denominadas *bandas*, que en ocasiones

son presentadas como la panacea para todas las conflictividades juveniles, y otras veces resultan ser el "mal" que los lleva a la "desviación". Esta última concepción ha dado lugar a programas tendientes a la erradicación, eliminación o anulación de las bandas, y al desarrollo de proyectos con miras a alejar a los jóvenes del sendero de las pandillas. Estas variaciones en los modos de concebir a las bandas juveniles pueden registrarse a través del tiempo. Desde las primeras formulaciones producidas por la Escuela de Chicago y durante algunas décadas, las mismas fueron en gran medida valoradas por considerarse que contribuían a la inserción social del joven. Sin embargo, a partir de la década de 1950 aparecerán estudios que percibirán a las pandillas como una amenaza al orden social. Muchos de los actuales análisis sobre las bandas juveniles en los EE.UU. se esfuerzan por destacar que ni la criminalidad ni la violencia son características que las definen, sino que más bien son el resultado de ciertas condiciones sociales que hay que indagar.

Estas variaciones en los análisis pueden atribuirse a la puesta en juego de diferentes perspectivas teóricas, desde las cuales se ha construido a las grupalidades de maneras muy distintas. Sin embargo, también deberá concederse que en realidad no se trata de la misma *banda*, sino de la existencia de particulares concreciones empíricas en diferentes contextos témporo-espaciales. De hecho, se registran marcadas diferencias entre las primeras bandas juveniles de los años '20, '30 y '40, y las que se fueron desarrollando después, hasta llegar a las que hoy algunos autores refieren como las bandas de la era postindustrial, de las cuales, algunas han incorporado funciones económicas, como la distribución de drogas, y han llegado a convertirse en empresas de negocios dentro de la economía informal.

Los jóvenes en que se centra esta investigación no conforman agrupamientos del tipo de los que más abundantemente se han descrito en los EE.UU. y en diferentes países de América Latina, ni en su estructuración interna, ni en el nivel de "institucionalización" que adquieren. Pero me interesa situarme en este terreno de la ambivalencia que contiene el fenómeno de las grupalidades, porque creo que a partir de allí es posible desentrañar su lógica y los sentidos que ellas cobran para los jóvenes más desfavorecidos.

De acuerdo con lo anterior, es posible desprender una tesis que guía este proceso de investigación:

**El ámbito de la grupalidad, al tiempo que se presenta para el joven como un espacio proveedor de apoyo y amparo en el marco de procesos de estigmatización, de pérdida de espacios de inserción, y de fragilización de los marcos institucionales de protección, se va convirtiendo también en una instancia generadora de peligrosidad que lo distancia aún más del conjunto social.**

De esta tesis se puede derivar una hipótesis que otorga especificidad al contexto social en que se insertan los jóvenes:

**Las características particulares que adquiere el hecho de vivir la juventud desde y en un contexto de pobreza, reviste de modos y sentidos particulares a las instancias agregativas que los jóvenes despliegan.**

Explorar el campo de las grupalidades juveniles en contextos de pobreza obliga a decir que se trata de condiciones singulares de privación y precariedad, aquéllas originadas en el marco de la particular estructuración sociohistórica y política que se configura hacia fin del siglo XX. La pobreza urbana de finales de siglo condensa un conjunto de rasgos que la diferencian de las situaciones de carencia de otras épocas. Tiene lugar un proceso de profundización de las desigualdades, que va siendo acompañado por determinadas políticas de Estado. Una esfera relevante, en función de la temática de este trabajo, se vincula con las políticas estatales de juventud, que van incidiendo en la producción de determinada percepción de los *jóvenes*, como sujetos vulnerables y frágiles, pero también violentos y peligrosos, estigmatizándolos y reprimiéndolos. Otra esfera se relaciona con los modos de organización de la vida urbana, que plasman en la formación de determinadas urbanizaciones en las que se va "encerrando" y aislando a la pobreza.

En virtud de estos procesos contextuales, se va delineando para el joven un ambiente de escasa contención cercana. Sus experiencias de vida se van constituyendo sobre un fondo marcado por el debilitamiento de la protección y/o pertenencia que la escuela, la familia, el barrio y el trabajo supieron ofrecer o prometer en otro tiempo, lo que los va configurando como el sector de la sociedad más cercano a la desafiliación. A esto se suma la puesta en acto de diferentes modalidades de discriminación hacia estos jóvenes, representados como sujetos "peligrosos", dignos de sospecha y temor.

De este modo, los ámbitos cotidianos en que se involucra el joven le ofrecen en gran medida experiencias de desvalorización, rechazo, exclusión, peligrosidad o débil protección, desencadenándose un movimiento en el que el grupo de pares gana terreno y adquiere significaciones muy particulares.

Por lo antedicho, trazar un cuadro de las experiencias contradictorias y complejas que recorren las biografías de los jóvenes que hoy están creciendo en ámbitos de pobreza, resulta crucial para comprender los sentidos que encuentran en la interrelación con sus pares a través de distintas modalidades de agregación colectiva.

En el desarrollo de esta investigación he procurado dar cuenta del entramado de significaciones contenidas en los espacios de agregación juvenil. Adelantando parte de lo que se expondrá en el trabajo, propongo abordar las significaciones de la grupalidad a través de los siguientes núcleos de sentido:

- \* la *fraternidad*, el grupo actuando como protección y como medio de reproducción biológica y social para sus integrantes
- \* el *bardo*, entendido como práctica lúdica de trasgresión y divertimento, que puede incluir actividades legales e ilegales.
- \* la búsqueda de *visibilización a través del espanto*, que implica prácticas tendientes a infundir miedo o asombro.
- \* la carga de *politicidad* contenida en la experiencia grupal

En principio, se puede postular que el análisis del fenómeno de la grupalidad juvenil descubre una paradoja. Los jóvenes acuden a la instancia del grupo buscando sostén y protección mutua ante peligros cotidianos, y la configuración misma de este tipo de agregaciones acaba desembocando en

distintas formas de "peligrosidad". La práctica del agrupamiento entre pares los vuelve amenazantes frente a otros y frente a sí mismos. El recurso a la grupalidad como alivio de aquel que no se siente visto ni reconocido socialmente, llega así a favorecer la sensación de extrañeza y distanciamiento.

En otras palabras, el grupo promete amortiguar la desafiliación, aligerar el "sufrimiento social" y resguardar de un conjunto de peligros externos, pero se vuelve amenazante para otros, potenciando las dificultades de acceso a oportunidades socialmente legitimadas, e incumpliendo los augurios de fortalecer el sentimiento de seguridad del joven.

Esto que estoy planteando equivaldría a decir que el tipo de grupalidades abordadas en esta investigación conjuga dos lógicas contradictorias. Por un lado, en la socialidad interna, parece predominar el afecto, el acompañamiento, la tolerancia y el apoyo emocional entre pares. Sin embargo, la puesta en juego de determinadas estrategias colectivas de protección, defensa mutua y reproducción cotidiana, el imperativo de "hacer algo" juntos con el aburrimiento y el vacío, y, fundamentalmente, la intención de ser vistos y oídos (aunque sea a través del espanto y la espectacularidad de ciertas conductas transgresoras) van orientando la lógica del comportamiento grupal en una dirección opuesta a la anterior, que puede entrañar alto riesgo hacia otros y hacia sí mismos.

Por el momento propongo que esta lógica del comportamiento grupal puede conducir a reforzar la invisibilización, o, mejor dicho, a consolidar una visibilización negativa de los jóvenes y a deslegitimar los procesos grupales que protagonizan.

## **2- Acerca del abordaje metodológico**

El proceso de investigación para esta tesis se inscribe en una línea de trabajo sobre experiencias juveniles en la pobreza que he venido siguiendo durante varios años. Desde 1996 comenzaron a preocuparme distintos aspectos de la vida de los jóvenes, en un contexto en que éstos empezaban a ocupar un lugar destacado en los problemas nacionales y se iba cristalizando una mirada "exotizante" respecto de sus comportamientos. De ahí que me animó la

posibilidad de contribuir a la generación de conocimientos que permitan acceder en profundidad a las particularidades de sus vidas. Durante algunos años me dediqué a examinar usos y prácticas en relación al espacio urbano, así como procesos identitarios ligados a la esfera del trabajo y la educación

En el año 2000 inicié trabajo de campo con jóvenes indígenas en un barrio construido por el municipio para esa comunidad en la periferia oeste de Rosario. Fue allí que me impactó el intenso proceso de concentración poblacional que se estaba dando en la zona. La implementación de políticas de vivienda iba acoplando contingentes de diversas procedencias, generándose un entramado de múltiples fricciones que, entre otras cosas, iba modelando las identidades y las formas de agregación de los jóvenes que allí se encontraban inmersos. Comprendí que este territorio de erradicación -en tanto expresaba las huellas de las políticas urbanas y de la construcción histórica de la pobreza de fin de siglo- constituía un ámbito privilegiado para visualizar las marcas que estos procesos iban dejando en las biografías juveniles y en los modos de sociabilidad entre pares.

A partir de ese momento, diseñé el trabajo de campo para esta tesis, que se llevó a cabo entre los años 2001 y 2006 con jóvenes varones que habitan en dicho sector de la periferia de la ciudad de Rosario. El relevamiento en terreno se dividió en dos grandes etapas:

Entre fines de 2001 y 2003, el trabajo se orientó a la reconstrucción de los procesos de configuración del espacio sociourbano seleccionado, que incluye un conglomerado de barrios de vivienda pública, y de "villas miseria" Esto se llevó a cabo a través de entrevistas abiertas y charlas informales con diferentes sujetos involucrados en la dinámica de estos barrios, como funcionarios, miembros de instituciones y pobladores que presentan distintas procedencias socioétnicas y regionales y distintos momentos de arribo al lugar. A su vez, se realizaron observaciones del espacio y las relaciones que allí se tejen, y se incorporó la consulta de algunos documentos oficiales.

En un segundo momento, me concentré en uno de los núcleos que integran el área de referencia. Se trata de un barrio FONAVI, que toma el nombre Los Álamos<sup>5</sup>, y que consta de tres manzanas y una pequeña "villa miseria" recostada

---

<sup>5</sup> Las denominaciones de los barrios de referencia de esta investigación son ficticias.

sobre uno de sus márgenes. El foco de atención en esta etapa estuvo puesto en el trabajo con dos grupos de pares formados por jóvenes varones de dicho barrio. Estos grupos, más allá de numerosas fluctuaciones y vaivenes, han mantenido cierta identidad y permanencia desde la inauguración del barrio en 1999 hasta la actualidad. Uno de ellos, se forma predominantemente con jóvenes del barrio Los Álamos. El otro, en cambio, lo integran jóvenes que residen en el borde del perímetro barrial, y su cercanía física con el sector de enfrente –otro Barrio FONAVI de similares características llamado Trinidad- ha promovido la conformación de un grupo de pares con jóvenes de ambos barrios, que habitan en esta “zona fronteriza”.

Atendiendo a las dimensiones que, como mostraré más adelante, he destacado como constitutivas de la problemática, las entrevistas individuales y grupales recorrieron la vida cotidiana de los jóvenes, sus experiencias laborales, escolares, familiares, urbano-barriales y por supuesto, la constitución de redes grupales. En relación a este último eje temático se trabajó a partir de la evocación que producen sus integrantes actuales sobre la historia grupal, del reconocimiento de sus trayectorias individuales en relación al grupo, y del seguimiento de la dinámica grupal a lo largo del trabajo de campo. El grueso de los jóvenes de este estudio, nacieron entre 1984 y 1989. En el momento en que sus familias llegaron a la zona (entre fines de 1999 y principios de 2000), esos niños tenían entre 10 y 15 años. A la mayor parte de ellos los conocí en el transcurso del año 2004, cuando contaban entre 15 y 20 años de edad, y hacía cuatro años que habitaban allí.

También se realizaron entrevistas a los padres de los jóvenes en los casos en que pude acceder a ellos, sobre sus experiencias migratorias, laborales y escolares, y sobre las relaciones intergeneracionales en la familia.

Asimismo, se entrevistó con diverso grado de profundidad a dirigentes barriales, a docentes de las escuelas primarias y secundarias de la zona, y a vecinos para conocer sus imágenes y prácticas específicas en relación a los jóvenes del barrio.

Entiendo que abordar la vida juvenil desde un recorte espacial me permite hacer inteligibles sus prácticas en el marco de la vida social que se compone en los barrios de segregación y aislamiento en que habitan

Para la organización expositiva de esta tesis, he dividido el trabajo en tres partes.

En la Parte I se explicita el punto de partida para abordar la problemática de la grupalidad juvenil, tanto en lo que respecta al conocimiento científico generado hasta el momento, como en cuanto a la argumentación teórico-metodológica que orienta este trabajo de tesis. De este modo, la Parte I resulta ordenada en dos capítulos: El Capítulo 1 contiene una revisión de los conocimientos sobre la temática del grupo juvenil. El Capítulo 2 está dedicado a presentar la perspectiva de análisis construida para dar cuenta de los particulares agrupamientos que son objeto de esta investigación

En la Parte II se aborda el entramado de dimensiones analíticas que contextualizan la práctica de la grupalidad juvenil a través de cuatro capítulos. Los dos primeros, enfocan aspectos relevantes del contexto de fines del siglo XX. Así, el Capítulo 3 se centra en las políticas estatales de juventud y la producción de una determinada percepción del *sujeto joven*. El Capítulo 4 muestra en detalle los procesos de configuración de una urbanización de pobreza, y cómo los jóvenes se constituyen en el "adentro" y en el "afuera" de este espacio. Los otros dos capítulos dan cuenta de las experiencias juveniles en sus ámbitos cotidianos: El Capítulo 5 pone el foco en los grupos familiares de los jóvenes y la dinámica intergeneracional al interior de los mismos. El Capítulo 6 recorre las experiencias juveniles en la escuela y el trabajo. El espacio destinado al análisis de las trayectorias de los jóvenes en estos diferentes ámbitos resulta el más extenso, en tanto guarda relación con la importancia que le asigno al conocimiento integral de sus vidas como modo de hacer inteligibles sus experiencias en las *esquinas*.

En la Parte III se exploran las modalidades y los sentidos que adquieren los *grupos de pares barriales*: El Capítulo 7 presenta una descripción general de tales espacios de agregación. El Capítulo 8 desgrana los diferentes núcleos de sentidos que se conjugan y contraponen en los procesos grupales.

Finalmente, en las Conclusiones se retoman la tesis y el modelo de análisis propuestos, para organizar una síntesis de lo trabajado, y para discutir los cruces entre *grupalidad y juventud* en el entorno social específico de comienzos de siglo veintiuno.

*PARTE I*

*LA PROBLEMÁTICA  
DE LA GRUPALIDAD JUVENIL*

## **CAPÍTULO 1**

---

### **Los jóvenes en la investigación social**

#### **1- ¿Un auge del "tema juventud"?**

Todo parece indicar que el "tema juventud" está de moda en el ámbito de la investigación social. En los últimos veinte años se ha podido ver el impulso que las indagaciones en torno a este segmento poblacional han cobrado a nivel mundial. Dicho impulso empezó a hacerse notar justamente en coincidencia con la declaración del año 1985 como Año Internacional de la Juventud, un hecho que intentaba reflejar la inquietud por parte de los organismos internacionales por lo que en ese entonces se comenzaba a percibir como un momento crítico para la población juvenil del planeta en los inicios de la era neoliberal.

Se despierta una cierta atención política en torno a los jóvenes, en momentos en que buena parte del mundo va dejando atrás un modelo económico y político configurado alrededor del Estado de Bienestar. La mirada hacia estos sujetos nace, no tanto de la preocupación por tratarse del grupo etario más afectado por las transformaciones en curso, como de la alarma por la peligrosidad que desde ese lugar crítico, éstos comienzan a entrañar para sí mismos y para el conjunto de la sociedad.

Es importante recordar que el interés académico por la temática juvenil converge con esa inquietud política. El clima mundial de "preocupación" halló correlato en la proliferación de estudios sobre los sujetos que integran tal categoría etaria, con la consiguiente organización de foros, congresos y demás eventos dedicados al tema. Más aún, el creciente espacio que éste fue ocupando en la discusión pública y en las orientaciones de los organismos internacionales se tradujo en posibilidades concretas de financiamiento para realizar investigaciones en este campo, lo cual evidencia la demanda de información sobre lo que se percibe como nuevas realidades juveniles.

Mi proceso de trabajo para esta Tesis se enmarcó en esta atmósfera de "auge" de los estudios sobre juventud en el mundo, y la conciencia de estar enfocando una de las temáticas que están "de moda" provocó, en el plano personal, un interés por reflexionar sobre las razones de tal difusión

Como mostraré más adelante, las investigaciones sociales en torno a la juventud ya son centenarias, y han dado lugar a importantes tradiciones teórico-metodológicas que han dejado huella. Sin embargo, no se puede desconocer el énfasis que estos estudios han cobrado más recientemente, si bien Argentina no parece incluirse en esta tendencia (o lo está haciendo con cierto retraso) dado que aún no existe una producción consolidada de conocimiento en este campo específico.

Creo que es posible interpretar estas tendencias en el marco de lo que Bourdieu y Wacquant (2001) caracterizaron como procesos de imposición de determinadas temáticas -en este caso, la referida a los jóvenes- para ser recogidas por los investigadores sociales, y la prevalencia de ciertos desarrollos teórico-conceptuales que se ligan con la construcción de sentido común sobre tal cuestión, lo cual nos obliga a ejercer una crítica permanente sobre nuestras propias producciones y argumentaciones para no ser arrastrados -al menos no inconcientemente- por la corriente de tales modas.

## **2- Modos de grupalidad juvenil: una revisión de los conocimientos sobre el tema**

Dado que el nudo problemático de esta Tesis lo constituye el cruce entre juventud y grupalidad, me propongo presentar una revisión y ordenamiento conceptual de trabajos que tienen por foco de sus análisis los diferentes modos de agrupamiento juvenil desplegados en el ámbito urbano. Esta temática ha sido y continúa siendo una de las que mayor atención ha merecido dentro del amplio campo de investigaciones sobre la juventud urbana.

Antes de proseguir, conviene hacer una aclaración. El terreno de estudios sobre juventud ofrece distintas vertientes temáticas, como las relacionadas con la educación, el empleo, o la sexualidad entre otras, que no serán incorporadas en el

examen bibliográfico que propongo, en tanto esta revisión se restringirá a los materiales que se aproximan a la temática específica del grupo juvenil. Es decir que me concentraré en aquellos estudios e investigaciones que se orientan a la producción de conocimientos en torno a las formas de grupalidad desarrolladas por los jóvenes urbanos durante todo el siglo XX y hasta nuestros días.

En efecto, desde hace casi un siglo, los científicos sociales se han sentido llamados a dar cuenta de una práctica gregaria frecuentemente observada entre los jóvenes de las ciudades, mediante la cual éstos tienden a conformar e insertarse en instancias colectivas generadoras de pertenencia e identificación. Estos espacios de congregación juvenil son de índole muy diversa, y pueden ir desde la "barra de la esquina", a colectivos políticos, religiosos, o expresiones artísticas.

En casi cien años de indagaciones en torno al grupo juvenil se ha acumulado una extensa bibliografía, que exhibe diferentes perspectivas y enfoques, y distintos énfasis nacionales. La revisión que aquí ofrezco no pretende ser exhaustiva, sino que se encamina a presentar un panorama sobre la cuestión que me ocupa, sistematizando las líneas teórico-metodológicas más relevantes y los principales núcleos temáticos que han sido explorados en relación con dicha cuestión.

Como modo de organizar el material consultado, distingo los siguientes ejes:

1- Sistematización de las grandes líneas de investigación sobre grupos juveniles desarrolladas en los países centrales. Propongo un recorrido a través de tres categorías teóricas identificadas como las más comúnmente empleadas para conceptualizar las formas grupales juveniles: *bandas/pandillas* - *subculturas juveniles* - *tribus urbanas*. Se trata de presentar el contexto sociohistórico y el encuadre teórico-metodológico en que se inscribe cada una de estas categorías.

2- Anclaje en suelo latinoamericano, para trazar un panorama de la producción en distintos países, con especial atención hacia México, país que se destaca por la abundancia de investigaciones dedicadas al sujeto joven, y en particular a sus formas agregativas.

3- Revisión de los estudios desarrollados en nuestro país, en donde contamos con una producción escasa, especialmente en antropología, pero que comienza a mostrar importantes avances en la vertiente temática considerada.

### **2-1- *Bandas de Chicago, tribus de Madrid:* principales enfoques en torno a la temática del grupo juvenil**

#### *a) Sobre las bandas*

En general existe consenso acerca de que la reflexión e investigación sobre grupos juveniles en las ciudades fue inaugurada en los Estados Unidos en la década del '20, por los sociólogos urbanos de la Escuela de Chicago. La poderosa e industrializada ciudad de Chicago de principios de siglo -así como otras ciudades de Estados Unidos- estaba experimentando un crecimiento acelerado, al compás de importantes flujos migratorios procedentes tanto de las zonas rurales del país, como de distintas naciones europeas. Las nuevas formas de vida urbana que se iban gestando como resultado de estos procesos atrajeron el interés de los autores de esta Escuela. Junto con estudios sobre el mundo de la clandestinidad y la marginación social, la proliferación de "*pandillas juveniles*" figuró entre sus preocupaciones centrales. Estas fueron concebidas como un tipo de comportamiento social propio de los "barrios bajos" de la gran metrópoli, y se las caracterizó como una forma de "desviación", como una conducta que infligía el orden social constituido.

Se destaca la investigación de Thrasher (1960 [1927]), que intenta ver las causas de esa "desviación juvenil" para lo cual realiza un vasto estudio sobre las pandillas en la ciudad de Chicago, relevando un total de 1313 grupos. Define a la banda como "un grupo intersticial, en su origen formado espontáneamente, y luego integrado a través del conflicto. Se caracteriza por los siguientes tipos de comportamiento: encuentro cara a cara, batallas, movimiento en el espacio como una unidad, conflicto y plan. El resultado de este comportamiento colectivo es el desarrollo de una tradición, una estructura interna, espíritu de cuerpo, solidaridad, moral, conciencia de grupo, y apego a un territorio local." (Thrasher, 1960/1927: 46, traducción propia). El autor presenta a estas bandas como un ámbito de

afirmación de valores alejados de los principios convencionales de la sociedad, que de este modo funcionan como un "sustituto de lo que la sociedad no es capaz de dar" y proporcionan alivio ante un contexto social que caracteriza por la "desintegración de la vida familiar", la ineficacia de las escuelas y la iglesia, la indiferencia de la política, los bajos salarios y el desempleo (Thrasher, 1960/1927).

Aunque resulte paradójico, en la visión de Thrasher las pandillas son concebidas como una respuesta organizada en un contexto de desorganización social, como un intento de dar a luz un orden moral en condiciones de confusión.

En esta misma línea se inscribe la obra clásica del sociólogo William Foote Whyte (1977/1942), quien aborda el tema de las "bandas callejeras" en la ciudad de Boston de los años '30. A través de la convivencia con una familia de inmigrantes del barrio italiano de Boston, el autor accede a conocer el funcionamiento cotidiano de una de las bandas que los hijos de inmigrantes italianos conforman en las esquinas de su barrio. En particular explora los mecanismos de liderazgo, lealtades y ayuda mutua, como aspectos centrales de la cohesión grupal. A su vez, contraponen los *street corner boys* con los *college boys* que constituyen otro tipo de banda presente en el barrio, y se diferencian de los primeros por su acceso a la educación superior. (Feixa, 1992). En general, se considera que el estudio de Whyte rompe con un aspecto del modelo chicaguense, en tanto demostró que aún las áreas supuestamente desorganizadas, como el *slum* italiano, muestran una fuerte integración social a través de una organización propia.

Durante algunas décadas, los estudios produjeron una imagen hasta cierto punto positiva de las pandillas, ya que se afirmaba que éstas favorecían la socialización de los jóvenes dentro del modelo económico-político imperante. Para la Escuela de Chicago, en un contexto de desintegración social y de transformaciones veloces las pandillas aseguraban la integración de los jóvenes a la sociedad americana. (Kessler, 2002).

Sin embargo, "a partir de la década de 1950 surge un auténtico estallido de nuevos estudios que empiezan a catalogar y a reconocer dentro de las pandillas

sus aspectos negativos, capaces de transformarse en una auténtica amenaza social" (Castillo Berthier, 2004: 113).

La teoría funcionalista, hegemónica en la academia desde la posguerra, centró su preocupación en torno a aquellos grupos aún no integrados a la sociedad, es decir, aquéllos que aún no alcanzaban los logros y valores de la clase media en ascenso, en un contexto de capitalismo triunfante, crecimiento económico y auge del consumo. Las bandas constituirían un tipo de comportamiento desviado o anómico que se desarrollaba en respuesta a la insatisfacción experimentada por sectores marginales que aún no lograban adquirir los valores básicos de la sociedad. (Cambiasso y Grieco y Bavio, 1999).

De este modo, el estudio de las bandas debe entenderse en relación a la dificultad de algunos jóvenes para alcanzar dichos logros sociales en forma legítima (estudio, trabajo), lo cual se articula a la concepción mertoniana de *anomia*. Debe repararse en que esta concepción se aparta de la noción inicialmente propuesta por Durkheim. Para Merton, la *anomia* tiene que ver con la limitación de los medios: los individuos saben lo que quieren, pero no saben cómo llegar a ello. Mientras que para Durkheim, la anomia está en relación con la ilimitación de los fines: la *anomia* acaece en períodos en que los individuos ya no saben qué pueden esperar. (Kessler, 2004). El eje de la argumentación funcionalista giró en torno al desajuste entre los objetivos considerados legítimos por una sociedad y los medios para alcanzarlos. Merton propuso el concepto de "innovación" para referirse a la construcción de medios ilegítimos para acceder a fines dados, abriéndose una corriente de trabajos que consideraron a las bandas como formas de resolución colectiva de la frustración. (Kessler, 2004).

Integrando estas concepciones, las pandillas comenzaron a ser conceptualizadas en términos de criminalidad y "desviación social", con énfasis en sus elementos "antisociales". Hagedorn (2005) señala que entre los '50 y los '70 se produjo un cambio en la etnicidad de las bandas norteamericanas. De ser un fenómeno temporario de los barrios "desorganizados" de inmigrantes europeos con posibilidad de movilidad ascendente, pasaron luego a presentarse mayormente en los guetos segregados más permanentes, formados por negros y latinos, que serán vistos ahora como un "problema de crimen". Pueden mencionarse los

trabajos de A. Cohen (1955) citado en Castillo Berthier (2004); M .Miller (1958) y M .Klein (1968) citados en Hagedorn (2005).

En los Estados Unidos, los estudios sobre bandas o pandillas han tenido continuidad hasta el presente, en un conjunto de investigaciones encaradas tanto desde la Sociología y la Antropología, como desde la Criminología. En su mayoría, estos trabajos enfocan la conformación de grupos juveniles de tipo "pandilleril" como una característica de la segunda generación de migrantes a las ciudades, que le permite al joven establecer lazos de identificación en el marco de dichas situaciones migratorias. En este sentido, se han producido una gran cantidad de trabajos sobre la juventud negra, hispana, italoamericana, chicana, asiática, etc. En general en estos estudios se aplican métodos y técnicas propios del trabajo de campo antropológico, y los conceptos empleados son principalmente los de "*pandilla juvenil*" o "*banda callejera*".

La línea de pensamiento que va de la Escuela de Chicago al funcionalismo, con su bagaje teórico-conceptual, puede ser reencontrada, al menos parcialmente, en la mayor parte de los actuales estudios sobre bandas en los EE.UU., que también adscriben a la teoría de la infraclass, de cuño más reciente.

Por ejemplo, pueden referirse las investigaciones de James Short, quien desde los '70 trabaja sobre bandas en la ciudad de Chicago y Joan Moore (1991, citado en Hagedorn, 2003), en el contexto de Los Angeles. Estos autores comparten una mirada similar sobre las bandas, que retorna a la tradición de Thrasher y la Escuela de Chicago. Se esfuerzan por destacar que ni la criminalidad ni la violencia son características que definen a la banda, y prefieren concebirlas como grupos de pares socializados por la calle más que por las instituciones convencionales, que en general están vinculados a un barrio específico, y que se auto-definen como banda. Proponen entender cómo surgen, por qué persisten, y cómo es posible explicar la creciente relación de las bandas con el delito, la violencia y la droga. En este sentido, la "desviación juvenil" no sería un fenómeno patológico, sino el resultado de ciertas condiciones sociales que hay que indagar. (Hagedorn s/f)

También es importante mencionar el trabajo de James Vigil (1994) sobre las bandas juveniles en los barrios mexicanos del Sur de California. A través del concepto de "marginalidad múltiple", examina los factores que contribuyen a la formación de bandas: segregación en enclaves barriales aislados y precarios, bajos ingresos, pobre desempeño escolar, escaso control paterno, discriminación racial y social, y políticas de gobierno punitivas. Desde esta misma tesis, en una obra más reciente, Vigil (2002, citado en Hagedorn, 2003) combina historias de vida con análisis históricos, para abordar los aspectos comunes que caracterizan a bandas de mexicanos, afroamericanos, salvadoreños y vietnamitas, siempre en el contexto californiano.

La historia de las bandas de negros en Los Angeles y sus prácticas territoriales son el eje de la investigación de Alejandro Alonso (1999), quien parte de los clubes de los años '40, en que los jóvenes negros se aglutinaban para defenderse del racismo de los residentes blancos, pasando por los movimientos en favor de los derechos civiles de los negros en los años '60, hasta las bandas callejeras que se formaron en las últimas décadas, y que han dejado una fuerte impronta en la cultura de las bandas callejeras en todo EE.UU.<sup>6</sup>

John Hagedorn, es otro de los autores que se asume como heredero de la Escuela de Chicago, e intenta identificar aquello que particularmente caracteriza a las bandas de la era post-industrial. Puntualiza que algunas de ellas han incorporado funciones económicas, como la distribución de drogas, y han llegado a convertirse en "empresas de negocios dentro de la economía informal"; incluso en algunos casos se vinculan con carteles criminales internacionales. También cumplen roles variables en relación con las instituciones sociales, políticas o religiosas. A su vez, encuentra que es creciente la participación de adultos en las bandas, usualmente asumiendo funciones de liderazgo (Hagedorn, 1998). Para este autor es importante destacar que los '80 y '90 trajeron el comienzo de las bandas como un fenómeno global. Así, las concibe como organizaciones concientes dentro de comunidades pobres, que responden a las condiciones de la

---

<sup>6</sup> Desde el campo específico de la disciplina histórica se han producido interesantes estudios sobre el devenir de algunas bandas a través del tiempo. Varios de estos estudios bucean en el contexto de los años '60, mostrando que muchas de las clásicas bandas territoriales, pasaron en ese momento a convertirse en entidades políticas ligadas a los movimientos estudiantiles y a organizaciones comunistas y socialistas.

globalización, al igual que en el pasado habían respondido a las condiciones de la industrialización (Hagedorn, 2005).

La mayor parte de los autores contemporáneos mencionados incorporan la teoría de la infraclase (*underclass*), consolidada desde los años '80. Consideran que los miembros de las bandas provienen de la infraclase americana, reduciendo en cierto modo sus comportamientos y estilos de vida a su pertenencia a dicha infraclase. Para seguir con la argumentación de Vigil (1994), él considera que en los intersticios urbanos pobres y ruinosos en los que se ven obligados a vivir los inmigrantes mexicanos a los EE.UU., emerge una infraclase con sus propios problemas. Sostiene que en el esfuerzo de adaptación a la vida urbana, algunas familias lograron estabilizarse y prosperar, pero otras fueron tensionadas en mayor grado y se empobrecieron crecientemente. Entonces, dentro de un barrio de clase trabajadora puede desarrollarse una infraclase más pequeña con un conjunto de características que, si bien hasta cierto punto intentan vincularse con el proceso sociohistórico general, terminan presentándose como una "cultura", como comportamientos explicables por referencia a dicho estrato social.

No quiero finalizar este acápite sin mencionar que el uso de la noción de "banda" ha sido sometido a algunas críticas interesantes. Ante todo, se enfatiza que hablar de "bandas" puede favorecer el estereotipo legado por la tradición de las ciencias sociales norteamericanas, que como se vio, anudó su estudio primero a los conceptos de "desorganización social" y "desviación", y luego al de "anomia". Por otra parte, la utilización de tal término también se reviste de cierta alusión al "primitivismo", e incorpora una connotación negativa marcada por su origen policial, sugiriendo marginalidad y segregación de las instituciones sociales (Feixa, 1992).

#### b) *Los jóvenes en los estudios culturales*

Otra línea importante de investigaciones sobre las grupalidades juveniles se va a desarrollar en la Europa de posguerra, concomitantemente con la emergencia -principalmente en Inglaterra y extendiéndose luego a otros países de Europa y del mundo- de un conjunto de colectivos juveniles organizados en torno a diversos elementos distintivos: vestimenta, accesorios, preferencias musicales,

objetos, estilos de lenguaje, así como ciertos comportamientos característicos. Se trata de grupos como los teddy-boys, rockers, mods, skinheads, entre otros que se originaron en las periferias de las grandes ciudades en las décadas del '50 y '60 y suscitaron el interés de las ciencias sociales.

El Centro de Estudios Culturales Contemporáneos de Birmingham promovió en la década del '70 investigaciones en torno a los grupos juveniles británicos de posguerra, las que fueron llevadas adelante por sociólogos, antropólogos y semiólogos y se expusieron en el libro *Resistance through Rituals. Youth subcultures in post-war Britain* (Hall y Jefferson, 1983/1976).

Los autores de la Escuela de Birmingham mostraron una fuerte influencia del pensamiento de Gramsci, el cual se articula con el marxismo británico y con elementos del interaccionismo simbólico y del estructuralismo, para explicar el surgimiento de lo que ellos comenzaron a denominar "*subculturas juveniles*". Hicieron hincapié en la noción de *clase social*, ya que estos grupos se componían mayormente por jóvenes de las clases trabajadoras, en contraposición a quienes analizaban a las culturas juveniles en términos de *conflicto generacional*. Es decir que no es la edad sino la clase la que explica el surgimiento de estos grupos (Feixa, 1992).

En *Resistance through Rituals* se entiende a las subculturas juveniles como la reacción de los jóvenes de sectores trabajadores a la cultura dominante y a la cultura de sus padres. Esta respuesta ya no se expresa a través de la delincuencia, sino por medio de rituales y la adopción de un estilo particular (Lacalle Zaldueño, 1996). Así, el estilo subcultural juvenil es considerado como pleno de significaciones, capaz de resistir, en el plano simbólico, a la cultura burguesa. Se le ha criticado al grupo de Estudios Culturales el "romanticismo" que implicaba creer en el potencial de "resistencia" que comprenden las subculturas juveniles, sin tener en cuenta sus contenidos conservadores (Feixa, 1992, Castellani, 1994).

Otro aspecto a remarcar es que estos autores establecieron claras diferencias entre las *subculturas juveniles* -como dijéramos, de raíz obrera- y las *contraculturas*, conformadas por jóvenes de clase media. En líneas generales, las primeras implican estructuras más compactas, surgen en contraposición con las instituciones familiares, escolares y laborales y tienden a dar preponderancia a la

vivencia sobre el discurso, en tanto que las segundas proponen instituciones alternativas y presentan un discurso ideológico más articulado, lo que para algunos las convierte en formas más peligrosas de disidencia político-moral (Feixa, 1992). El movimiento hippie surgido en California en la década del '60 es incluido entre las últimas.

Algunos autores han cuestionado la distinción entre los conceptos de "subcultura" y "contracultura", ya que existen muchas expresiones juveniles que no admitirían ser ubicadas unívocamente en una u otra categoría. Tal sería el caso del movimiento punk, surgido en Londres en 1976.

Al igual que ocurriera con la Escuela de Chicago en los EE.UU., también es posible reconocer hasta nuestros días la influencia, o la ineludible referencia al grupo de Birmingham en los escritos que tienen por objeto las diferentes subculturas juveniles europeas. Por ejemplo, en Italia se han desarrollado importantes contribuciones al estudio de las subculturas juveniles. Entre otros, se destaca el trabajo de Alessandra Castellani (1994) sobre los skins en la ciudad de Roma a inicios de los años '90, en el que dialoga con la Escuela de Estudios Culturales, y en especial con John Clarke, quien fuera pionero en ocuparse expresamente de la subcultura skinhead a mediados de los '70. Este consideró a la identidad skin como un intento de recrear y dar continuidad a la tradicional comunidad de la *working class* en Inglaterra, que estaba desapareciendo. Castellani argumenta que es muy difícil reconocer las señas de la clase trabajadora y de la cultura de izquierda en los skins italianos de los años '90, y que tal vez, los autores de Birmingham no pudieron ver las vinculaciones del movimiento skin con la derecha institucional en un país que no había tenido una tradición fascista o nazista. La autora propone un enfoque interesante en el que la subcultura skin se pone en relación con el pasado reciente italiano, la tradición política de la derecha en su país, la memoria del fascismo, y los flujos migratorios desde mediados de los '80, con el surgimiento de una nueva etnicidad y una creciente intolerancia hacia otras culturas (lo que en modos diversos, emerge en toda Europa) (Castellani, 1994).

A su vez, uno de los principales exponentes de Birmingham, Dick Hebdige, ha reconocido en una entrevista en 1990 que la idea de una subcultura

contrapuesta a la cultura dominante no es más sostenible, y que los jóvenes ya no son portadores de valores opuestos, como lo fuera la clase trabajadora. (Hebdige, 1990, citado en Castellani, 1994).

En Cataluña, Carles Feixa también ha recogido los aportes del grupo de Birmingham. En 1989 realiza un trabajo con jóvenes en la ciudad de Lleida. A través de fuentes tanto orales como documentales se propone dar cuenta de las continuidades y los cambios en las formas de vida y visiones del mundo de diversas generaciones de jóvenes en esa ciudad. Allí analiza la historia de los espacios de ocio y muestra la forma en que los distintos grupos se han ido identificando con ciertos lugares y territorios urbanos. También se destaca otro trabajo del mismo autor (1994a), en el que rastrea en la memoria de sus protagonistas la primera manifestación pública de protesta contra el franquismo en la ciudad de Lleida en 1961. En esta línea sobre historia oral de la juventud podemos mencionar también la existencia de trabajos sobre el movimiento estudiantil del '68 que recuperan la memoria de quienes lo protagonizaron.

Por último, aunque anclado en otra perspectiva teórico-metodológica, quiero destacar el trabajo del francés Jean Monod (1976[1969]) sobre los blousons noirs, que constituyen la variante parisina de los rockers. El autor trabaja desde un enfoque estructuralista, y a través de la convivencia prolongada con un grupo concreto de blousons noirs, intenta dar cuenta de su cotidianeidad, de su estructura social interna, y de las relaciones de conflicto y alianza con otros grupos.

En otra investigación que Monod lleva a cabo en los Estados Unidos, trabaja en torno a las subculturas juveniles, y los movimientos de protesta estudiantil de 1968 como dos formas de expresarse las contradicciones sociales (Monod, 1970, citado en Feixa, 1992).

### c) *Las juventudes tribales*

Hacia la década del '90 se comienzan a vislumbrar transformaciones en los modos de socialidad juvenil, y se esparce el concepto de "*tribus urbanas*" que alude a ciertos paralelismos entre las formas de agregación juvenil y los grupos tribales "primitivos".

Si bien la terminología tribal ya aparecía en algunas investigaciones anteriores, en 1988 Maffesoli la reintroduce, y a partir de entonces muchos estudios adoptaron la metáfora de las "tribus urbanas" para dar cuenta de las nuevas formas de grupalidad y adscripción identitaria juveniles en el fin de siglo XX, en respuesta al anonimato y la despersonalización de las relaciones sociales.

De acuerdo con Maffesoli (2004/1988) en la posmodernidad se produce un deslizamiento en los modos en que se constituye la vida en sociedad, la cual ya no se configura "a partir del individuo, poderoso y solitario, fundamento del contrato social, de la ciudadanía deseada o de la democracia representativa definida como tal", sino que es, ante todo, "emocional, fusional, gregaria" (p.34). Y sostiene que "asistimos tendencialmente a la sustitución de un social racionalizado, por una socialidad de predominio empático" (8p-56). Los procesos de neotribalización contemporáneos presentan los siguientes rasgos: *Comunidades emocionales*, esto es, que se fundamentan en la comunión de emociones intensas, articuladas alrededor de agrupamientos efímeros y de composición cambiante. *Energía subterránea*, las tribus canalizan su expresión oponiendo energía a la pasividad e hiperreceptividad del individuo de la sociedad de masas. *Nueva forma de sociabilidad*: donde lo fundamental es vivir con el grupo. A diferencia del individuo que tiene una función en la sociedad, la persona juega un papel dentro del grupo. *Fisicalidad de la experiencia*: frente a la fragmentación y dispersión de lo global, surge la necesidad de espacios y momentos compartidos en los que se desarrolla un sentimiento de pertenencia y proximidad espacial con un fuerte componente físico: bailar, codearse, golpearse, beber, etc. (Silva, 2002)

Un trabajo que se orienta en esta dirección es el de Costa, Pérez Tornero y Tropea (1996) sobre "tribus urbanas" en España. Apoyándose en Maffesoli, entienden al fenómeno de las tribus urbanas como el resultado de innumerables tensiones, contradicciones y ansiedades que embargan a la juventud contemporánea (Costa et al, 1996). Observan que en los '90 las tribus juveniles se vuelven muy notorias en los medios de comunicación que en general se ocupan de ellas en la nota amarilla, si bien en sí constituyen un fenómeno minoritario. Ubican el resurgimiento de lo tribal en el marco de la compleja sociedad posindustrial que caracterizan por la pérdida de la capacidad cohesiva, el

debilitamiento de las fronteras, la desaparición del espacio lugar, el individualismo, la competencia despiadada, la frialdad de las grandes urbes. Estas circunstancias llevan a un aislamiento que va en contra de la "innata tendencia comunitaria" de los sujetos, y que en el caso de los jóvenes se traduce en frustración y angustia. De esta forma, la tribu le ofrece al joven una vía de expresión, de contestación a la sociedad adulta, y de apoyo emotivo.

Desde este enfoque se postula que el concepto de "clases sociales" no resulta operativo, ya que los procesos de tribalización juvenil son profundamente interclasistas, y no se expresan en la división social en clases, sino en la comunicabilidad entre esas clases. Además de la descripción y el análisis de las tribus urbanas en la actualidad, los autores intentan reconstruir la génesis y el desarrollo histórico de estos grupos, basándose en documentos y en otras investigaciones.

Llama la atención la amplia difusión que el término "*tribu*" ha cobrado durante la última década y media. Se observa que la fuerte seducción que ejerce la analogía tribal, no sólo ha alcanzado a distintos investigadores sociales, sino fundamentalmente a los medios de comunicación, y a los propios miembros de los grupos juveniles. Me parece sugerente la reflexión de algunos antropólogos que se preguntan si tras esta perspectiva que encuentra en los grupos juveniles un retorno a lo tribal, no se insinúa una idea de regreso de la barbarie en la civilización, teniendo en cuenta la carga peyorativa que el término *tribu* -y también el de *barbarie*- fueron adquiriendo en el transcurso de los años (Alpini, 2003).

En otro sentido, Althabe (1999) ha destacado que en la antropología francesa, el uso de "tribu urbana" para designar a los grupos de jóvenes de los suburbios, se inscribe dentro de una práctica analógica que consiste en utilizar nociones elaboradas en el marco de la "antropología de lo lejano" para comprender fenómenos de la sociedad francesa contemporánea. Tal práctica analógica -que el autor considera tramposa y carente de valor interpretativo- estaría encaminada a introducir una distancia, un extrañamiento, en el marco de una perspectiva epistemológica según la cual el conocimiento antropológico sólo puede producirse en el interior de un universo extraño al investigador.

Asimismo, es dable recordar que también el concepto de "subcultura" ha estado en el eje de la discusión en el campo antropológico, y al respecto algunos autores encuentran en el empleo de estos términos un retorno a posiciones esencialistas y culturalistas que presuponen sujetos homogéneos, y que sobredimensionan los aspectos expresivos y simbólicos de los múltiples agrupamientos (vestimenta, apariencia, géneros musicales, ideas), desatendiendo otras dimensiones estructurales de la vida social, cayendo muchas veces en "descripciones pintoresquistas" (Padawer, 2004) en torno a un conjunto de rasgos que caracterizarían a cada "banda", "subcultura" o "tribu", lo que acabaría produciendo figuras estereotipadas.

## **2-2- Conociendo la juventud latinoamericana**

Las investigaciones en América Latina, con diverso grado y énfasis, se han inspirado o han sido y continúan siendo influenciadas por las perspectivas antes presentadas.

Mencionaré algunos trabajos que resultan significativos en distintos países, atendiendo en particular a la producción realizada en México, país que se destaca por la abundancia de investigaciones dedicadas al sujeto joven, y en especial a sus formas agregativas, y del cual he reunido mayor cantidad de material bibliográfico.

En general, los investigadores latinoamericanos han generado una amplia bibliografía referida a grupos de jóvenes de sectores populares o barrios marginales. Desde los años '60 estos agrupamientos se hicieron visibles en todo el subcontinente en concordancia con el surgimiento de barrios y colonias urbanas habitadas por poblaciones expulsadas del campo. Según el país o la región, estos espacios colectivos juveniles han recibido distintas denominaciones: pandillas, bandas, galladas, clicas, parches, maras, chimbas, barras, etc. (Liebel, 2004).

Perea Restrepo (2004) viene realizando diversas investigaciones sobre la realidad pandillera en distintas ciudades de Colombia. Sostiene que en ese país la formación de pandillas se ve disparada por "la creciente pobreza y el inclemente conflicto interno", y subraya sus modos de articulación con la política y la

economía ilegal. José Fernando Serrano (2005) trabaja con grupos de jóvenes bogotanos, con especial atención a los efectos del conflicto armado sobre las concepciones de vida y muerte de estos jóvenes. Desde la periferia de Medellín, Alonso Salazar (1990, citado en Reguillo, 2000a) penetra en los comportamientos y las creencias de jóvenes sicarios al servicio del narcotráfico y el delito.

En relación con las pandillas de jóvenes centroamericanos cabe citar las investigaciones del sociólogo nicaragüense J.L. Rocha (2000; 2005). Sostiene que el lugar central en la vida y actividades de los pandilleros no lo ocupan ni el robo ni el consumo de drogas (con lo que más usualmente se los asocia) sino las peleas, las venganzas y los "traidos", que son las enemistades o rivalidades de larga data que encienden las violencias entre grupos, constituyéndose en el mecanismo que los reproduce y les da permanencia. El autor observa importantes cambios con el tiempo en las pandillas nicaragüenses y de toda Centroamérica. En especial destaca el incremento de actividades violentas, que guardan relación con el ambiente que se gestó después de las guerras civiles, dejando al servicio de la onda pandillera un: conocimiento en el manejo y la fabricación de armas caseras, experiencia en la formación de estructuras bien definidas, y cierto dominio de estrategias militares. También señala como una diferencia importante respecto de lo que fueron las pandillas en sus orígenes, el papel protagónico que hoy han adquirido en ellas los circuitos de comercialización de la droga.

En Honduras se cuenta con el trabajo de Castro y Carranza (2000), de Merino (2000) en Guatemala, y de Sánchez Giralt y Cruz Alas (2000) en El Salvador (citados en Liebel, 2004). En una reciente revisión sobre los estudios realizados en estos países de América Central, Liebel ha señalado que, más allá de los valiosos aportes que contienen, en general contemplan a las maras y pandillas casi exclusivamente "bajo el aspecto de las consecuencias negativas para la salud y la vida que conllevan" (2004:19). Sostiene que el fenómeno de las maras debe entenderse en relación con los procesos de expulsión de población rural y de destrucción de las formas de vida tradicional y de las bases de subsistencia agraria. En este marco, la actuación colectiva en las pandillas es una respuesta a una situación vital insoportable (Liebel, 2002). Presenta como una característica central de estos agrupamientos, la influencia que reciben de las pandillas juveniles

estadounidenses en virtud de los movimientos de migraciones y remigraciones. Es interesante destacar el proceso que han seguido las maras en El Salvador, luego del acuerdo de paz de 1992, en donde estas agrupaciones no sólo van a reunir a jóvenes de los barrios, sino también a antiguos guerrilleros y soldados, y a jóvenes que durante la guerra civil habían emigrado a EE.UU., de donde fueron de nuevo deportados, y de donde trajeron las modalidades organizativas, estilos y actividades de las bandas de chicanos a las que se integraron en ese país. Las maras más grandes de El Salvador sobrepasan las fronteras nacionales y mantienen hoy relaciones con pares en Honduras y Guatemala, lo que hasta cierto punto puede vincularse con las redes del narcotráfico internacional. (Liebel, 2004)

La mayor parte de las investigaciones realizadas en Chile se inspiran en Maffesoli y en su concepto de *tribus urbanas*. Por ejemplo, J.C.Silva (2002), R.Ganter y R. Zarzuri (1999; 2000), quienes, desde ese marco de referencia, recorren las características de las tribus urbanas presentes en el contexto chileno. Matus Madrid (1999, 2000) estudia la relación de las identidades juveniles con el consumo cultural, centrándose en jóvenes de sectores medios, grupo social escasamente abordado en las investigaciones sobre juventud. A su vez, su enfoque atiende a las diferencias de género, aspecto que también ha sido ignorado en la mayoría de los estudios producidos hasta el momento.

Otro trabajo que quisiera destacar es el de los chilenos Humberto Abarca y Mauricio Sepúlveda (2005) referido a jóvenes pertenecientes a "barras bravas" del fútbol. La investigación aborda las conexiones entre masculinidad, territorio y violencia, con especial énfasis en los ejes centrales de la violencia del barrista, en su proyecto de una identidad "de choque" en dos esferas: el barrio y el recinto deportivo, y en su identificación con la "ideología del aguante".

Como he señalado, México sobresale como uno de los países con mayor producción de conocimiento sobre la juventud, en donde el interés de los estudiosos se ha centrado principalmente en las formas de agregación de los jóvenes populares urbanos.

De acuerdo con Reguillo Cruz (2000a) los investigadores de la juventud mexicana han priorizado "las formas de agregación, adscripción y organización juvenil que transcurren al margen o en contradicción con las vías institucionales"

Las investigaciones sobre jóvenes cobraron gran impulso en la década del '80, a partir de la presencia masiva de *bandas juveniles* en los barrios marginales de las grandes urbes mexicanas. La emergencia de esta forma agregativa despertó el afán de los investigadores por buscar una explicación de su origen y rápida expansión. Así, durante los '80, la temática *banda* fue central, y excluyó del análisis otros tipos de grupalidades

Tanto Reguillo Cruz (2000a) como Urteaga (2000a) destacan que las producciones de este período tuvieron un carácter predominantemente descriptivo, con escasa o nula explicitación de un marco conceptual, o con empleo de marcos teóricos eclécticos, combinando conceptos marxistas con nuevas teorías. Metodológicamente, prevalecieron los enfoques cualitativos.

Tales acercamientos teórico-metodológicos dieron cuenta, entre otras cosas, del contenido proletario, popular y/o marginal de los denominados "chavos banda", de sus procesos de demarcación de identidad, de la relación del barrio y de las familias con las bandas, y en general se esforzaron por vincular la emergencia de este fenómeno con los procesos de cambio socioeconómico de la década del '80, al tiempo que buscaron establecer su entronque histórico con organizaciones juveniles de décadas precedentes. (Urteaga, 2000a)

Un rasgo saliente de esta etapa fue la tendencia a considerar al "chavo banda" como un "actor social emergente", caracterizado como trasgresor, resistente y rebelde, no delincuente, y algunos le llegaron a atribuir un "potencial de transformación del orden social capitalista" (Gomezjara y Villafuerte, 1987, en Urteaga, 2000a)

Una de las producciones de esos años '80 es la de los antropólogos Alarcón, Henao y Montes (1986, en Urteaga, 2000a) centrada en bandas de extracción obrera, que incluyen como parte del "ejército industrial de reserva".

Otros estudios abordan el *cholismo*, como un fenómeno juvenil propio del Norte del país. En esta temática sobresale la investigación de J.M.Valenzuela (1988), quien se dedica al estudio de los *cholos* y *punks* en Tijuana, en la frontera norte. Sostiene que cholos, bandas y punks "son los jóvenes de la crisis, de la concentración urbana, del desempleo, de la pobreza. Son un fenómeno netamente

urbano y popular." Son "culturas de sobrevivencia, de escasez, de indefención." (Valenzuela, 1988)

Desde fines de la década del '80 se desarrolla un enfoque que Reguillo Cruz (2000a) considera de tipo "interpretativo", en el que sobre todo se indaga en los sentidos que los jóvenes atribuyen a sus prácticas. Urteaga (2000a) señala que en esta etapa se complejizan los marcos teórico-metodológicos, y se prioriza la dimensión cultural simbólica.

Los trabajos de investigación de Reguillo Cruz se incluyen dentro de este tipo de enfoque. La autora se mueve simultáneamente en dos planos de análisis: el "situacional", que permite analizar colectivos juveniles específicos y los elementos que los conforman, y el "contextual-relacional", que permite ubicar las condiciones políticas, económicas, socioculturales e históricas para la emergencia, expresión y mantenimiento de ciertas identidades (Reguillo Cruz, 2000a). Desde esta mirada analiza diferentes tipos de adscripción identitaria que desarrollan los jóvenes en México. Considera que sus formas de agregación ofrecen protección y seguridad hacia un mundo exterior que los excluye, y hacia el interior operan como espacios de pertenencia. Asimismo concibe a estas grupalidades como un ámbito de confrontación, producción y circulación de saberes, es decir, como espacio de comunicación entre los jóvenes. Examina los graffitis, los consumos culturales, las marcas corporales en tanto soportes para la identidad que no pueden ser interpretados al margen del grupo que les da sentido. Así, intenta recuperar el modo en que cada grupo construye sus propios procesos de autoidentificación, y plantea que la diversidad de culturas estaría señalando una fragmentación identitaria entre los jóvenes. A su vez, la autora encuentra que los colectivos juveniles constituyen formas de actuación política que se alejan de las organizaciones tradicionales.

Por su parte, Maritza Urteaga (2000b) indaga las identidades juveniles construidas en torno al rock mexicano. Durante más de diez años ha estado investigando el rock como práctica cultural y lugar de interpelación de colectividades juveniles rockeras entre los sectores de clase media y populares urbanos de los '80 y '90.

También se cuenta con la investigación que desarrolla Carles Feixa (1993, 1998) sobre culturas juveniles en México, quien, si bien se inscribe en la línea de la Escuela inglesa de Birmingham, aclara que prefiere hablar de "culturas" y no de "subculturas". Estudia las articulaciones entre culturas juveniles y etnicidad, que se expresan en cuatro ámbitos: Las pandillas, que surgen como consecuencia de las migraciones del campo a la ciudad y que dan origen al fenómeno de los "chavos banda"; la segunda generación de emigrantes mexicanos a los EE.UU.; la juventud indígena; y la apropiación de elementos indígenas por distintas culturas juveniles. Con respecto a la juventud indígena, el autor catalán llama la atención sobre lo poco que este tema se ha estudiado en México, y esto se explicaría en parte por el no reconocimiento en muchas culturas indígenas de una etapa equivalente a la "juventud" en la sociedad occidental. En otra investigación (1994b) compara el fenómeno de los denominados "chavos banda" en México, con las tribus urbanas existentes en España.

Otro aporte está dado por el trabajo de Castillo Berthier (2002) en el que desgrana las particularidades de la *banda*, a la que caracteriza como voluntaria, colectiva y territorial, cuya principal actividad es compartir el tiempo libre, y que constituye un espacio de contención social "que fortalece individualmente al joven que enfrenta un cotidiano y una sociedad complejos y difíciles, con muy pocos recursos económicos, sociales o hasta morales." También concibe a la *banda* como una escuela, "la escuela que enseña a buscar formas de sobrevivencia a cualquier precio." (p.62) El autor considera que en la actualidad, el perfil de los agrupamientos juveniles ha cambiado, y que las bandas, como tales, desaparecieron casi totalmente del ámbito cotidiano de la ciudad. Sin embargo, "los grupos de jóvenes que se reúnen en las esquinas como único espacio de socialización entre sí han aumentado, y conforman nuevas formas de agrupación juvenil (...) catalogadas desde hace algunos años como "tribus urbanas". Una de las preocupaciones de este autor se vincula con los estigmas que recaen sobre estos grupos y sobre la juventud popular en general, y en este sentido ha desarrollado un proyecto participativo que "apunta a revalorizar sus cualidades y sus potencialidades de acción e interacción social." (p.71)

### **2-3- Formas de agregación juvenil en Argentina: la apertura de un campo temático**

En nuestro país, aún es escasa la producción académica vinculada a la problemática juvenil, y dentro de la disciplina antropológica puede decirse que la investigación sobre este tema recién está comenzando. En especial faltan trabajos que se centren en las identidades juveniles y en los modos de conformación gregaria. En general, los antropólogos se aproximan al campo de la juventud desde una perspectiva de la Antropología jurídica que enfoca diferentes aspectos del menor y adolescente "en riesgo social". Esta situación quedó reflejada en los escasos trabajos producidos por antropólogos que integraron el Simposio sobre "Antropología y Juventud" en el último Congreso Argentino de Antropología Social (Villa Giardino, 2004), que contrastó con la amplia presencia de especialistas de otras disciplinas como trabajo social, ciencia política y comunicación social.

Una de las primeras investigaciones que intentó sondear en las identidades colectivas juveniles en nuestro país, fue la de Pablo Vila (1985) quien abordó el movimiento generado en torno al rock nacional durante la última dictadura militar. A partir de testimonios de músicos, periodistas y asistentes a recitales, el autor analiza este movimiento cultural como una vía de expresión colectiva en un contexto de cierre de los canales de participación. Así, el rock se fue constituyendo en una nueva forma de expresión que, sin pretender tener un impacto directo en el plano político, llegó a adquirir una fuerte presencia contestataria, ligándose con la construcción de identidades y valores colectivos. Entre las muchas sugerencias importantes contenidas en la obra de Pablo Vila está la de considerar que toda construcción de un "nosotros" comporta una dimensión política, y, en este sentido, "los recitales masivos del rock nacional del período 1976-77 configuran un claro ejemplo de resignificación de la política en períodos de cierre de los espacios tradicionales de acción de la misma." (p.86)

En la década del `90 se destacan los estudios desarrollados por el equipo dirigido por Mario Margulis, que en 1991, en el marco de un Seminario de la

carrera de Sociología de la UBA, inició una investigación sobre la cultura juvenil, que se centró en las ofertas para la diversión juvenil nocturna en Buenos Aires.

En ese trabajo se distinguen cuatro grandes géneros que integran la cultura de la noche: la discoteca, el rock, la bailanta y los "modernos". Al interior de estos géneros se constituyen tribus con "sus códigos, sus credos, sus rituales, sus mitos, su historia, sus sistemas de signos" Así, se retoman los planteamientos de Maffesoli (1990) entendiéndose que estos agrupamientos juveniles se caracterizan por el "neotribalismo", lo que implica que son más bien efímeros, vinculados por sensibilidades compartidas y emociones vividas en común, en los que tiene importancia el hecho de pertenecer a un territorio, sea éste real o simbólico (Margulis y otros, 1994).

Dentro del mismo equipo de investigación, S.Kuasñosky y D.Szulik (1996) trabajan en torno a un grupo de jóvenes de extrema pobreza denominado "la barra de la esquina", indagando sus visiones sobre la sociedad y la política.

A comienzos de la misma década del '90, y también desde el campo de la sociología, J. Auyero (1993) llevó adelante una investigación con jóvenes de sectores populares de Lomas de Zamora, con la intención de indagar sus representaciones y creencias acerca de lo social y del ejercicio de sus derechos de ciudadanía, recogiendo sus visiones sobre la escuela, el trabajo, el barrio, la política, la justicia. En su obra aborda la constitución de grupos de pares en esos contextos de pobreza estructural, y en especial se centra en aquellos que denomina grupos de las esquinas o bandas. Diferencia entre "bandas de jóvenes delincuentes", y "otras" que no son identificadas como grupos delincuenciales. Da cuenta de sus características, modos de interacción, relaciones con los vecinos, y de los procesos de identificación y diferenciación entre distintos grupos juveniles en la zona. Para el autor, en los grupos de pares el joven encuentra "compañía, gratificaciones inmediatas, recreación y también cierta complicidad".

Iniciando el siglo XXI, y a la par de la creciente sensación de inseguridad en nuestra sociedad -y de la estigmatización de amplios sectores de la población juvenil que acompaña a tales miedos sociales- muchos autores se han volcado a indagar y a arrojar luz en torno al eje juventud / delincuencia / violencia / pobreza. Esto ha traído como consecuencia un avance en el conocimiento de los grupos de

pares ya que éstos se perfilan como un aspecto de la experiencia juvenil a tomar en cuenta en relación con los procesos de entrada y salida de la legalidad.

Entre los trabajos que se centran en jóvenes que cometen delitos, se destaca la amplia investigación realizada por Gabriel Kessler en la ciudad de Buenos Aires y partidos del Gran Buenos Aires. En su libro *Sociología del delito amateur* (2004) dedica un capítulo completo al tratamiento de las formas de sociabilidad entre pares que integran estos jóvenes. Si bien la relación entre delito y grupo de pares ha sido un tema central en la sociología del crimen, Kessler destaca que no hay acuerdo en torno a si la asociación con pares precede a los comportamientos delictivos, o si bien la formación de bandas es el resultado de la tendencia de individuos con determinados intereses a relacionarse con otros similares. Los estudios actuales parecen no contraponer estas dos hipótesis. Un aspecto muy interesante que se desprende de la investigación de Kessler es que los grupos que él observó no presentan ninguno de los rasgos típicos de las bandas estudiadas en EE.UU. y América Latina: "ni un fuerte sentimiento identitario, ni un anclaje territorial y una apropiación del territorio, como tampoco detectamos la existencia de liderazgos fuertes, jerarquías y un complejo sistema de reglas internas que incluiría la existencia de ritos de iniciación y pasaje". (Kessler, 2004:69)

Sergio Tonkonoff (2001) analiza la constitución de identidades en jóvenes populares urbanos en relación con actividades micro-delictivas, a partir de la identificación y descripción de prácticas cotidianas de dos grupos de jóvenes de un barrio de la provincia de Buenos Aires.

En esta misma línea, también contamos con los aportes de Fernando Santiago (2002) a partir de una investigación en el Conurbano bonaerense. La referencia a las identidades grupales que desarrollan jóvenes que han delinquir resultó un eje destacado en su trabajo. Observó que los jóvenes que él entrevistó diferencian distintos tipos de pertenencia grupal: los que roban, los del barrio, los de la cuadra, los del baile, y enfatizó que en estos grupos no se produce una construcción de lazos fuertes, sino que se caracterizan por una debilidad de cohesión y por su carácter coyuntural. Por lo tanto, sostiene que resulta difícil concebir a estos grupos como "tribus" "si con ello nos referimos a grupos con

fuerte comunidad emocional, fundada en emociones intensas, con una lógica de grupo contraria tanto al individualismo como a la muchedumbre" (p.42), si bien también puede concederse que comparten algunos de los atributos que caracterizan a las "tribus", en especial, el "revolotear" de un grupo a otro, la escasa estabilidad y gran tendencia a la dispersión. Estos rasgos no impiden entre tanto que estos grupos se constituyan en la principal guía de las acciones de los jóvenes, y Santiago muestra cómo el grupo de amigos ligado a conductas ilegales, delinea las acciones de quienes participan del mismo, las legitima, y es la vía de acceso a los primeros saberes y herramientas necesarias para delinquir.

Gerardo Rossini (2003) realiza una investigación sobre "barras" de jóvenes ligadas al delito en barrios periféricos de la ciudad entrerriana de Aguaray. El estudio se centra en las prácticas y representaciones de grupos de jóvenes designados y autodesignados como los "vagos". Da cuenta de los comportamientos, códigos e interacciones que caracterizan a esta nueva forma de sociabilidad juvenil. Las "barras" integradas por los "vagos" no presentan un orden cerrado, ni estructura interna, ni jerarquías, y sus miembros muestran formas diversas de compromiso con el delito, y de adscripción al estilo estético y la simbología delictiva.

En la periferia de la ciudad de Córdoba, Duschatzky y Corea (2004) exploran las formas de producción subjetiva entre jóvenes que habitan un contexto de declive institucional, en especial de la institución escuela, y de resquebrajamiento del eje paterno-filial, y que padecen y producen formas crecientes de violencia. Las autoras plantean que entre estos jóvenes que viven "en condiciones de expulsión social", los grupos de pares funcionan como "usinas de valoraciones y códigos" que estructuran su experiencia, y se presentan como espacios de constitución de "lazos fraternos". Las experiencias inscriptas en el marco de la grupalidad se recorren a través del análisis de los ritos, las creencias, el "choreo" y el "faneo".

Otras formas de grupalidad juvenil urbana también están comenzando a ser examinadas. Por ejemplo, Mariana Chaves (2005) en la ciudad de La Plata desarrolla una investigación en torno al estilo juvenil denominado *alternativo*. En su trabajo, desgana los diferentes elementos que configuran esta nueva propuesta

cultural, entre los que se destacan una fuerte tendencia a la estetización de la persona, y un universo de prácticas y discursos "de ruptura" de las convenciones sociales, cuyos verdaderos alcances son objeto de interesantes reflexiones.

## CAPÍTULO 2

---

### Aproximación teórico-metodológica a la grupalidad juvenil

#### 1- Del *grupo primario* y la retórica de la *comunidad*

Con la intención de arribar a una definición del concepto de *grupo* acorde a la problemática de esta investigación, he comenzado por realizar una aproximación a la noción sociológica de *grupo primario*, que integró el marco teórico tanto de la Escuela de Chicago, como del funcionalismo norteamericano. A su vez, este acercamiento a la teoría sociológica clásica norteamericana tiene el fin de explicitar y problematizar algunos conceptos articulados al de *grupo primario* como los de *desorganización social*, *desviación* y *anomia*, que continúan apareciendo implicados en los actuales estudios sobre bandas y pandillas, con la incorporación, más recientemente, de la teoría de la *infraclass*.

Para entender la centralidad que, primero los de la Escuela de Chicago y luego los funcionalistas otorgaron al "grupo primario", hay que volver la mirada a Charles Horton Cooley, unánimemente reconocido como el primero en llamar la atención sobre su importancia, y en acuñar el término. Según su definición, el grupo primario se caracteriza por las relaciones personales, íntimas, cara a cara, lo que sin embargo no significa que las relaciones al interior del grupo sean siempre amistosas.

Los grupos primarios que destacó Cooley son la familia, el grupo de juego, la pandilla, el vecindario. Son primarios porque son generalmente los primeros que integramos en la vida y también porque tienen una importancia primaria ya que pueden conformar los valores y hasta la identidad de sus miembros.

La Escuela de Chicago se preocupó por enfocar los procesos que estaban llevando a la desintegración de los grupos primarios en el marco de lo que ellos entendieron como un contexto de "desorganización social".

La "desorganización social" remite al debilitamiento de las reglas sociales, de los valores colectivos de un grupo, que ya no ejercen su influjo sobre los individuos, dando por tanto lugar a un crecimiento de las prácticas individuales. Este fenómeno es propio de las sociedades que experimentan cambios rápidos, y de los grupos sometidos a procesos migratorios. En el caso de las poblaciones migrantes a los EE.UU. desde fines del siglo XIX. que analizaron los sociólogos de Chicago, se distinguieron dos tipos de desorganización: la familiar y la comunitaria.

En general, se va a tender a un proceso de "reorganización", a través de la supervivencia, aunque atenuada y elástica, de algunos valores y formas culturales del grupo original. Pero los individuos de la segunda generación de migrantes serán depositarios de mayores presiones para alcanzar una asimilación completa al nuevo contexto, lo que va a dar lugar a comportamientos que, en la versión de esta Escuela, se concibieron como "desviaciones". La exigencia de "deshacerse de sus lazos antiguos para inventarse nuevos", lejos de acelerar la asimilación, debilitó las instituciones comunitarias, produciendo la aparición de formas de delincuencia, vagancia, alcoholismo, etc. Cabe aclarar que cuando se habla de "asimilación" se la está pensando en términos psicológico-sociales, sin atender a los aspectos económicos y laborales (Cambiasso y Grieco y Bavio, 1999).

"Se puede adelantar ya el desenlace de las investigaciones de los de Chicago, un acorde final en el que van a coincidir con el funcionalismo: el himno al grupo primario como quizás paradójica pero no inesperada resolución de los problemas de una sociedad que saben irrecuperablemente compleja" (Cambiasso y Grieco y Bavio, 1999: 42).

Así, los intelectuales en los EE.UU. comenzaron a descubrir las virtudes del grupo primario, cuyo prototipo es la familia nuclear "biológica". La sociedad era pensada como una red de lazos sociales que se manifestaba en pequeños grupos donde se dan contactos cara a cara y relaciones primarias, que se diferencian de las relaciones secundarias o impersonales.

¿Cómo fueron pensados desde esta perspectiva, aquellos grupos que se denominaron *bandas o pandillas juveniles*?

En el contexto de la desintegración de los grupos primarios, por los procesos de urbanización, industrialización e inmigración, se va a producir el nacimiento de formas sustitutas de esos lazos primarios debilitados. Así, estos estudiosos se enfrentaron al surgimiento de nuevos grupos tales como las pandillas, o el crimen organizado, que constituirían un reflejo simétrico de los grupos primarios, pero "inauténtico". Aunque también implican relaciones íntimas y cara a cara, fueron desaprobados en tanto sus valores entraban en contradicción con los del conjunto de la sociedad. Las soluciones a la "desorganización", se orientaban a fortalecer los grupos primarios "auténticos", consideran como la mejor instancia de control social. De todas maneras, las pandillas fueron hasta cierto punto valoradas como favorecedoras de la integración a la sociedad estadounidense, siempre que constituyesen una respuesta transitoria y efímera a la desorganización social (Cambiasso y Grieco y Bavio, 1999).

Cuando los funcionalistas redescubrieron la importancia del grupo primario, lo hicieron a partir de reconocer que aún en las sociedades de masas, los individuos siguen estando influidos por su pertenencia a los pequeños grupos, que continúan siendo los más efectivos modos de control social.

En los grupos primarios se generan normas compartidas, que proveen a sus miembros percepciones comunes de la realidad social, y se genera una cohesión que desalienta cualquier intento de desvío individual. El enfoque funcionalista prioriza la integración en el grupo antes que la confrontación entre grupos. El concepto de grupo tiende a abstraerse de todo presupuesto social e histórico, no interesa su historia ni cómo ha llegado a constituirse, sino las interacciones en su interior. De ahí el auge que tuvieron los estudios de psicología social funcionalista, en especial sobre dinámica de pequeños grupos. (Cambiasso y Grieco y Bavio, 1999).

Según Cambiasso y Grieco y Bavio (1999), la Escuela de Chicago y el funcionalismo compartieron un enemigo en común: el individualismo. Se opusieron a todo aquello que implicara dejar al individuo librado a sí mismo. Y destacan que ese enemigo común reaparecerá en todo el pensamiento social norteamericano, hasta llegar a las nociones comunitaristas y multiculturalistas triunfantes en las décadas del '80 y '90. Debe notarse que estas posiciones

conservadoras o neoconservadoras se dan a la par de otra línea norteamericana que exalta la iniciativa individual. Para decirlo en otras palabras, la enfática apelación a las bondades de la comunidad, a la que asistimos desde finales del siglo XX, constituye una tendencia teórica dentro del neoliberalismo que convive con el liberalismo doctrinario de viejo cuño, centrado en la autonomía de la persona y la individualidad (Díaz Polanco, 2000).

Alvarez Uría (1998), en un interesante análisis, ha mostrado cómo la sociología norteamericana de las últimas décadas ha aportado argumentos a la retórica de la comunidad., argumentos en los que resuenan los ecos de los postulados centrales de los autores de Chicago y de los funcionalistas, sólo que en este caso, ese discurso se inscribe como fundamento de un ataque a las políticas sociales y al Estado de Bienestar. Por ejemplo, Murray (1984) es uno de quienes ha propuesto retornar a las "instituciones naturales": la familia, el municipio, las relaciones de vecindad. En ellos se puede acceder a satisfacciones, respeto propio, recompensas, se comparten valores y se asumen esfuerzos y responsabilidades. Las políticas sociales han matado el sentido de responsabilidad y esfuerzo, y han destruido los lazos comunitarios. generando individualización y conductas anómicas. En el esquema de Murray, la política de subsidios, la cultura del Welfare, se asocia con la cultura de la "infraclase", trayendo como efecto no deseado, que en la pobreza se generen comportamientos al margen del mercado y de los valores morales de la clase media blanca.

Por su parte, quienes estudian el tipo de grupalidades juveniles definidas como "tribus urbanas", ven en ellas una forma de retorno a la comunidad perdida en el sistema social de nuestros días, una vuelta a los contactos cara a cara, a los viejos mecanismos de identificación. Creo que estos planteos no son ajenos a ese renovado interés en el campo de los pequeños grupos y las relaciones interpersonales. Pero también los miembros de las tribus buscarán marcar su presencia a través de un impacto visual y de ciertos comportamientos colectivos que de nuevo los colocan en un lugar de desaprobación.

En síntesis, hoy se ha vuelto a poner la mirada sobre las afiliaciones grupales, como ámbitos de satisfacciones, reconocimientos y cohesión social. En cuanto a las grupalidades que conforman los jóvenes, habría una tradición de

pensamiento que considera que, hoy como hace un siglo, éstos comparten algunos de los rasgos de los grupos primarios "naturales", pero contradicen otros, y esta cualidad de ser grupos primarios "a medias" favorece la valoración pendular que se proyecta sobre estas asociaciones, a un mismo tiempo entronizadas y condenadas. La paradójica concepción que instaló Thrasher (1960 [1927]) sigue teniendo vigencia: los grupos de pares, ¿son el reino del orden o de la desorganización?, ¿constituyen formas de desviación, o son canales que promueven la integración del joven a la sociedad convencional?

## **2- Construyendo una perspectiva de análisis relacional**

Apartándome de aquellos paradigmas que exaltan el ideal de la comunidad y la solidaridad en los círculos sociales de pequeña escala, y también de aquéllos que patologizan los espacios gregarios juveniles, procuro abordar en esta investigación un tipo de grupo en particular: se trata de grupos de pares desplegados por jóvenes que conviven en un mismo entorno barrial de pobreza, que fueran conformados en los años que marcan el tránsito del siglo XX al XXI.

He elegido conceptualizar a estas formas de agregación juvenil a través de la categoría de *grupos de pares barriales*. Son grupalidades de base barrial que, a diferencia de otras surgidas en el ámbito escolar o laboral, en centros recreativos o en otros espacios de sociabilidad, tienen por rasgo distintivo el hecho de reunir a sus integrantes a partir de la proximidad física de su residencia.

Entiendo a estos *grupos de pares barriales* como una red de relaciones sociales entre jóvenes, cuyo devenir, dinámica interna y lógica de comportamiento están penetrados por una época histórica, y de este modo, se diferencian, pero también expresan continuidades con grupalidades constituidas en otros espacios y otros tiempos, en especial en su relevancia como espacios de identidad.

Hablar de "grupo" como un campo de "relaciones sociales", supone abordar estos agrupamientos en sus múltiples articulaciones a las dimensiones económicas, sociales y políticas. Supone la idea de que tales grupos no son autónomos, sino que están atravesados por las condiciones generales de existencia de los jóvenes.

Quisiera ofrecer una mayor explicitación del sentido que le otorgo a esta noción de grupalidad entendida como campo de relaciones sociales. Ante todo, implica concebir al grupo como un ámbito en el que tiene lugar una co-construcción conjunta de cierto tipo de intercambios, prácticas y representaciones, que transvasan la experiencia de la amistad. Si bien los lazos de amistad y afinidad no son ajenos a la dinámica interna de estos agrupamientos, me interesa subrayar que en esa co-construcción conjunta se llegan a constituir relaciones que van más allá del plano de la amistad, en las que se van implicando reciprocidades, complementariedades, diversas formas de ayuda mutua, que permiten pensar al grupo como una modalidad de reproducción física y social.

Para jóvenes como los que aquí presentaré, cuya existencia está teñida por el abandono de una escolaridad que ya no representa una esfera de pertenencia identitaria, por la carencia de inserciones laborales que, cuando se presentan, resultan frustrantes e insatisfactorias, por experiencias "turbulentas" en una vida familiar fragilizada, y por distintas formas de segregación y aislamiento en un contexto de fuerte desigualdad, la grupalidad se convierte en la base de determinadas relaciones sociales que tienen que ver con la posibilidad de inserción en el mundo social de una época.

En otras palabras, la grupalidad emerge como red de relaciones que se construyen en conjunto, en un tiempo y espacio particulares, comportando intercambios que rebasan la amistad. El grupo es un lugar en donde se comparten el acompañamiento, la aventura y la excitación, pero también se orienta a cuestiones ligadas con las presiones de la subsistencia, como el acceso a recursos y protección.

Propongo hablar de reproducción social y económica en el grupo, en tanto en los modos de relación de esta red se juegan hasta cierto punto la seguridad material y física, es decir, las posibilidades de sobrevivencia cotidiana de sus integrantes, así como la satisfacción de necesidades vinculadas con la aceptación, el reconocimiento y la contención.

Como se ve, la orientación que le doy a la problemática planteada exige nuevas construcciones conceptuales. ¿Qué queda en ella de las perspectivas clásicas sobre el grupo juvenil? Posiblemente, lo que aquí deseo retener es esa

mirada ambivalente en torno al fenómeno de la grupalidad, para desde allí explorar los vaivenes y contradicciones que contiene, y poder mostrar cómo se revela esa ambivalencia -en el caso particular de los grupos que aquí contemplo- a través de la conjugación de lógicas y sentidos contrapuestos.

Antes de explicitar el tipo de análisis relacional que he construido para acercarme a esas grupalidades, me interesa introducir algunas reflexiones sobre las concepciones epistemológicas y políticas en que se sustentan buena parte de los actuales estudios sobre grupos juveniles.

Como se expuso en el Capítulo 1, a lo largo de la década del '90 y hasta nuestros días, gran parte de los estudios sobre juventud han enfocado un eje privilegiado alrededor de los aspectos culturales de la vida social joven, sus producciones y consumos simbólicos, estilísticos y estéticos como generadores de adscripciones colectivas, usualmente retratadas a través de la categoría de "tribus urbanas". Resulta notoria la dificultad que presentan los trabajos que se inscriben en esta línea de investigación, para penetrar en las relaciones entre tales aspectos expresivo-simbólicos que definirían la identidad de cada "tribu" y otras dimensiones de la vida social, como su articulación con determinadas condiciones políticas y materiales, autonomizando hasta cierto punto la existencia y el devenir de tales "tribus" respecto del contexto histórico, político y social. Muchos autores exhiben un deleite por detectar y describir una constelación de elementos compartidos por un grupo determinado, "desplazando del análisis otros ámbitos de inserción - exclusión de los sujetos, por ejemplo, su relación con el Estado a través de la escolarización, su inserción subordinada en procesos productivos capitalistas, su relación con la violencia y el poder" (Padawer, 2004).

Creo con Achilli (2005) que

"...la idea de no fragmentar, no automatizar las problemáticas bajo estudio supone retomar y discutir con más profundidad importantes caminos para entender nociones como "totalidad" y cómo lograr, o cómo no traicionar, aquello que pretendemos alcanzar en nuestros propios trabajos. Es decir, conocer y construir / comunicar esos conocimientos desde un modo de *pensar dialéctico* que, en principio, no separe ni fragmente aquello que nos interesa acceder en su particularidad y, por ello, ni reducir la complejidad que supone, ni quedar limitados a meras abstracciones generales (...)" (págs.14-15).

El tipo de mirada presente en ciertas investigaciones actuales sobre juventud, podrían incluirse dentro de lo que Menéndez (2005) ha referido como "enfoques a-relacionales":

"una parte sustantiva de las investigaciones se caracterizan actualmente por ser a-relacionales. O lo que es más interesante, se caracterizan por hablar de relaciones sociales en el nivel de las propuestas teóricas, pero las relaciones sociales no aparecen en sus descripciones etnográficas o sólo suelen aparecer en el imaginario de sus informantes, pero no en los procesos sociales descritos y analizados." (Menéndez, 2005)

Este autor realiza otro señalamiento que me interesaría complejizar. Se refiere al énfasis que estos trabajos ponen en

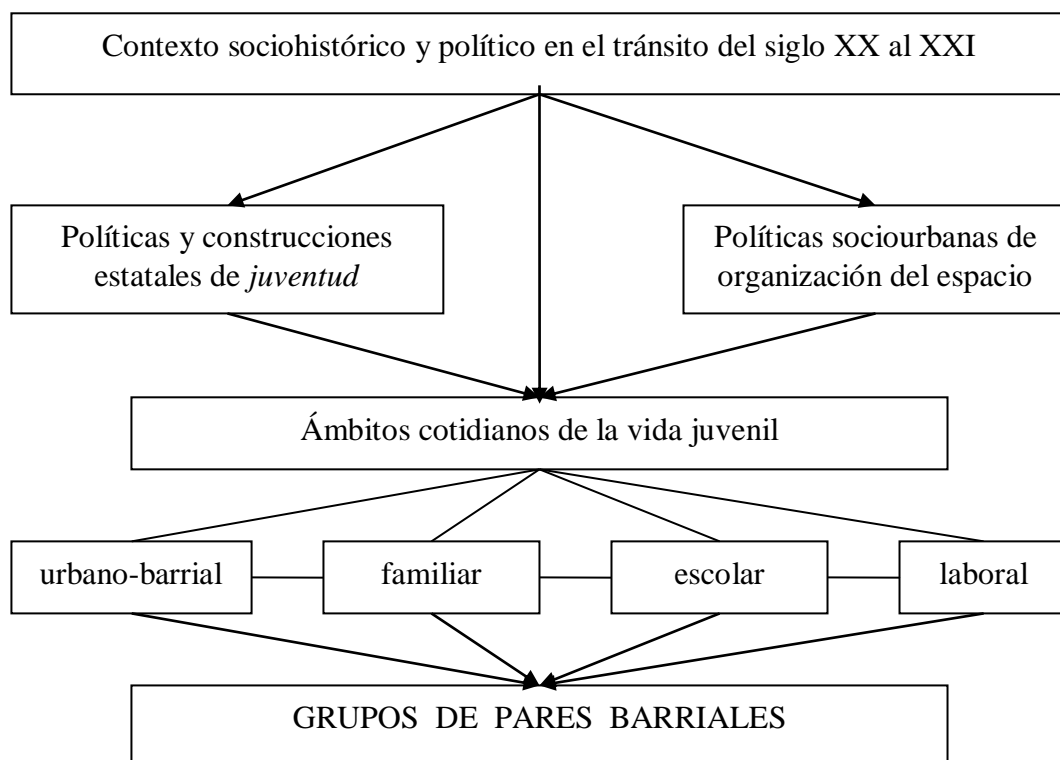
"el punto de vista del actor, que en los hechos supuso la descripción y análisis a partir de la perspectiva de "un" solo actor. De tal manera que la descripción de los "adictos", de los "gay", o del "género femenino", pero también de los "obesos", de los "discapacitados", o de los "jóvenes" se centraron casi exclusivamente en lo que dicen los sujetos caracterizados por ser alcohólicos, obesos o jóvenes. No se analizan ni describen los diferentes actores significativos con los cuales los alcohólicos, los drogadictos o los jóvenes entran en relación, ni por supuesto las relaciones que se dan entre ellos. Sólo se presentan los testimonios, las voces, las narrativas, las experiencias, y / o las interpretaciones sociales del actor seleccionado incluyendo sus saberes sobre los "otros" (Menéndez, 2005).

Pareciera que el autor concibe lo relacional como un poner en vinculación la "perspectiva del actor" con las de otros actores significativos. En nuestro caso nos interesa analizar cómo los jóvenes se contemplan a sí mismos y a la sociedad, y en ello rastrear los modos de *concreción* de otros componentes de la realidad como "totalidad", y sus múltiples intersecciones y determinaciones.

En resumen, tal vez el mayor cuestionamiento que se puede realizar a ciertos enfoques hoy muy difundidos para abordar la realidad juvenil es el carácter fragmentado del discurso descriptivo, que aísla las producciones simbólicas de las relaciones sociales que entran en juego, y de este modo, desatiende aquello que condiciona y posibilita esas realidades que se describen.

La tendencia predominante es la de presentar a los jóvenes como configurando "tribus", a modo de universos ajenos y exóticos, con características socioculturales propias, que pocas veces se explican en sus interconexiones con el conjunto social. En otras palabras, contrariamente a lo que se sostiene como posición teórica, y a las frecuentes invocaciones a la complejidad y al pensamiento relacional, se ofrece una visión de los jóvenes como una categoría de sujetos que se explica por sí misma, y no en sus múltiples articulaciones, lo que implicaría desconocer el carácter histórico de la existencia de los jóvenes, y sustraerlo del conjunto de relaciones sociales en que se inscribe. Y por este camino, tal vez sin quererlo, se estaría contribuyendo a acentuar la exclusión y segregación de estos sujetos.

Para contextualizar las prácticas de grupalidad juvenil que aquí examino pondré en juego diferentes dimensiones analíticas que se inscriben en niveles contextuales de distinta magnitud.



- Identifico un nivel contextual de mayor generalidad que se vincula al contexto sociohistórico y político en que se desenvuelven las vidas juveniles, que remite a los procesos de profundización de las desigualdades sociales y estructuración de la pobreza en la historia argentina reciente. La particular estructuración de la pobreza y la desigualdad que se profundizan en dicha contextualidad espacio-temporal, van acompañadas de la producción de determinadas políticas, -y especialmente de determinadas políticas de juventud, en relación al tema que me ocupa- así como de determinadas modalidades de organización de la vida urbana. Por lo tanto, dentro de este nivel que bucea en la espesura histórico-política de una época, distingo dos dimensiones relevantes:

\* Las políticas de juventud en el marco de un Estado neoliberal, y las concepciones en que se sustentan, que expresan los modos en que el Estado pone en circulación esquemas de percepción sobre la cuestión de los jóvenes. Las orientaciones y paradigmas en que se sostienen las decisiones estatales en relación a los jóvenes, dan cuenta de una determinada producción de la *juventud* que no puede entenderse por fuera del contexto histórico general.

\* Las políticas y transformaciones sociourbanas que conducen a la conformación de enclaves de concentración de pobreza en ciudades como la de Rosario, generándose una determinada trama socioespacial que constituye el fondo sobre el que se delinean las vidas juveniles.

- A su vez, diferencio un nivel contextual más específico, que entiendo como la escala de los ámbitos cotidianos de la vida social de los jóvenes: urbano-barrial, familiar, escolar, laboral. Se trata de ámbitos que se modifican mutuamente, y en los que se están expresando las transformaciones del presente identificadas en la escala contextual más general, las que, por otra parte, también contienen huellas de temporalidades pasadas (Achilli, 2005). Cada una de estas esferas cotidianas condensa un universo de procesos y experiencias juveniles en los que se crean y recrean representaciones, valoraciones y sentidos colectivos, hegemónicos y de resistencia. Así, en este nivel abordé las siguientes dimensiones:

- \* Los procesos y experiencias urbano/barriales
- \* Los procesos y experiencias en la vida familiar
- \* Los procesos y experiencias escolares y laborales

Habría que decir que al hablar de "experiencias juveniles", me apoyo en la noción thompsoniana de *experiencia*, según la cual, esta categoría incluye "(...) la respuesta mental y emocional, ya sea de un individuo o de un grupo social, a una pluralidad de acontecimientos relacionados entre sí o a muchas repeticiones del mismo tipo de acontecimiento" (Thompson, 1981:19). Desde esta concepción, los sujetos resultan constructores activos de sus propias experiencias, si bien el "manejo" de las mismas no es autónomo, sino que siempre se produce "bajo condiciones que vienen dadas". Así, "las maneras en que una generación viviente cualquiera, en un "presente" cualquiera, "elabora" la experiencia, desafía toda predicción y escapa a toda definición estrecha de determinación" (Thompson, 1981:262).

La orientación epistemológica relacional que asumo en mi investigación, reposa sobre algunas concepciones contenidas en el método que Marx propusiera en el campo de la economía política, y su noción de "totalidad". De acuerdo con tal orientación, intento identificar relaciones más amplias y más específicas, procurando no autonomizar los diferentes niveles contextuales y dimensiones analíticas que he desagregado, sino abordarlos en sus múltiples entrecruzamientos, con el fin de alcanzar una mayor inteligibilidad de ese campo concreto y complejo que constituyen las grupalidades juveniles contemporáneas.

De este modo, el cuerpo de dimensiones analíticas que presento como componentes de la problemática a estudiar, no se entiende como un modelo cerrado de procesos mecánicamente relacionados, sino como una perspectiva general que permite penetrar la interacción dialéctica entre esos múltiples procesos y experiencias que condicionan y posibilitan los particulares agrupamientos juveniles que me interesa conocer.

La construcción de este modelo, brinda la ocasión de trabajar desde un enfoque que no explique las prácticas gregarias juveniles por referencia a presuntas características patológicas de su conducta, y que tampoco lleve a la linealidad de concebir sus experiencias concretas como el resultado mecánico de

ciertas transformaciones estructurales. Más bien se trata de abordar un conjunto de prácticas, situaciones y procesos "a escala de sus configuraciones cotidianas":

"... hablar de la configuración cotidiana de determinados procesos o prácticas implica considerar las huellas de distintos tiempos y "espacios" / situaciones que se van entrecruzando en el presente. De ahí que su estudio se aleja de ciertas concepciones difundidas acerca de lo cotidiano -entendido como espacio "micro" de los fenómenos del presente. Más bien se lo considera como una zona de nexos concretos entre diferentes escalas y dimensiones que, sin entenderlas como "causales", intentan mostrar las condiciones y límites al interior de los cuales se configuran los cotidianos particulares." (Achilli, 2000: 16-17).

### **3- Presentación de los jóvenes y sus grupalidades**

Comenzaba el año 2004; mi compañera<sup>7</sup> y yo caminábamos por las calles de un Barrio Los Álamos que empezaba a despertarse. Desde una esquina, a la sombra de un árbol, tres jóvenes provocaron nuestra atención dirigiéndonos piropos, que prontamente tomamos como excusa para acercarnos a conversar. Eran Gabriel, Juan y Abel<sup>8</sup>, de 15, 16 y 21 años respectivamente, y en la pared de chapa a sus espaldas, estaban inscriptos los nombres de otros que, luego supimos, formaban una red grupal que había hecho de esa esquina y de ese árbol uno de sus principales sitios de reunión. Ese encuentro marcó el inicio de un trabajo de investigación con jóvenes del Barrio Los Álamos que se prolongaría durante más de dos años.

He identificado en el escenario barrial dos grupos de jóvenes que constituyen el referente principal de esta tesis. Una aclaración metodológica importante es que la reconstrucción de las historias, modalidades y actividades compartidas en estos espacios de agregación se fueron configurando a través de los relatos que me ofrecieron los jóvenes, ya que la práctica del encuentro entre

---

<sup>7</sup> La totalidad del trabajo de campo de esta investigación se realizó con el acompañamiento y la colaboración de Gabriela Bernardi, colega con la que integramos el Centro de Estudios Antropológicos en Contextos Urbanos, y con quien compartimos el referente socio-espacial para nuestras respectivas Tesis, aunque focalizando en diferentes problemáticas de estudio.

<sup>8</sup> Los nombres de todos los jóvenes que figuran en este trabajo, así como los de sus grupalidades, son ficticios.

pares usualmente se despliega durante la tarde, y, más aún, en la nocturnidad, momentos en que debimos evitar visitar la zona para no exponernos a posibles situaciones de inseguridad. No obstante esto, en ocasiones pudimos compartir encuentros con "segmentos" de estos grupos en la mañana y el mediodía, como ocurriera la jornada del primer acercamiento.

El origen de estos grupos de pares se liga con la historia barrial en que se hallan inmersos. Muchos de los jóvenes llegaron a la zona entre 1999 y 2000 en el marco de programas de relocalización. Tenían entre 10 y 15 años de edad, y la proximidad física de sus viviendas, así como su pronta incorporación en el establecimiento escolar que se inauguró para albergarlos, fueron promoviendo los acercamientos. Otros, no habitaron el barrio desde sus orígenes, sino que fueron arribando en los años subsiguientes, en virtud del mercado informal de compra y venta de viviendas que siguió a los traslados, así como por la rápida formación de una "villa miseria" recostada sobre el barrio.

- La configuración de uno de estos círculos de pares -al que llamaré "*el grupo de la esquina del árbol*"- pivoteó alrededor de un joven llamado David (nacido en 1981), cuyo padre había trabajado en la construcción del Barrio Los Álamos, tarea en la que el joven solía acompañarlo, siendo de los primeros en instalarse. De este modo, David fungió de nexo para contactar a aquellos jóvenes que ya conocía desde la infancia por provenir de su mismo barrio, con otros que iban llegando desde distintos puntos cardinales Juan y Gabriel (ambos nacidos en 1988) nos abrieron las puertas para conocer a otros jóvenes de esta red grupal: Marcelo (1984), Fernando (1989) y su hermano Adrián (1987), Santi (1989), Pato (1985), Hernán (1987), Elías (1988) y Luis (1986), que es el único que no vive en el Barrio Los Álamos, sino en el Barrio adyacente llamado Trinidad, inaugurados ambos para la misma época.

Una observación significativa, derivada de mis últimas visitas a la zona, es que la mayor parte de estos jóvenes -así como otros de los que tuve referencia pero que no llegué a conocer- hoy ya no se encuentran en el barrio. En rigor de verdad, a Abel no volvimos a verlo desde aquella primera vez, y relevamos

versiones contradictorias acerca de dónde se encontraría actualmente. Otros jóvenes aparecen y desaparecen periódicamente de la escena barrial por presentar una alta movilidad habitacional, que alterna temporadas en que viven de modo independiente, con otras en que circulan por los domicilios de parientes en diferentes localizaciones. A esto se suma el hecho de que algunos han formado pareja y han cambiado de residencia, y otros se encuentran detenidos en cárceles o institutos de menores. Juan se suicidó en el año 2005.

- La segunda red grupal es identificada con el nombre de "*el grupo de los fleteros*". La visibilidad pública de este grupo está indisolublemente ligada a una esquina del Barrio Trinidad en donde viven José (1986) y su hermano Rafael (1987), cuyo padre es chofer de un flete, de allí el nombre que tomó la grupalidad que ellos integran. En relación con este grupo, conocí a los siguientes jóvenes: los hermanos Matías (1988), Sebastián (1987) y Elías (este último siempre circuló entre ambas redes), Rulo (1987), su hermano Miguel (1984) y su primo Fabián (1982), Tato (1987), y en el último tiempo se incorporaron Mario y Jorge, ambos nacidos en 1990.

A diferencia del otro espacio grupal, éste se integra por partes iguales con jóvenes de ambos barrios adyacentes, y aún hoy se encuentra "activo", si bien la mayoría de quienes alguna vez se inscribieron en su trama, ya no participan regularmente.

Estas breves referencias comienzan a abrir algunas pistas que procuraremos seguir, acerca de los procesos intervinientes en las dinámicas de formación, permanencia, reproducción y/o disolución de este tipo de agregaciones, que a veces tienden a volatilizarse, y otras veces parecen sobrevivir a todas las moviidades de sus integrantes. También se van desnudando algunos aspectos biográficos de los jóvenes considerados, cuyas existencias será preciso comprender no como "fragmentos aislados", en palabras de Wright Mills (1961), "como un campo o un sistema inteligible en y por sí mismo", sino en relación con "la estructura y la tendencia", "la forma y el sentido" de una época.

*PARTE II*

*VIVIR LA JUVENTUD EN CONTEXTOS  
DE POBREZA EN LOS AÑOS DEL  
CAMBIO DE SIGLO*

## CAPÍTULO 3

---

### El Estado y los jóvenes en tiempos recientes

#### 1- Concepciones y políticas de juventud

Los dos primeros capítulos de esta Parte II procuran ubicar el contexto sociohistórico y político general que se configura entre finales del siglo XX e inicios del nuevo milenio, por fuera del cual no es posible entender la constitución de los sujetos juveniles. No pretendo realizar una caracterización del conjunto de transformaciones estructurales del período, sino poner de relieve algunos aspectos de tales transformaciones en función del foco de mis preocupaciones. En relación con la problemática que aquí se aborda, será preciso examinar el proceso general de agudización de la pobreza y la desigualdad en el tránsito de siglo, en su acompañamiento por la producción de determinadas políticas estatales, atendiendo de modo especial a las políticas de juventud, y a ciertas políticas urbanas que se ligán con tendencias hegemónicas de organización de la vida en las ciudades.

Trataré en lo que sigue de describir la historia reciente de la relación entre el Estado y los jóvenes, relación en la que se ponen de manifiesto las construcciones en torno a este sujeto que están en la base de las políticas que se diseñan, y que van generando esquemas de percepción que permean los imaginarios del sentido común. Las políticas estatales de juventud y los paradigmas en que se apoyan, dan cuenta de una determinada producción de la *juventud* en una contextualidad témporo-espacial, que impregna diferentes ámbitos de interacción entre adultos y jóvenes. Los modos en que el Estado y la sociedad imaginan a sus miembros más jóvenes, no se desgajan de un contexto general que los atraviesa, los sentidos producidos en torno a las nuevas generaciones están indisolublemente ligados a una determinada época.

La intención es centrarme en las acciones que han marcado la mirada del Estado hacia los jóvenes en la Argentina de las últimas décadas, pero considero un

camino luminoso referir brevemente a las políticas transitadas desde mediados de siglo -tomando en conjunto el contexto latinoamericano, en donde los países han seguido lineamientos y tendencias homogéneas- a fin de que aflore el contraste entre los años '50, teñidos por la modernización económica y cierta promesa de ascenso social amplio, y los modos en que se define la atención hacia el sector juvenil entre los años '80 y '90, en el marco de cambios estructurales y de reformas del Estado en materia de políticas sociales.

Pérez Islas (2000b) -siguiendo a E. Rodríguez (1996, citado en Pérez Islas, 2000b) -distingue cuatro modelos de políticas destinadas a la juventud

- a. El modelo de educación y tiempo libre con jóvenes "integrados", que caracteriza a la década del '50.
- b. El modelo de control social de sectores juveniles "movilizados", que se gesta durante la década del '60 y se extiende durante los '70.
- c. El modelo de enfrentamiento a la pobreza y la prevención del delito, que llega a la escena en la década del '80.
- d. El modelo de la inserción laboral de los jóvenes "excluidos", que se generaliza en los '90.

El primer modelo se ubica en el contexto de los procesos de industrialización, con una incorporación creciente de los sectores juveniles a los sistemas educativos en cada país, principalmente en el nivel de la instrucción básica. El objetivo de los gobiernos, en lo concerniente a políticas hacia las nuevas generaciones, se centraba en torno a los beneficios que prometía el desarrollo tal cual se lo planteaba entonces, y a las posibilidades de movilidad social que permitía el acceso a mejores niveles de escolaridad. En este contexto, las políticas sociales generales crearon condiciones para el acceso de los jóvenes al empleo y al salario; lo que se tradujo en la preocupación por erradicar el analfabetismo, expandir la enseñanza básica, e impulsar la instrucción media y superior, además de atender la enseñanza técnica.

Simultáneamente, se comenzaron a propagar estrategias orientadas a brindar oportunidades para un uso adecuado del llamado "tiempo libre". Tales estrategias incluían actividades deportivas, recreativas, culturales entre otras, propiciándose un "matrimonio" entre juventud e instituciones deportivas que

marcó profundamente a las políticas públicas en esta materia en todo el mundo (Pérez Islas, 2000b). Este autor advierte que en el trasfondo de este modelo se presuponía que todos los jóvenes se encontraban integrados al proceso educativo-formal de preparación para la vida adulta, y, en tal sentido, no se contemplaba a otros sectores excluidos del sistema escolar, a quienes, en algunos casos, sólo se identificaba con actividades desviadas o delincuenciales.

El contexto para la emergencia del segundo modelo lo constituyen las crecientes movilizaciones juveniles que recorrieron los '60 y '70, básicamente protagonizadas por estudiantes. Según Pérez Islas, estas movilizaciones estudiantiles más tarde comenzaron a influir en la formación de agrupaciones políticas vinculadas con las ideologías de izquierda y en algunos casos alimentaron los movimientos guerrilleros, pero también desembocaron en las nuevas manifestaciones culturales que se empezaban a expandir en torno al rock.

La mayoría de los gobiernos del continente latinoamericano, respondieron a esta creciente movilización juvenil aumentando las funciones de control social como, por ejemplo, en Argentina, donde durante el gobierno de Onganía se prohibió la actividad política en las universidades. Acciones similares ocurrieron en otros países, entre las que sobresale la fuerte represión a los estudiantes mexicanos en 1968. Estas prácticas parecían tender a impedir que los movimientos estudiantiles salieran de las universidades y se vincularan con otras movilizaciones sociales (Pérez Islas, 2000b).

Los años '80 se caracterizaron por el retorno a regímenes democráticos en varios países del subcontinente, que se encontraron con grandes sectores de la población sumidos en la pobreza. Esta década señala el momento a partir del cual los jóvenes comienzan a ser destinatarios de acciones más específicas por parte de los distintos gobiernos, en concordancia con el momento difícil que se abrió para ellos a partir de la profundización de un modelo político-económico neoliberal, que trajo fuertes transformaciones en sus condiciones de vida, en su inserción social y en sus expectativas hacia el futuro. Especialmente problemática se tornó la relación de los jóvenes con respecto al mundo de la educación y del trabajo, dadas las dificultades para adquirir las nuevas calificaciones exigidas, la drástica

eliminación de puestos de empleo y la precarización de las condiciones laborales. (Szulik y Kuasñosky; 1996)

Aquí quiero subrayar que no todos los jóvenes fueron alcanzados del mismo modo por los cambios de la época, y pronto se pudo advertir que aquellos jóvenes pertenecientes a grupos familiares pobres o que comenzaban a descender a condiciones de pobreza, sobresalían como uno de los sectores de la población envuelto en las mayores dificultades, cuya situación continúa deteriorándose en nuestros días.<sup>9</sup>

En toda la geografía de América Latina se hizo palpable la presencia de los jóvenes de los sectores populares de las grandes ciudades esparciéndose en las calles con nuevas modalidades de agrupamiento e identidad. Empezaron a cobrar visibilidad a partir de su problemática situación de falta de inserción en la sociedad.

Así, algunas políticas que incidieron en los jóvenes se insertaron en el marco de acciones de combate a la pobreza. Muchas de dichas políticas se diluyeron dentro de las líneas de acción generales, en tanto que otras se dirigieron con mayor especificidad a la población juvenil, pero todas tenían en común el hecho de ser concebidas como mecanismos para prevenir delitos, y el de ser implementadas por instituciones distintas a las responsables de programas para jóvenes.

Para enfocar la relación del Estado con los jóvenes desde los '80 en adelante, debe tomarse en cuenta el contexto general de las políticas públicas. En la trama de los procesos de reforma estatal, las intervenciones ligadas a la cuestión social se debilitan, volviéndose fragmentarias y discontinuas. Siguiendo a Pérez Islas, las políticas sociales, impregnadas de una estrategia de racionalización de los recursos públicos, adoptaron los siguientes lineamientos:

---

<sup>9</sup> La mayoría de los autores enfatizan que los jóvenes constituyen el sector más perjudicado a partir de los cambios de rumbo del capitalismo, englobando a toda esta categoría etaria, sin atender a la fuerte disparidad que existe en el modo en que estos cambios los afectan. Si miramos en particular la relación de los jóvenes con el mundo del trabajo, encontramos notables diferencias en términos de ingresos, condiciones de empleo o gratificación en la ocupación. Considero interesante la distinción que realiza Hopenhayn (2005) entre jóvenes *informatizados*, un pequeño grupo privilegiado, convocado a hacer carreras veloces y exitosas, que manejan mejor que los adultos las destrezas de la sociedad del conocimiento; y una enorme masa de jóvenes *informalizados*, a quienes se convoca a ser trabajadores descartables, en condiciones de empleo precarias, de baja especialización y con salarios decrecientes.

- La privatización: que implica prácticamente el abandono del concepto de "servicio público" Sólo quedarán como exclusivos del Estado la seguridad y la defensa nacional, algunas acciones de salud preventiva y la impartición de la educación básica.
- La focalización: contra el principio de universalismo que tenían las anteriores políticas. Concepto que implica, además, selectividad y un uso más eficiente de los recursos del Estado.
- La descentralización: para que sobre todo las instancias locales (fundamentalmente los municipios y en algunos países ciertas ONG) se encarguen de la ejecución, aunque la definición siga elaborándose centralmente (Pérez Islas, 2000b).

En los distintos Estados nacionales la política social se centrará en el combate a la pobreza, sustituyéndose el concepto de "desarrollo" predominante en décadas anteriores, por el de "compensación social".

Tomaron forma los programas instrumentados por los llamados "fondos de inversión social" que se desarrollaron tempranamente en Costa Rica (1975) y más tarde en Bolivia (1986), pero que se generalizaron en toda América Latina hacia principios de la década de los '90. Su objetivo era obtener recursos -principal, aunque no exclusivamente de organismos externos- para canalizarlos a través de programas y proyectos sociales específicos, donde las instituciones gubernamentales no los ejecutaban, sino que actuaban como intermediadoras para la selección, financiamiento y fiscalización de las organizaciones sociales y privadas que se responsabilizaban de dichos proyectos. La mayoría de los ámbitos que cubrían tenían que ver con la educación, la salud, la capacitación o el saneamiento básico de comunidades pobres y/o rurales, incluyéndose entre los sectores a atender a los jóvenes (Pérez Islas, 2000b: 321)

La preocupación central de las políticas de juventud de los '90 será incorporar a jóvenes excluidos a los mercados de trabajo formales, mediante capacitaciones de corta duración, y en vinculación con las necesidades de empresas específicas.

Este modelo fue iniciado en Chile y se repitió después en otros países, tanto de América del Sur como Central. Los distintos programas se implementaron con el aporte financiero de instituciones internacionales como el Banco Interamericano de Desarrollo (BID). En su mayoría, los programas han sido aplicados bajo la responsabilidad de los Ministerios de Trabajo o de Planificación, y con la participación de organizaciones civiles y empresariales. Estos programas ponen de manifiesto las nuevas interrelaciones entre organizaciones civiles, bancos y gobiernos, en un marco de transición de las políticas sociales. Entre los países que siguieron la experiencia chilena se cuenta Argentina, con el Proyecto Joven que se inicia en 1994 con el objeto de dar capacitación a cien mil jóvenes.

Un rasgo saliente de estas políticas de capacitación laboral es que conciertan por primera vez a sectores sociales (ONG, universidades, etcétera) y a empresarios privados en la contratación temporal de los capacitandos. "El Estado se retira así del papel de ejecutor directo (tal y como empezó a hacerlo en los fondos de inversión social) y centra sus funciones en el diagnóstico, diseño de la oferta, financiamiento, administración, regulación, evaluación y monitoreo." (Pérez Islas, op.cit p. 322)

Por su parte, el autor destaca que, si bien estos programas fueron pensados en su origen como un instrumento que podía modificar las tendencias de desempleo juvenil, la realidad ha demostrado que estos mecanismos de capacitación poco inciden en las condiciones de empleabilidad joven.

Medina Carrasco (2000) realizó un análisis del Programa Nacional de Capacitación Laboral de Jóvenes impulsado por el Gobierno de Chile desde 1991. Destaca que, si bien el Estado se ha esforzado en evaluarlo como una política de inversión productiva, desde la academia se ha demostrado su condición de instrumento de reproducción de la desigualdad social y de disciplinamiento social. Medina Carrasco dirigió su mirada hacia la apropiación que los jóvenes realizan del Programa como espacio relacional e identitario, independientemente de la adquisición de nuevos conocimientos y destrezas en algún oficio. La apropiación que los jóvenes hicieron del espacio social creado en torno al Programa se tradujo

en un ambiente de aceptación del otro y de confianza colectiva, habilitándolos con un mayor capital cultural y social para su trayectoria vital futura.

De un modo similar, al indagar sobre las experiencias en un programa de capacitación laboral implementado desde la Municipalidad de Rosario<sup>10</sup>, encontré que los jóvenes lo valoraban altamente como espacio donde "*nos desahogábamos*", donde "*ayudaban a los chicos con problemas de drogas*", donde "*los profesores nos alentaban para que retomemos la escuela*", y que significó una ampliación de su horizonte de experiencias sociales.

## **2- Las políticas de juventud en Argentina**

Deseo referirme a algunos aspectos generales de las políticas de juventud en nuestro país durante la década del noventa, en que los efectos de la crisis sobre amplios segmentos de la población joven se presentarán con mayor fuerza.

Puede postularse que las políticas en relación a los jóvenes durante esa década se ligan con dos grandes fenómenos: uno de éstos, remite a la relación problemática que se presenta entre los jóvenes y el mundo del trabajo. El otro fenómeno se refiere a la identificación del joven como actor social "peligroso", o "en riesgo social", lo que, sin dudas, se conjuga con lo primero (Szulik y Kuasñosky, 1996).

Las dificultades para insertarse laboralmente en el actual mercado de trabajo, llevan a los jóvenes a una débil inserción en la vida social; y de allí, no hay que recorrer mucho trecho para pasar a concebir sus comportamientos como una amenaza. Se puede considerar que el interés por parte del Estado en relación con este sector de la población, es fruto del peligro potencial que representa para el conjunto social, en tanto agente social dañado (Szulik y Kuasñosky, 1996).<sup>11</sup>

---

<sup>10</sup> Se trata del Programa Oportunidad, instrumentado desde el Centro de la Juventud de la Municipalidad de Rosario entre los años 1998 y 2000.

<sup>11</sup> No quisiera pasar por alto el hecho de que la imagen de la juventud como portadora de peligro o amenaza ha estado presente en distintos momentos históricos, por ejemplo estas percepciones arraigaron singularmente en el contexto de los '60 y '70, pero la presunta peligrosidad que los jóvenes representaban entonces, estribaba en su militancia política y en su cuestionamiento al orden social convencional. Hoy se les teme por asociarlos con distintas formas de descontrol, excesos, violencia interpersonal y delito.

De acuerdo con lo anterior, durante dicha década se focalizará en torno a los jóvenes en situación de pobreza, en el supuesto de que sus carencias de habilidades básicas para insertarse en los nuevos modos de producción y de organización del trabajo, los marginan cada vez más del acceso al mercado de empleo, en un contexto político-ideológico en donde el problema del desempleo se enfoca en relación con la falta de capacitación adecuada, a través de la noción de *empleabilidad*.<sup>12</sup> De este modo se diagraman numerosos programas de capacitación laboral para jóvenes, articulando instituciones de capacitación, empresas y pasantías

El más amplio Programa dirigido a la capacitación laboral de jóvenes fue el anteriormente citado Proyecto Joven. Se eligió capacitar a jóvenes desocupados o subocupados, pertenecientes a los sectores más pobres. En función de esto, se les proponía a las instituciones de capacitación que determinaran en el mercado las demandas, y que establecieran una red de relaciones con organizaciones y empresas. La capacitación se desdoblaba en una fase de formación práctica en una institución educativa, y una pasantía en una de las empresas interesadas en recibir a los jóvenes. El Estado financiaba tanto el curso como una beca para el joven.

Este ejemplo permite ver el nuevo rol que cumple el Estado en materia de políticas sociales en general, y en particular, en el caso de las políticas de juventud. Dicho rol está centrado en la determinación de las políticas y la asignación de los recursos, pero no en la ejecución o administración de los detalles. El Proyecto Joven se implementó de manera descentralizada, en donde el Estado contrataba y realizaba la supervisión (Gallart y otros, 1996)

Simultáneamente a éste y otros programas para la población joven, generados en distintas áreas y dependencias gubernamentales, se produce la implementación de acciones por parte de organismos especializados en la atención hacia este sector. La conformación de un área específica para la juventud a nivel nacional se remonta a 1986. La historia de este organismo durante la década siguiente, da pistas de las "desorientaciones" y orientaciones de la gestión menemista en materia de políticas de juventud. Lllaman la atención los numerosos

---

<sup>12</sup> Para una interesante crítica acerca del uso del término *empleabilidad*, puede verse Shapiro, Juan (2000), "Educación y desempleo. La demanda de mano de obra en el Gran Rosario", en Achilli, Elena y otros, *Escuela y Ciudad. Exploraciones de la vida urbana*, Rosario, UNR Editora.

cambios de estatus de esta área en el transcurso de poco tiempo (de Subsecretaría, a Dirección, a Secretaría, a Instituto), con la consiguiente pérdida de las asignaciones presupuestarias correspondientes a un organismo de rango mayor. (Balardini, 1999). Más significativo aún resulta el hecho de que en 1993, pasó del Ministerio de Salud y Acción Social al ámbito del Ministerio del Interior, donde también experimentó varios cambios de rango, pero sin abandonar esta dependencia hasta 1999 en que pasó a su órbita actual en el Ministerio de Desarrollo Social de la Nación.

En una evaluación realizada por S. Balardini y FLACSO (Balardini y otro, 1995, citado en Balardini, 1999) sobre las políticas de juventud durante el primer gobierno de Menem, se destacan algunas conclusiones importantes. Sobre todo se puntualiza que el organismo se caracteriza por la improvisación, el intuicionismo, la falta de diagnósticos generales y específicos, la falta de seguimiento y evaluación de los programas ejecutados, la falta de profesionales especializados en políticas de juventud y el bajo involucramiento de los potenciales destinatarios de las mismas. El informe de la evaluación también señala que los reiterados cambios de estatus generan pérdida de credibilidad de los organismos de juventud frente a sus interlocutores, y que los permanentes cambios de gestión, de programas y de personal impiden avanzar en la calificación de técnicos y de personal de conducción. Asimismo, producen no sólo la ruptura de los servicios ofrecidos, sino cierta parálisis institucional. (Balardini, 1999)

Antes de cerrar estas consideraciones sobre las políticas de juventud, deseo aclarar que no he tomado en cuenta otras instancias en que se juegan tales políticas estatales, como por ejemplo el nivel parlamentario / legislativo, constituido por un sistema de leyes que afectan especialmente a jóvenes (Balardini, 1999). Tal vez en este nivel se advierte más nítidamente un carácter crecientemente autoritario y represivo de las acciones dirigidas a la población juvenil en distintos países, como por ejemplo la que subyace en la tendencia a reducir la edad de la responsabilidad penal.

Comparto con Reguillo (2000a) que los jóvenes -aunque no ellos exclusivamente- "se han convertido en los destinatarios de un autoritarismo que tiende a fijar en ellos de manera obsesiva los miedos, la desconfianza, las

inquietudes que provoca hoy la vulnerabilidad extrema en diversos órdenes sociales.". El despliegue de prácticas autoritarias se observa en la implementación de programas como los que emanan de la "Doctrina Giuliani", iniciada en Nueva York, y trasladada a otros rincones del mundo desde 1993.

"Tolerancia cero", como se denominó en NY la campaña policíaca para combatir el pequeño crimen, bajo el supuesto de que quien rompe una ventana o hace un grafitti es capaz de volar un edificio en pedazos (...) ha impactado a los gobiernos del continente en sus "programas de combate a la violencia (...)" (Reguillo, 2000a: 155).

En nuestro país, distintos gobiernos provinciales y especialmente el actual gobierno de Córdoba se han mostrado afines a esta política, a través de contactos con el Manhattan Institute, que es el organismo que impulsa la aplicación de dicha doctrina. Estas concepciones alcanzan a las distintas modalidades de agrupamiento juvenil, que ingresan en la órbita de los programas de "Mano Dura", como en Centroamérica, en donde se multiplican las iniciativas de distintos gobiernos enviando a sus respectivos parlamentos planes y medidas de combate a las pandillas.

Estas breves referencias dejan al desnudo otra orientación de las actuales políticas de juventud. En unos ámbitos, las decisiones políticas en materia de juventud declaran consagrarse a la "promoción del desarrollo juvenil", sobre la base de una percepción de estos sujetos, en especial de los jóvenes pobres, a partir de su alta vulnerabilidad, lo cual, en el marco de un Estado que se ha vuelto socialmente "insolvente" (Grassi, 1999), se volatiliza en acciones eventuales, con escasa coherencia y falta de continuidad. En otras instancias, mientras tanto, se estructuran tendencias estatales represivas, en concordancia con una construcción de la juventud en términos de agente de inseguridad.

## **CAPÍTULO 4**

---

### **El contexto sociourbano en el que viven los jóvenes**

#### **1- Recorrido por los procesos de configuración de un enclave urbano de pobreza**

La presente investigación con jóvenes de la ciudad de Rosario, tomó como referente socioespacial un territorio de la periferia urbana oeste, que comprende un conglomerado de barrios de vivienda pública y numerosos asentamientos irregulares que se extienden desde la calle Seguí hasta las vías del FF.CC.Mitre, y desde la calle Larrea hasta la Av. de Circunvalación, con la calle Rouillon atravesando el sector de sur a norte como eje central de circulación.

La posibilidad de recortar tal porción de territorio responde a un doble criterio: por una parte, se seleccionó como límite grandes ejes o barreras físicas (vías de circulación, ferrocarril) y, por otra parte, se recortó el espacio territorial que exhibe la mayor y más reciente concentración de viviendas públicas dentro del Distrito Oeste. Estos dos aspectos le confieren cierta unidad al área que permite demarcarla respecto de otras zonas linderas.

Quiero aclarar que el trabajo de campo con jóvenes se concentró en uno solo de los núcleos habitacionales que integran esta gran área periférica. Sin embargo, aunque cada barrio ha ido componiendo una identidad propia, interesa abarcar el área en conjunto como expresión de ciertas modalidades de organización de la vida urbana que, en tiempos recientes, han tendido a la conformación de urbanizaciones de este tipo, tejidas a partir del vertiginoso asiento de contingentes poblacionales erradicados de distintas "villas miseria", y luego reubicados dentro de estos ámbitos de relocalización.

En lo que sigue, presentaré una descripción en torno a los modos de configuración del espacio seleccionado. Me centraré en torno a dos procesos

sociourbanos y políticos relevantes que hacen a la formación de estos espacios de pobreza en nuestra sociedad:

Uno de esos procesos se vincula con las políticas públicas de vivienda, y con la situación, tal vez paradójica, de que a la par de su implementación, se ponen en escena un conjunto de luchas y estrategias en busca de un lugar donde habitar, las que a su vez se transforman en "otras" políticas, generando distintos tipos de transacciones y negociaciones.

El otro proceso, remite a orientaciones hegemónicas que tienden a la concentración espacial de la pobreza, y que van modelando la vida interna en estos contextos, atravesada por numerosas fricciones. Estos procesos se inscriben como parte de la creciente desigualdad y segregación social, que en los '80 y los '90 impacta en la formación y densificación de enclaves de congregación de pobreza, con los incrementos de violencia, peligrosidad y aislamiento que esto trae aparejado, y los efectos en las experiencias y percepciones de sus habitantes. (Auyero, 2001)

Quisiera comenzar destacando que el territorio en cuestión constituía hasta no hace mucho tiempo una zona de quintas al borde del área urbana, cuyos productos se comercializaban en la ciudad de Rosario. Así, la configuración del mismo como área de residencia es un proceso nuevo, y responde a la instalación en el lugar -desde la década del '80, pero intensificándose en la década del '90 y continuando hasta nuestros días- de numerosos complejos habitacionales construidos tanto por el estado provincial como municipal en el marco de diversos programas de vivienda.

En la base del proceso histórico de conformación de este espacio sociourbano se destaca el emplazamiento de un Barrio FONAVI inaugurado en 1983 en Seguí y Rouillon, que junto con la instalación de un barrio del Banco Hipotecario de la Nación y otro perteneciente a Caritas para la misma época, constituyeron hasta tiempo reciente los únicos núcleos habitacionales situados sobre el lado sur de Seguí. A su vez, en Seguí y Provincias Unidas se formaba, también en la década del '80, un pequeño "asentamiento irregular", con migrantes de Chaco y Corrientes.

Más allá de estas concentraciones de viviendas, amplias áreas despobladas se extendían hacia el sur sin más interrupción que las vías del ferrocarril cruzando de este a oeste. Hasta el inicio de los '90 este territorio estuvo prácticamente deshabitado, y destinado en su mayor parte a la producción hortícola. Será en esa década que la zona empezará a adquirir un nuevo rostro, configurándose como asiento de numerosos planes habitacionales, que en pocos años transformarán completamente el paisaje.

Al día de hoy, el área exhibe una ocupación casi total, por el emplazamiento de estos distintos barrios, así como por el crecimiento constante de "asentamientos irregulares" que se van formando en los pocos espacios vacíos. La distribución socioespacial alterna conjuntos habitacionales y "asentamientos", y está apenas salpicada por unas pocas quintas que todavía subsisten, y algunas casas antiguas pertenecientes a los primeros pobladores que se establecieron en la zona para el desarrollo de la actividad hortícola.

De acuerdo a lo expuesto, en la constitución de este espacio en la ciudad es posible reconocer la confluencia de dos modalidades habitacionales principales, en las cuales se concretizan los dos grandes procesos sociourbanos identificados:

1- una modalidad se relaciona con la implementación de políticas públicas de vivienda, que tiende a una concentración progresiva de conjuntos habitacionales en la zona

2- la otra modalidad se vincula a la densificación de la población de los "asentamientos irregulares" más "antiguos", y a la formación de asentamientos nuevos.

1- Casi la totalidad de los conjuntos habitacionales presentes en la zona han sido edificados por la Municipalidad de Rosario, o por la Provincia de Santa Fe.

La relocalización de poblaciones en esta zona por parte del Municipio, remite a un proceso que se inicia a principios de los '90 y que tiene continuidad hasta el presente. En 1991 el Servicio Público de la Vivienda (SPV) inauguró un barrio para familias tobas, que se encontraba apartado del FONAVI de Seguí y Rouillon por extensas tierras deshabitadas. Desde el emplazamiento del así llamado "Barrio Toba", la construcción de nuevos núcleos ha sido incesante. En

los años que siguieron, se continuó con la edificación de más viviendas dentro de este mismo barrio, y entre 1994 y 2005 se emplazaron al menos ocho barrios nuevos, cuyas casas se asignaron a familias provenientes de "villas miseria" de todos los puntos cardinales.

En todos estos casos se trata de barrios construidos por el estado municipal, y su localización preferentemente dentro de un mismo espacio de la ciudad, nos coloca ante políticas urbanas específicas, y muestra una congregación espacial de las familias trasladadas desde distintos asentamientos de la ciudad, cuya erradicación se vincula con la realización de obras públicas, en especial con la apertura de calles y avenidas. "...la prioridad es la apertura de grandes avenidas para la comunicación vehicular en relación con el papel que tendría la ciudad en el proceso circulatorio del Mercosur." (Garbulsky y otros; 2000: 82). Actualmente, la Municipalidad continúa comprando terrenos y edificando en la zona para efectuar nuevos traslados, como parte del Programa *Hábitat*.

Por su parte -y en forma simultánea al emplazamiento de barrios municipales- la Provincia de Santa Fe, a través de la Dirección Provincial de Vivienda y Urbanismo, también ha edificado en esta área numerosos barrios con fondos del FONAVI. En este caso no se trata de relocalizaciones, sino que estas viviendas están destinadas a atender a la demanda espontánea. De todos modos, parte de las casas han sido cedidas a la Municipalidad de Rosario para que las asigne a familias trasladadas. Estos Barrios FONAVI están localizados en su mayoría sobre Pcias. Unidas, desde Rivarola hasta las vías del FFCC. Mitre.

Con respecto a esta alta concentración de vivienda pública en el sector considerado, es posible formular supuestos de dos niveles: Por un lado, la elección de esta zona para realizar construcciones podría vincularse con el bajo costo de los terrenos, formando parte de un proceso por el cual se van desocupando otros terrenos de la ciudad que van adquiriendo mayor valor. Por otro lado, también resulta importante vincular estos procesos con distintas experiencias de concentración de la pobreza en el mundo. Diferentes investigaciones han venido mostrando una tendencia a la congregación de los desfavorecidos en determinadas áreas de las ciudades, lo que Auyero (2001) ha caracterizado como una "concentración geográfica de la pobreza".

2- El otro proceso que interviene en la configuración de este espacio socioourbano, se vincula al crecimiento constante de "asentamientos irregulares" que se van formando en los pocos espacios vacíos que aún quedan, en los márgenes del territorio que estamos considerando. Al asentamiento más antiguo, que data de los años `80, se sumaron entre 1998 y 2002 cinco asentamientos nuevos, que van creciendo y densificándose día a día.

Algunos de ellos se formaron a partir de "tomas" colectivas que, según cuentan los vecinos, fueron iniciadas por miembros de la comunidad toba. Varios de los terrenos ocupados pertenecen al SPV y estaban destinados a continuar construyendo viviendas en el marco del Programa *Habitat*, lo que actualmente está en tratativas.

El grueso de los asentados lo constituyen grupos familiares que han sido previamente "agregados". Esta categoría social hace referencia a aquellas personas que conviven en la vivienda de algún pariente o amigo. En algunos casos puede tratarse de miembros de una familia que han formado pareja, y que incluso pueden tener uno o más hijos, y continúan viviendo en el hogar paterno. En cierto modo, observamos que estos hijos de las propias familias radicadas en los distintos barrios de la zona, constituyen un número importante del contingente de asentados. Un directivo de una institución de la zona correlaciona los procesos de expansión de los asentamientos, con las relocalizaciones:

*Las familias vienen con chicos más chicos, pero resulta que después, la de 15 tiene dos o tres chicos... Viven juntos un tiempo, pero después se tienen que ir (...) a mí me parece que siempre, adonde haya relocalizaciones van a aparecer de nuevo villas a su alrededor.  
(R1/2002)*

A su vez, se puede visualizar otra situación de "agregados", que es la de migrantes recién llegados a Rosario, que se establecen, de forma supuestamente transitoria, en casa de familiares. La mayoría de estos sujetos portan historias migratorias caracterizadas por sucesivos desplazamientos por diferentes ciudades, regiones, y barrios dentro de Rosario, buscando mejorar sus condiciones de vida.

Del recorrido trazado, se desprende que se trata de un espacio socioourbano en acelerada expansión, a partir de relocalizaciones, migraciones internas y

distintas formas de movilidad territorial, y en su crecimiento va concentrando un conjunto poblacional heterogéneo, con una amplia diversidad de procedencias étnicas, provinciales y de diferentes zonas de la ciudad.

También surge otra cuestión importante: la centralidad que adquiere para los residentes de este espacio la problemática del acceso a la vivienda, en un contexto sociourbano en donde la implementación de planes habitacionales constituye el rasgo fundante. Más allá de la provisión de viviendas por parte del Estado, al interior de este espacio urbano se despliega una amplia gama de modalidades de consecución de un espacio residencial -que incluye formas consideradas legales y otras consideradas ilegales- lo que de algún modo pone de manifiesto ciertos límites de las políticas urbanas de vivienda, que se ven superadas por nuevas demandas. Así, tanto en los barrios como en los asentamientos, se abre un intenso mercado informal de compra y venta de terrenos y viviendas, a través de permutas y "adquisiciones".

La magnitud de estas transacciones está en relación con la alta proporción de familias que no se "hallan" en el nuevo entorno, y regresan a su lugar de procedencia a poco de haber sido relocalizadas, lo que da lugar a numerosas operaciones de compra y venta informal de viviendas adjudicadas. Sin dudas éste es uno de los conflictos más salientes que siguen a los procesos de traslado:

*De los que vinieron a vivir acá, diez nomás quedamos del principio, los demás se fueron todos. (...) Están acostumbrados a trabajar con el carro y el caballo (...) es gente ignorante, ¿por qué no podés hacer lo mismo acá? Se vuelven a estar igual, o más peor, prefieren la chapa al material, vuelta a vivir en la chapa (...) No quieren mejorar, no quieren progresar. En vez de pensar en el futuro, en los hijos, prefieren volver a lo mismo. (Vecino de Barrio Manantial, R4/2002)*

*El que no puede pagar se va. Del barrio éste debe haber un 20 por ciento que se fue. La mayoría de la gente viene de no tener trabajo, van a changuear a las quintas, o salen a cirujear, y acá los impuestos los tenés que pagar, la casa la tenés que pagar. (...) Para una gente que la sacaste de una villa, y si estás en una villa es porque no tenés poder adquisitivo para comprarte una casa. (...) La gente que se fue, sacan como para comprarse un ranchito en la villa y se van de vuelta. (R4/2002).*

Otro conjunto de situaciones se relaciona con las prácticas de ocupación "ilegal" de viviendas y terrenos. Entre los múltiples conflictos contenidos en estos procesos, sobresalen las percepciones cruzadas de los habitantes de la zona sobre tales transacciones. Por ejemplo, la toma de tierras vacantes es visualizada por muchos vecinos como una estrategia para "forzar" la entrega de viviendas por parte del Estado. Respecto de este tema es sugerente el siguiente fragmento de diálogo entre un joven de Barrio FONAVI y uno residente en un asentamiento:

Joven de un Barrio FONAVI: *Tierra de nadie es esto. Te quieren sacar, te tienen que dar una vivienda, con esa viveza vienen todos.*

Joven de un asentamiento: *Yo no vine con esa viveza, yo no tenía dónde vivir, entonces compré esto. Pero seguro, si me tienen que sacar me van a dar algo, si no, no me voy a mover, es verdad. (R4/2002)*

Se puede conjeturar la existencia de una sensación de "certeza" por parte de los asentados, de que el Estado no actuará represivamente, que no serán expulsados de las tierras, y hasta el momento esto de hecho ha sido así. Sin embargo, no podría aseverar que en todos los casos se trate de una estrategia para forzar el otorgamiento de viviendas por parte de las instituciones estatales, o al menos, no está en el horizonte inmediato la expectativa de ser propietario, pero sí la posibilidad de permanecer en el lugar, como la única forma habitacional posible dentro de sus condiciones socioeconómicas.

De este modo, puede verse que las distintas "búsquedas" en torno de un lugar donde habitar, se transforman en políticas generadas desde los sujetos, con niveles variables de organización, que se cruzan con las políticas estatales, e impactan en la vida social que se va tramando en estos contextos, acumulando conflictos y fricciones.

## **2- Vida social, tensiones y aislamiento**

A través de los procesos de conformación socioespacial que he descrito, se hacen visibles los modos en que se va produciendo la concentración de la pobreza en determinados espacios de la ciudad. Tal concentración, que forma parte de las

profundas transformaciones sociourbanas de las últimas décadas, implica modificaciones que van más allá de cambios en el paisaje; que son parte de la constitución de la vida interna en estos contextos, y de las experiencias de quienes allí habitan. En el apartado anterior, he dirigido la atención hacia las fricciones que se originan alrededor de la ocupación del espacio y de las distintas transacciones en torno a la vivienda. Ahora enfocaré otro núcleo tensional que atraviesa la cotidianeidad en este conglomerado de barrios, que es la creciente sensación de inseguridad y peligrosidad interna, con su correlato de estigmatización y aislamiento de estos espacios y sus habitantes.

El temor hacia los propios vecinos va desplazando la representación del propio lugar como un ámbito de confianza. En ciertas representaciones acerca de la zona, producidas por parte de los pobladores más "antiguos", se destaca una percepción negativa en torno al proceso de urbanización que se ha dado en los últimos años

*Este era Barrio Roca. Eran todas quintas. Yo tengo un chalet hace 40 años. Estaba solito. Después empezaron a lotear. Había dos vecinos y nada más. Había algunas casas de los gringos quinteros viejos. Después trajeron a los de Villa Banana, los chicos son peor que las pirañas, no dejan nada, se roban todo. Yo tenía criadero de gallinas, había quintas y viñedos; los dueños éramos todos italianos. Usted dejaba cualquier cosa de valor y la encontraba al otro día; ahora no, son vandálicos. (...) De aquel lado /señalando hacia el este donde se emplaza el asentamiento más reciente/ se hizo una villa de ranchos; yo vivo por ahí, pero ahora con todo eso, ¿a quién le vendo? (...) Cuando vine no había nadie, ahora me quiero ir de acá. (R4/2002)*

*Yo vine acá hace siete años. Después empezaron a hacer vivienda y vivienda. Son varias manzanas que hay casas. Vienen de Villa Banana, de Barrio La Lata. Antes estábamos solos, tranquilos. Ahora hay gente de todos lados. Hay gente que la conocéis, pero hay otra que no la querés conocer... (Vecina de uno de los primeros barrios relocalizados. R4/2002)*

Por su parte, otros relatos -producidos por vecinos más nuevos- parecen contrastar con los anteriores, al expresar ciertas alusiones a la "tranquilidad" del lugar:

*Vivíamos en San Francisquito (...) Me quise ir por el ambiente... Mucho malandra, y yo tengo los pibes, viste (...) Acá el ambiente es bastante bueno, pero no tengo una amistad como allá. Recién llegamos. Yo trato de que los pibes no se junten mucho. (...) (Vecino de Barrio Los Álamos, R1/2002)*

*Antes vivía en Las Flores, después cambié mi casa por ésta y me vine a vivir acá (...) Acá es más tranquilo. Ahí había competencia con la música. Acá es tranquilísimo. (Vecino de Trinidad, R1/2002)*

*Acá somos pocos (...) es un barrio de pocas viviendas...por ahí andan algunos atrevidos, pero éstos hay en todos lados, te roban acá, y cuando vivíamos allá también... (Vecino de Barrio Manantial, Reg.2/2002)*

Estos fragmentos permiten conjeturar la existencia de cierta movilidad de las personas en busca de contextos "más tranquilos", produciéndose un desplazamiento desde zonas más densificadas, hacia otras de menor congestión poblacional. Así, algunos de los que van llegando, aluden a la "tranquilidad" del lugar, en comparación con los contextos de los que provienen.

Pero a su vez, estos nuevos contextos también van experimentando una densificación poblacional, y se van tornando más inseguros, a la par que se incrementan las fricciones de distinto tipo entre quienes allí conviven. Estos núcleos de pobreza se van configurando como espacios de violencias y tensiones múltiples, y va aumentando aceleradamente la sensación de peligrosidad interna.

*Los vecinos son de terror (...) la comisaría trabaja para ellos (...) (R1/2002)*

*Es gente de todos lados. Hay muchísima delincuencia. De noche no se puede dormir tranquilo. No hay comando, no hay seguridad. Es tierra de nadie (Vecino de Barrio La Quinta, R4/2002)*

En esa sensación de temor hacia los propios vecinos, también se articulan imaginarios preexistentes en el contexto de nuestra ciudad en torno a los distintos barrios de los que proceden las poblaciones que hoy conviven en el ámbito estudiado. La llegada de los nuevos vecinos fue fuertemente sentida por los residentes más antiguos de la zona, y, de modo particular entre los jóvenes, dio

lugar a la generación de identificaciones, diferenciaciones y jerarquizaciones entre grupos. Como lo explica Andrés del Barrio FONAVI de Bv. Seguí y Rouillon<sup>13</sup>:

*Hay grupos bastante hostiles, y mucho más cuando se va acoplando un barrio. Porque acá cada barrio que viene trae su gente. Y acá hay un grupo que comanda todo el tema de la delincuencia o está en la venta de drogas. Entonces viste los chicos de La Tablada tampoco salieron del cotolengo, entonces se produce cierto grado de hostilidad (...) Cada cual quiere marcar su territorio y cada cual quiere marcar su fuerza, nadie se quiere mostrar débil porque te pasan por arriba (...) (R05/2003)*

A este tipo de imágenes que aluden a las disputas territoriales por la distribución del delito y la droga, se agregan otras representaciones que parecen marcar fronteras rígidas entre los distintos ámbitos barriales presentes en la zona.

Esto se visualiza en el caso de los jóvenes del grupo toba, entre quienes pude observar que los procesos de adscripción territorial se presentan con mayor fuerza. El espacio de residencia emerge como soporte para el desarrollo de “identidades contrastantes”, de oposiciones de nosotros/otros que ordenan las relaciones tobas/blancos. Los jóvenes toba construyen una identidad diferenciada respecto de los jóvenes “blancos”/“criollos” expresada mediante la antítesis barrio toba/barrios de “blancos”/“criollos”, y manifiestan eludir las posibilidades de interacción con sus nuevos vecinos. Nos dice Martín:

*Ahora están esos barrios nuevos, son criollos. Vienen de barrio La Tablada, de Las Flores, La Granada, gente de Parque Sur trajeron. De ahí siempre salen problemas. (...) Hay muchachos que tienen nuestra edad pero nunca nos juntamos. (...) Yo conozco a la gente, sé de dónde salieron y quiénes son. (R02/2000)*

Por su parte, los jóvenes de los otros barrios también modelan una fuerte diferenciación respecto del grupo toba. En las prácticas y representaciones de los

---

<sup>13</sup> Es oportuno aclarar, en función de éste y otros relatos que se incluyen en el trabajo, que Andrés es un joven de 26 años que desarrolla una intensa actividad social en la zona a través de su participación en un Proyecto de fútbol infantil y juvenil para los chicos del Barrio Fonavi en que él vive. También es un referente político como miembro del Partido Justicialista. En el momento en que lo entrevisté (marzo de 2003) estaba trabajando en la campaña para la candidatura de Jorge Obeid a Gobernador de la Provincia de Santa Fe.

jóvenes del Barrio Los Álamos con quienes trabajé más en profundidad, encontré una intensa carga discriminatoria hacia estos vecinos:

*No me gustan los tobas, los tengo adelante mío y les digo que son unos negros de mierda. (Hernán, R18/2005)*

*Siempre cuando voy a la escuela me llevo una faquita o algo porque son repeligrosos los tobas. Siempre se encuentran a drogarse, y se dan revuelta y hacen cualquiera. (Gabriel, R18/2005)*

*Los tobas son todos borrachos. Se emborrachan y después se matan entre ellos. ¿No ve usted que pasan siempre en la televisión? (Juan, R06/2004)*

Esta última expresión muestra indicios de que hasta cierto punto las representaciones recíprocas que circulan entre los distintos conjuntos sociales presentes en este entorno, están recorridas por el tipo de imágenes sensacionalistas que sobre dichos conjuntos ofrecen los medios de difusión locales. A su vez, debe tenerse en cuenta que la producción de una visión descalificante respecto de los vecinos indígenas se enlaza con un agudo malestar colectivo a partir de la percepción de los miembros de la comunidad toba como los beneficiarios "privilegiados" de la asistencia del Estado y de la "atención" de los políticos.<sup>14</sup>

Pero quiero poner de relieve que más allá de que las verbalizaciones antes citadas puedan hacer pensar en colectivos juveniles cerrados, aferrados a una identidad barrial/territorial inflexible, en las interacciones cotidianas aparecen distintas formas de aproximaciones, alianzas y negociaciones. De hecho, las pertenencias barriales no intervienen como un criterio rígido de separación entre los jóvenes, y es notorio que los grupos que se reúnen en las esquinas, usualmente incluyen jóvenes procedentes de distintos barrios contiguos, en una dinámica en

---

<sup>14</sup> A lo largo de una prolongada y continuada historia de luchas de la comunidad toba con el Estado en todas sus instancias en pos de diversas reivindicaciones, sus integrantes han ido desarrollando una apropiación colectiva de estrategias y lógicas de negociación y presión, que los colocan en una situación diferenciada respecto de los conjuntos sociales vecinos, generando no pocos conflictos. Por ejemplo, en relación a la distribución de planes juveniles y becas estudiantiles, es extendida la percepción de que "los tobas se quedaron con todas las becas". Últimamente se ha desencadenado una nueva tensión a partir del reclamo por parte de la comunidad toba de las viviendas otorgadas a los vecinos de barrios linderos, ya que, sostienen, el gobierno municipal les había prometido que esos terrenos estaban destinados a construir más casas para familias indígenas.

donde las adscripciones barriales aparecen y se deshacen. Por tanto, de ningún modo puede hablarse de un mosaico de identidades que no se rozan, sino que más bien habría que analizar en qué medida, identificaciones y diferenciaciones como las que he señalado, son puestas en juego como modos de desplazar hacia otros los atributos negativos que la sociedad deposita sobre todos ellos.

Por último, otro elemento que tensiona y se expresa como malestar es la percepción de hallarse aislados del resto de la sociedad a partir de un doble proceso: la desigual distribución de recursos públicos y privados en la ciudad, y la estigmatización que se cierne sobre estos espacios urbanos desde el "afuera", lo cual por supuesto está interrelacionado. La sensación de aislamiento se acrecienta a partir del cada vez más restringido ingreso de proveedores, taxis, y ambulancias. Otro dato significativo es que se ha extendido el recorrido de una sola línea de transporte para abarcar toda esta amplia zona, y la frecuencia es muy espaciada. Pero el aislamiento también se manifiesta en la inexistencia de comercios o lugares de diversión.

*Cuando yo vivía allá /Barrio de la Carne, desde donde lo trasladaron/ tenía el colectivo ahí nomás, tenía los kioscos más cerca, hacía un paso y tomabas el colectivo, enseguida al centro te llevaba, al bowling, qué sé yo, a tomarte un helado, acá tengo que hacer traspaso para ir al trabajo. (Marcelo, R22/2005)*

En otro orden, la retracción estatal que se expresa en la ausencia en esta zona de programas sociales y culturales para jóvenes, es atribuida por éstos a la violencia interna, que se percibe como la causa que los margina de tal atención:

*Se han intentado miles de cosas a nivel de planes sociales, en un tiempo se hacían concursos de recitales de rock. Hay muy buenas bandas de rock acá adentro del barrio, muchos músicos hay. Pero después la Municipalidad venía, te montaba todos los equipos de audio, los equipos electrógenos... venía el Centro de la Juventud, la gente de Promusida trabajó mucho adentro del barrio, organizando tanto actividades deportivas como estos eventos. Entonces yo también entiendo que la Municipalidad no está como para solventar un equipo de música y que te lo roben. Entonces son cosas que se terminan perdiendo. Te vas sintiendo un poco triste. Ahora recuperamos un poco de vida con las piletas, el polideportivo que inauguraron.*

*Esperemos que se mantenga y que se pueda seguir adelante (...)*  
(Andrés, R5/2003)

El carácter fragmentario y discontinuo que, tal como se vio en el capítulo anterior, suelen asumir las acciones políticas orientadas a la juventud, parece internalizarse generando por un lado una demanda de atención con permanencia, "que se mantenga", pero al mismo tiempo, auto-atribuyéndose la responsabilidad por las "perdidas" y el aislamiento en que van quedando sumidos.

En síntesis, intento mostrar la vida social de una configuración de pobreza urbana como un campo dinámico en que se multiplican las conflictividades. Me he referido sólo a algunas de ellas, pero sobresalen otros procesos tensionales que no voy a desarrollar aunque sí al menos mencionar, tales como el "desborde" de las instituciones públicas, principalmente escuelas y centros de salud, los conflictos que engendra la distribución de la asistencia social, las imágenes recíprocas producidas por los distintos conjuntos sociales e instituciones presentes en la zona, el cúmulo de fricciones que desencadena el arribo de cada nuevo contingente de población trasladada. Todos estos núcleos nos aproximan a un retrato de la dinámica de la vida social en estos contextos, que si bien no se entiende como determinación causal, atraviesa las prácticas y representaciones de los jóvenes que allí se encuentran conviviendo.

### **3- Del "encierro" en la geografía del barrio a los desplazamientos urbanos**

En concordancia con otras investigaciones se puede afirmar que la cotidianeidad de los jóvenes pobres transcurre en su lugar de residencia, en la geografía de su barrio, configurándose una situación que podríamos llamar de "encierro" en los territorios en donde habitan, encierro al que los jóvenes van siendo conducidos por diferentes caminos, aunque en un movimiento heterogéneo, también se experimenta la "salida" hacia otros espacios sociourbanos, así como desplazamientos residenciales continuos en algunos casos.

Diversos aspectos parecen combinarse para limitar las experiencias de contactos sociourbanos de los jóvenes en situación de pobreza. De todos modos, si

bien, es fuerte el peso de estos distintos mecanismos que van provocando una especie de confinamiento en sus barrios "alejados", centro de sus prácticas e interacciones, procuraré reflejar también que éstos forman parte de un movimiento dialéctico. Es posible dar cuenta de las expectativas que desarrollan los jóvenes a través de un "núcleo tensional" de inserción / aislamiento, por el cual se debaten entre buscar formas de ampliar el mapa de su incorporación en la vida en la ciudad, y el recurso a la "seguridad" del propio ámbito barrial, entre la tranquilidad de sentir que *"éste es nuestro mundo, todo pasa acá adentro"*, y la aspiración de *"ver qué pasa más allá"*.

Además de la obvia limitación que se deriva de las carencias económicas, subrayo que la discriminación que recorre distintas instancias de interacción social, la violencia policial y el temor a la violencia interpersonal, también se conjugan para potenciar la sensación de *"no poder salir del barrio"*, al tiempo que, paradójicamente, estos procesos se reproducen en el propio espacio.

Para comenzar a comprender la escasez de salidas de los jóvenes más allá del entorno inmediato, es ineludible referir a la falta de dinero para circular por la ciudad. La limitación económica se destaca como el núcleo más segregante, que, entre otras cuestiones, los deja "afuera" del acceso a opciones laborales, ya que muchas veces no se cuenta con los medios para desplazarse. Coincidentemente con lo señalado por Cravino y otros en un estudio en el Conurbano Bonaerense:

"Cuando no hay dinero para pagar un boleto de colectivo ni una bicicleta en el grupo familiar, el radio en el que es posible buscar trabajo se reduce drásticamente. Y lo que es aún más grave, se cortan las redes que posibilitan el acceso "al trabajo que pueda haber". El no poder salir en busca de recursos, transforma al espacio barrial en lo familiar y conocido -"aquí conozco a todos, sé a quién recurrir"-, produciéndose cierto efecto de "insularización." (Cravino et al, 2000).

La inexistencia de espacios laborales en los barrios bajo estudio, empuja para buscarlos "afuera", pero siempre en un radio restringido al que, en la medida de lo posible, se acceda caminando.

En otro orden, también las oportunidades de diversión y paseo están ausentes de la escena barrial, manifestando con fuerza la distribución desigual de recursos en la ciudad, que restringe su disfrute para buena parte de la población.

Resulta ilustrativo el hecho de que el único entretenimiento en varias manzanas a la redonda lo constituye una máquina de videojuegos ubicada en una casa particular. En las entrevistas sobresale la referencia al costo que implica cada salida para diversión, lo cual las convierte en una práctica infrecuente.

*No salgo mucho a los bailes, salgo nomás cuando tengo plata. La entrada sale 4 pesos, 5 pesos, y después la cerveza también 4 pesos te la cobran, ¡encima te agarra una sed ahí! Y la venden recara la cerveza(...) Al centro vamos a veces, al Monumento, a jugar a los videos del centro, pero cuando tenemos plata, si no, no(...)* (Juan, R9/2004)

*Los chicos no son de salir mucho, porque a la vuelta tenés que tener para tomar un remise, sobre todo al principio, que los colectivos no entraban. Así que se juntan en casa de alguien. Después agarraron de venir todos para acá. Yo salgo con mi novio así que ellos se pueden quedar tranquilos (...)* (mamá de Gabriel, R32/2006)

Tan limitante como los procesos derivados de las carencias económicas, resultan otros procesos vinculados a un imaginario que ha convertido a la ciudad en escenario de inseguridad, instalándose el temor a la violencia interpersonal, a los robos y a las agresiones físicas, de los que resultan ser protagonistas -y víctimas- los jóvenes.

Los relatos de los propios jóvenes dan cuenta de la preocupación por la expansión de la delincuencia y la inseguridad en la sociedad. Según nos comentó uno de los entrevistados: *"Yo ando acá en el barrio, a otro lado no voy. La calle está muy peligrosa; en cada esquina hay un loco con algo para robarte."* (R02/00)

Es recurrente la referencia a episodios de agresiones recibidas de parte de otros jóvenes, en especial en el contexto de los bailes y las salidas nocturnas:

*En los colectivos se arman unas bataholas bárbaras; si te ven que tenés unas zapatillas más o menos, te las pueden llegar a sacar (...)* Cuando vas a bailar es terrible. Yo creo que la situación está totalmente desbordada (...) Esto de llegar así, que no podés salir. (Andrés, R05/2003)

Se advierte la huella de temor que estas experiencias van dejando, aunque a veces éste intente ocultarse, minimizarse y/o superarse, como en el caso de Juan, quien a medias reconoce el miedo que lo acompaña a partir de un episodio en que resultó baleado a la entrada de un recital.

Es importante tomar nota de que estas expresiones -que enfatizan la predisposición a la violencia y la delincuencia presente en la gente joven- además de remitir a la propia experiencia, muestran la interiorización de un imaginario que proyecta sospecha y temor hacia los miembros de este grupo etario. La imagen de inseguridad que encarnan los jóvenes -y los jóvenes pobres de modo particular- suele traducirse en una tendencia a desconfiar y temerles. Así, se pone en juego un estigma social por el cual la sociedad sospecha de ellos, y ellos a su vez temen a sus pares.

En virtud del mencionado estigma la vida en la ciudad se les presenta como un mapa con "fronteras" que ellos deben evitar trasponer, con señales que indican territorios que no deberían transitar, que se manifiestan a través de distintas modalidades de discriminación en interacciones cotidianas, por ejemplo, rechazo en situaciones de búsqueda de empleo (*"Por ahí vas a pedir trabajo, y te miran de arriba para abajo y te dicen que no"*), atribución de culpa ante episodios de robo (*"En un barrio se armó lío porque robaron una bici y decían que éramos nosotros"*), exclusión de espacios de diversión, entre otras.

En distintas prácticas y relaciones urbanas en que participa el joven, se materializan diversas producciones de sentido acerca de "quién soy", que forman parte del conjunto de experiencias que tejen sus identidades, percepciones de sí mismos y de los "otros". Sin dudas, las interacciones urbanas en que se involucra el joven, hacen a la construcción que él va desarrollando de sí mismo, y en virtud de esto, va internalizando límites y posibilidades de inclusión en la vida social.

Las experiencias dolorosas<sup>15</sup> que resultan de tales interacciones cargadas de prejuicio, en la mayoría de los casos llevan a estos jóvenes hacia una suerte de

---

<sup>15</sup> Hablo de experiencia dolorosa del mundo social en el sentido en que lo trabaja P. Bourdieu (1999). El autor ha puesto énfasis en todos los sufrimientos que resultan de las interacciones sociales dentro de "microcosmos" en los que se produce una confrontación directa de las diferencias que separan a clases, etnias o generaciones, y en donde se experimenta la propia posición ocupada en el "macrocosmos social". Así, da pistas para abordar las experiencias dolorosas que pueden tener del mundo social quienes ocupan una posición de inferioridad.

"reclusión" en sus barrios de la periferia, por el miedo a dichos actos de desconfianza o a las actitudes de desvalorización de que son objeto.

En las conversaciones mantenidas en el transcurso de ésta y otras investigaciones que he desarrollado con jóvenes en situación de pobreza, asoma la conciencia de pertenecer a un grupo socialmente descalificado y estigmatizado, y el malestar que ello provoca. Es por esto que el contexto de las interacciones urbanas constituye una de las dimensiones jerarquizadas en este estudio, en tanto en dicha escala contextual, en las prácticas y percepciones puestas en juego en distintos ámbitos de contacto sociourbano, hallan continuidad construcciones hegemónicas de sentido, y se configuran experiencias de "sufrimiento social". En los relatos que he relevado, se percibe el dolor sufrido por los jóvenes, producto del peso de la discriminación. En este sentido, cabe tomar en cuenta que los estereotipos son más que construcciones ideológicas, en tanto dejan marcas en quienes los padecen, y les señalan opciones de vida posibles.

*Antes iba al centro. Íbamos a los videos, a la Peatonal. Pero hace mucho que no voy, un año, un año y medio. No me gusta. La gente cuando vas te mira de pies a cabeza. Si vas mal vestido te rebajan. (Pablo, R10/1997)*

*No me gusta el centro. La gente te discrimina mucho, por el color de piel, porque vos sos morocho y el otro es rubio ya te miran mal (...) Yo soy regular, pero hay gente que quiere ser más que vos, bah, que es más que vos, económicamente, cómo va vestido, hay gente que es más que vos y no podés, te discriminan mucho. (César, R10/1997)*

Más allá de estas actitudes generalizadas en los intercambios sociales quiero destacar que comparto con otros autores la idea de que los mecanismos de estigmatización no tienen la misma implicancia cuando el que los ejerce es el poder político o el poder económico.

La discriminación tiene otra gravedad cuando el que la pone en acto es el propio Estado. Una de las modalidades de acción discriminatoria hacia los jóvenes en situación de pobreza, se presenta a través de la represión policial, que los convierte en sus víctimas a través de distintas formas de abuso y maltrato: constantes detenciones, encierros en las comisarías, "gatillo fácil". Esta acción

represiva refuerza las fronteras sociales, las clasificaciones imperantes en la sociedad, y tiene expresión en el espacio urbano, en la medida en que la vigilancia policial se ejerce principalmente en ciertos ámbitos de la ciudad que se convierten para los jóvenes en "territorios ajenos", a los que no deberían intentar acercarse. En una oportunidad me refirió Matías lo ocurrido a él y sus hermanos, cuando hace unos años quisieron realizar una compra en un gran establecimiento comercial de la ciudad, y en su desconocimiento de los códigos para transitar por estos ámbitos, se perdieron y fueron a dar al sector de estacionamiento:

*No teníamos que entrar ahí abajo, ahí abajo guardan los autos, y pensaron que estábamos robando. Vinieron los milicos, nos pusieron las esposas y nos llevaron a la comisaría (...) Nos fue a buscar mi viejo, nos cagó a pedo. Me dijo que no salga más afuera, o que no vaya por ahí lejos, y nunca más fuimos (...) (Matías, R10/2004)*

Ser llevados a las comisarías por averiguación de antecedentes, o detenidos y revisados en las calles forma parte de la experiencia cotidiana a la que ninguno de los jóvenes que contacté escapa, pero significativamente, este control es tanto o más fuerte dentro del propio barrio donde habitan. Hasta la rutina del encuentro diario resulta afectada, cuando deben buscar reunirse en los lugares más "resguardados". Así lo cuenta Matías:

*(...) A veces nos ponemos en la garita, a veces nos ponemos en la cancha, mucho en la cancha no porque vienen a cada rato los milicos, vienen, se quedan parados ahí, esperan a ver qué hacemos, piensan que vamos a robar en la escuela. Ya nos agarraron un montón de veces, nos dicen: "qué hacen ustedes ahí?!" (...) Nosotros no los miramos, agachamos la cabeza. (R32/2006)*

Un relato similar, presentan Juan y Gabriel:

Gabriel: *Ahí están a los que les tengo bronca /se refiere a un patrullero que pasa por la esquina mientras charlamos/.*

Entrevistadora: *¿Qué te hacen?*

Juan: *Te revisan como si fueras un delincuente, no sé, como si portaras armas.*

Gabriel *La otra vez estábamos en la esquina ésta y les habían robado a unas pibitas allá en la Curva. Y vinieron los milicos acá. En*

*invierno estábamos, estaba reencapuchado yo, y agarraron, nos quisieron levantar. Nos hicieron levantar y nos empezaron a revisar todo. Se creían que nosotros habíamos robado. (R12/2004)*

El miedo a los abusos policiales obliga a los padres a desplegar desesperadas estrategias para evitar que sus hijos circulen por las calles del barrio a la noche. En mayo de 2006 la violencia policial en la zona se agravó a partir del asesinato de un oficial por jóvenes de uno de los barrios que integran el sector, uno de cuyos compañeros había muerto tiempo atrás supuestamente a manos de la policía. La reacción del cuerpo policial se tradujo en una sucesión de allanamientos y detenciones masivas. Varios de los jóvenes con los que trabajé más en profundidad resultaron reiteradamente detenidos, golpeados y hasta saqueados en las comisarías. Este episodio impactó en una mayor reclusión en el ámbito privado, procurándose evitar las salidas nocturnas y los encuentros entre pares: *A la esquina no voy más, me quedo adentro, porque salir es pa' quilombo.* (Elías, R40/2006)

En síntesis, la vigilancia policial se agrega al conjunto de procesos de restricción de los desplazamientos urbanos de los jóvenes, los cuales, en primer término, los van "arrinconando" dentro de sus barrios, donde luego son "empujados" a permanecer dentro de las viviendas. Simultáneamente, otros procesos, como la búsqueda de trabajo, la necesidad de entretenimiento y aventura, e incluso cierto anhelo de visibilización y reconocimiento público los impulsan hacia "afuera". Cuando aborde los sentidos del ámbito grupal, intentaré mostrar que éste desempeña un papel importante como modo de aliviar las dificultades para salir del propio espacio, así como para habitar en su interior.

## CAPÍTULO 5

---

### El ámbito familiar de los jóvenes

#### 1- Tendencias en la dinámica intergeneracional

"Conflicto intergeneracional", "lucha de generaciones", "desencuentro / ruptura generacional", construcciones conceptuales que, sin ser equivalentes, parecen coincidir en el carácter oposicional y de enfrentamiento que adoptan las relaciones entre adultos y jóvenes, al menos, en sociedades "complejas"

En el contexto de fines de los años '60, y en una atmósfera de rebelión juvenil en todo el mundo, Margaret Mead (1980 [1970] llamó la atención sobre la "honda conmoción" que se estaba produciendo en la relación entre los adultos y los jóvenes. La autora enfatizó la desaparición en la sociedad moderna de un modo de relación en el cual el pasado de los adultos representaba el futuro de las nuevas generaciones, y por lo tanto, los mayores proporcionaban el modelo para el comportamiento de los jóvenes. Según reflexionaba Mead entonces, ese modo de relación basada en una continuidad secuencial se estaba modificando en la medida en que la experiencia de cada nueva generación difería de la de sus padres y abuelos, configurándose un "abismo generacional" profundo y carente de precedentes.

"En este punto de ruptura entre dos grupos radicalmente distintos, pero íntimamente vinculados, es inevitable que ambos estén muy solos, mientras nos miramos los unos a los otros seguros de que ellos nunca experimentarán lo que hemos experimentado nosotros, y nosotros nunca podremos experimentar lo que han experimentado ellos." (Mead, 1980: 109)

Y esta sensación de distancia y de falta de conexión estaría expresando

"... el temor que nos inspira el hecho de que los jóvenes se estén transformando en desconocidos ante nuestros ojos, de que los adolescentes congregados en la esquina deban asustarnos como la vanguardia de un ejército invasor." (p.93)

Hoy muchos llegan a conclusiones similares a las que arribara Mead en aquel tiempo, en tanto las transformaciones sociales y culturales se han acentuado y acelerado, ahondando la "brecha generacional". Por ejemplo, Krauskopf (2000) ofrece las siguientes reflexiones:

"Los cambios acelerados de este período dejan a los adultos desprovistos de referentes suficientes en su propia vida para orientar y enfrentar lo que están viviendo los jóvenes: La manutención de posiciones desde estas carencias bloquea la búsqueda de la escucha y busca la afirmación del control adulto en la rigidización de lo que funcionó o se aprendió anteriormente..." (pp.124-125)

La autora afirma que esto conduce a un bloqueo generacional:

"Estos bloqueos son el producto de la dificultad que tienen ambos grupos generacionales para escucharse y prestarse atención empática. La comunicación bloqueada hace emerger discursos paralelos, y se dificulta la construcción conjunta. Genera grandes tensiones, frustraciones y conflictos que se tornan crónicos." (p.125)

Si bien comparto la idea del distanciamiento y la ajenidad que envuelve a los adultos respecto de los comportamientos y las experiencias actuales de los jóvenes, considero que las categorías de "ruptura, brecha o desencuentro generacional" son excesivamente polarizadoras, ya que tienden a representar a los dos conjuntos sociales como dos universos construidos autónomamente. Desde este juego dicotómico no resulta posible abordar las interconexiones dialécticas entre generaciones en la vida social, con su trama compleja de expectativas recíprocas y modalidades de negociación, tolerancia, desaprobación y consenso.

Hecha esta aclaración, creo importante insistir en la observación de que, cada vez más, los comportamientos juveniles causan sentimientos en los que prevalecen la extrañeza y el temor, en un entorno en que circulan cotidianamente imágenes cargadas de pesimismo y valoraciones negativas y culpabilizantes

respecto a los miembros más jóvenes. En el imaginario colectivo arraiga cierta idea de que la juventud ya no es lo que era, que ya no se sabe quiénes son ni qué esperar de ellos. Bourdieu (1984) introdujo acertadamente la idea de un "racismo antijoven" que toma forma en el marco de lo que él llama "lucha de generaciones", que implica la disputa de los jóvenes por el poder adulto, concepción que resulta más conectada con mi modo de enfocar la cuestión. En esa dialéctica intergeneracional, entiendo que también habría que hablar de un "racismo antiviejo" Así, a nivel de la sociedad general, el conflicto generacional no ha desaparecido, sino que se inscribe hoy como parte de la lógica de fragmentación, división, fractura que propone el modelo neoliberal. En tal sentido, no creo compartir la posición de quienes consideran que tal enfrentamiento se habría diluido o abandonado en la época actual.

Sin embargo, mucho más pertinentes en función de lo que pretendo tratar aquí, resultan algunos pensamientos de Gramsci (2004), quien, mirando la Italia de los años '30, planteara que en contextos históricos cambiantes la generación "vieja" no consigue guiar a la generación más "joven", prepararla para la sucesión, lo que se expresa en una "crisis de autoridad" que se articula en los procesos hegemónicos y contrahegemónicos. ¿Estamos transitando una época que favorece tales crisis de autoridad?

Mi intención aquí es enfocar la particularidad que adoptan las relaciones entre jóvenes y adultos al interior de los grupos domésticos. Es por ello preciso explicitar las condiciones en que se desarrollan las relaciones domésticas en que se insertan los jóvenes, en tiempos en que la vida en familia se encuentra sufriendo las consecuencias de los cambios socioeconómicos y políticos de fin de siglo. Así, la sensación de "ajenidad" que envuelve a los padres respecto de las situaciones que hoy enfrentan sus hijos, deberá dimensionarse en relación con un contexto de empobrecimiento y de políticas neoliberales que ha dejado a las familias carentes de soportes referenciales colectivos y a cargo de su propia reproducción.

La mencionada desconfianza hacia los jóvenes y lo que hoy están viviendo, se hace sentir en el entorno familiar, en donde los padres llegan a percibir a sus propios hijos como extraños y hasta les cobran temor. Padres que se

sienten desbordados por no poder conservar el control sobre los comportamientos de sus hijos y que dejan traslucir su impotencia para ejercer autoridad y cuidarlos de los peligros que sienten cercanos. Todo esto debe ser adecuadamente examinado a la luz de profundas tensiones desencadenadas en la dinámica de la vida familiar a partir de los cambios en el papel del Estado. Por un lado, se ha desplomado sobre las familias la responsabilidad de su propia reproducción y de gestionar la sobrevivencia de sus miembros en condiciones cada vez más inestables. Por otro lado, la retracción estatal ha dejado un vacío de referentes que orienten y medien la relación de los padres con ese mundo de experiencias desconocidas que lo distancian de sus hijos. Ese vacío se manifiesta más específicamente en la contradicción de que el Estado, en teoría, se hace cargo de la situación de "vulnerabilidad" de los jóvenes más pobres, y la ausencia, o ineficacia de políticas concretas y de un contexto institucional que den soporte a las dificultades que enfrentan los padres en la relación con sus hijos. Por ejemplo, como abordaré más adelante, no se ofrecen facilidades para el tratamiento de la adicción a las drogas (ni programas preventivos), que en las observaciones y entrevistas realizadas aparece y reaparece como una de las problemáticas que más tensionan los vínculos intrafamiliares. Por citar otro ejemplo, tampoco se promueven, al menos no de modo coherente y continuado, instancias de formación para el trabajo, y menos aún, posibilidades de inserciones laborales, que es otro nudo que tensiona la vida doméstica.

Para abordar esta temática, voy a proceder en primer lugar a presentar una breve caracterización socioeconómica de los grupos domésticos a los que pertenecen los jóvenes de este estudio. En segundo término, propongo aproximarnos a una descripción analítica de la cotidianeidad entre los jóvenes y sus padres y madres, para lo cual se recorrerán un conjunto de imágenes recíprocas, prácticas e interacciones.

## **2- Acerca de los grupos domésticos**

Un primer elemento identificatorio de los grupos familiares en que sus historias se constituyen alrededor de una intensa movilidad espacial. Cabe reiterar

que he concentrado el trabajo con jóvenes y con sus familias, en un Barrio FONAVI llamado Barrio Los Álamos, y parcialmente en otro Barrio FONAVI adyacente que toma el nombre de Trinidad. Como los restantes espacios habitacionales del territorio estudiado, tienen por característica de identidad su origen a partir del traslado de grupos familiares desde diferentes asentamientos irregulares de Rosario.

De este modo, los grupos familiares de los que aquí se habla llegaron a esta zona entre 1999 y 2000, años en que, por etapas, se fue concretando la entrega de viviendas, primero en el Trinidad, y luego en el Barrio Los Álamos.

La mayor parte de estos grupos domésticos, presentan una historia cargada -en mayor o menor medida- de desplazamientos residenciales, que incluyen el tránsito por distintos puntos de la ciudad y, a veces, por otras localidades y ciudades del país. En dichos desplazamientos toma cuerpo la conjunción de distintos procesos, que, de modo principal, se ligan con la búsqueda de trabajo y condiciones de vida mejores, y también con la consecución de un lugar donde habitar.

Así, en mayor o menor grado, la trayectoria de las familias abordadas, encuentra un denominador común en la expresión de distintas formas de movilidad territorial. Además de mostrar la fuerte asociación entre procesos migratorios y búsqueda de trabajo y vivienda, las historias domésticas reconstruidas ponen de manifiesto otras cuestiones relevantes. Principalmente me interesa destacar el carácter incierto, inestable y precario de las inserciones laborales de los miembros adultos. Es posible desprender, entonces, otra señal de identidad de estos grupos familiares: la trayectoria laboral de los miembros adultos se inscribe estructuralmente en los segmentos más marginales y precarios del mercado de trabajo

El conjunto de los grupos familiares a que me estoy refiriendo pertenece al sector socio-económico que conforman los denominados "pobres estructurales o históricos"<sup>12</sup>; en los que la pobreza y la segregación han persistido por generaciones, configurándose alrededor de los segmentos ocupacionales más

---

<sup>12</sup> La conceptualización de estos grupos familiares dentro de la categoría de *pobres estructurales* no responde a una aplicación de los índices que miden la línea de pobreza, sino que dicha situación se infiere a partir de la reconstrucción de las historias domésticas.

marginales. Ni en la generación de los padres de los jóvenes, ni en las generaciones precedentes -tanto en el contexto rural como urbano- pueden reconocerse experiencias propias de la clase obrera, con una tradición de inserciones laborales estables y protegidas. De todas maneras, las transformaciones político-económicas que se iniciaran en nuestro país tres décadas atrás, impactaron sobre estos "pobres de siempre", extremando sus carencias y ahondando las dificultades de acceso a bienes y servicios.

Sin embargo, la heterogeneidad en la actual conformación de la pobreza en Argentina aflora en la experiencia de algunas familias, que parecen provenir de sectores medios bajos, por ejemplo, propietarios de pequeños comercios, o empleados/obreros.

De todos modos, ésta no ha sido la historia de la mayoría de los padres y madres entrevistados. Su trayectoria ocupacional ha estado marcada por actividades por cuenta propia con muy bajos ingresos, y esporádicas participaciones en trabajos en relación de dependencia, que siempre ocurrieron en condiciones de flexibilidad, y con carácter eventual. Actualmente, la mayor parte de los hombres se dedican a cirujear, o realizan changas, principalmente de albañilería, para algún contratista. Una excepción a esta generalidad la constituye el padre de uno de los jóvenes que es dueño un pequeño comercio en el barrio<sup>13</sup>, y otro padre que posee un trabajo estable como chofer en una empresa de transporte. En cuanto a las madres, la mayoría percibe el Plan para Jefas y Jefes de Hogar<sup>14</sup>, colaborando, como contraprestación, en la escuela y en un centro de atención infantil. Otras trabajan irregularmente en el servicio doméstico.

Este panorama deja advertir que el ingreso de dinero al grupo familiar es escaso e irregular, volviéndose un esfuerzo cotidiano la búsqueda de modalidades de obtención de recursos monetarios para la sobrevivencia y reproducción de sus miembros. En las observaciones y entrevistas realizadas se destaca que la preocupación por la consecución de una actividad remunerada atraviesa la cotidianeidad de los grupos familiares. En este contexto de escasez de ingresos

---

<sup>13</sup> Se trata del papá de Luis, quien posee una panadería con elaboración propia. Inició su historia laboral como empleado ferroviario, dedicándose posteriormente a la actividad por cuenta propia en el rubro gastronómico.

<sup>14</sup> Según la información que me brindó un referente barrial, de 227 familias que viven en los Barrios Trinidad y Los Álamos, 120 son beneficiarias de dichos planes sociales.

cobran sentido un conjunto de "invenciones cotidianas", como los bingos y los torneos de fútbol, en los que se participa del juego por pequeñas sumas de dinero. También se explica la generalización de prácticas informales como el "fiado" en los escasos comercios del barrio, o una modalidad de crédito conocida como "pago por día"<sup>15</sup>. También adquiere sentido la relevancia del aporte económico que puedan realizar los jóvenes. Dicho aporte resulta en algunos casos central para la reproducción del grupo familiar.<sup>16</sup>

En definitiva, se puede decir que en las historias familiares la inestabilidad se presenta como un rasgo común que ha recorrido el plano de la residencia, el trabajo, los ingresos. La vida familiar y la dinámica intergeneracional están envueltas en estas condiciones de existencia. Así, siguiendo a Achilli (2003) los problemas de la precariedad del trabajo o la desocupación se acompañan con una "fregilización" de la familia, en la medida en que se deterioran los soportes relacionales que aseguran una protección próxima a sus integrantes. Un proceso paradójico, en el que las políticas neoliberales, por un lado, fragilizan a los grupos familiares, y por el otro, visualizan a la familia como unidad amortiguadora de la crisis (Achilli, 2003).

### **3- Padres e hijos jóvenes: una "relación turbulenta"**

La construcción parental de la juventud como ajenidad se liga de modo principal con la emergencia en la época actual de un conjunto de "inseguridades" que no existían en el pasado: la peligrosidad física y los riesgos de muerte que rondan a sus hijos, la delincuencia, la droga, el SIDA, el accionar de la policía, que se perciben como fenómenos nuevos, para los cuales no tienen referencia en su propia experiencia. Se despliega un imaginario paterno habitado por fuertes temores:

---

<sup>15</sup> Es una modalidad de pago que permite acceder a la compra de muebles, electrodomésticos y otros productos, abonándose la suma de dinero que se pueda disponer diariamente hasta cancelar la deuda.

<sup>16</sup> Según refirieron la mayoría de los entrevistados, este aporte se concretiza principalmente a través de la entrega a la madre de la mitad de lo percibido por el joven en cada ocasión en que obtiene dinero por una actividad laboral, así sea una changa de un día, conservando la mitad restante para sus gastos personales.

*Antes era más seguridad, no estaba la porquería ésa /se refiere a la marihuana/, antes no existía el SIDA, ahora existe. (...) Te da miedo ahora, porque no podés dejar a los chicos solos, ¿cuántos pibes mueren porque les roban las zapatillas, porque les roban la campera, le reloj, le roban la gorra, ¿cuántas cosas pasan? (padre de Matías y hermanos, R19/2005))*

*Un día Miguel se había puesto toda la ropa nueva que se había comprado, se fue a la esquina, eran la una y media y no venía. Me dio una desesperación a mí, yo ya me lo imaginaba que estaba tirado, golpeado, que le habían robado. Y esos pensamientos nunca se me van a mí. Hasta que no viene... (...) Con el que más reniego es con él. a veces cuando se va viene a la una, se va con los pibes de allá de la esquina. Yo tengo miedo, capaz que viene corriendo, o vienen corriendo los milicos y él viene cruzando y me lo llevan (mamá de Miguel, R38/2006)*

Esta sensación de ajenidad y miedo respecto de ciertas experiencias de la generación de los hijos, se inscribe de diversos modos en la dinámica familiar. En algunos casos, los padres, si bien asumen sus temores y vacilaciones, sienten que logran conservar el control sobre los comportamientos de sus hijos. Presentan una imagen "armoniosa" de las relaciones intrafamiliares, donde aparece valorado el hecho de hablar: "*se habla, se conversa mucho*", "*en nada raro anda, yo siempre le aviso de las cosas raras que hay ahora, le explico*", dar consejos: "*hay que darles consejos cómo cuidarse, cómo obrar en la vida con una cierta conducta*", "*yo siempre les enseñé de chicos, les expliqué*", y el establecimiento de normas que logran hacer cumplir.

Sin embargo, deseo detenerme en otros casos que presentan una imagen negativa de la propia experiencia familiar, marcada por un clima de tensión que se manifiesta en la alusión a constantes peleas, nerviosismo y malhumor: "*en casa vivimos discutiendo*", es una de las expresiones que más escuché, tanto de padres como de hijos:

*Peleamos todos los días, a cada rato, por estupideces (...) Antes vivía renegando, ahora no reniego más, que hagan lo que quieran. No me quieren ni escuchar, les vuelo los pelos (...) Se quejan porque tienen, porque no tienen, ya se levantan de mal humor. (mamá de Gabriel, R32/2006)*

En la familia de Matías, Sebastián y Elías los padres se sienten agobiados y desbordados en su tarea de proteger y cuidar a los hijos. Entre las múltiples fricciones que recorren este grupo familiar, la que expresa un nudo más tensionante es la adicción de su hijo Elías a las drogas. El desborde y la soledad que sienten los padres para afrontar estas situaciones que les resultan "desconocidas", deben dimensionarse atendiendo al contexto de "abandono" estatal para resolver por ejemplo problemáticas como éstas. La complejidad que contiene la temática de la difusión de las drogas, y el papel de los Estados en relación con su producción, distribución y consumo excede los alcances de esta Tesis. Sin embargo, sí me interesa poner de relieve que la ausencia de políticas activas en relación con la adicción, además de ensanchar las brechas sociales en tanto el mercado no permite a estos sectores acceder a tratamientos o internaciones, redundando en una profunda desorientación de los padres, que pude atestiguar a través de las numerosas veces en que fui consultada acerca de dónde recurrir, si debían concurrir a los Tribunales, o si podían solicitar "que lo encierren" al hijo en cuestión.

El despliegue de estrategias para controlar o proteger a los hijos incluye distintas modalidades. En el caso de la familia que estoy considerando he relevado una multiplicidad de invenciones generadas desde la impotencia. Unas se vinculan a la posibilidad de cambiar la zona de residencia como modo de alejar a los hijos de "las juntas" y los peligros que se sienten en el entorno barrial

*Mi marido se quiere ir para el lado de La Tablada, por ahí, por los problemas, por los chicos. Yo le digo: donde vayas va a ser igual, si la cosa esa /droga/ está por todos lados. (...) Acá por lo menos los puedo controlar... (madre de Matías y hermanos)*

Ahora bien, ese control significa para esta madre un cotidiano deambular por el barrio, "persiguiendo" a su hijo:

*Se junta con esos drogadictos de acá a la vuelta y tengo que andar preguntando: ¿dónde está Elías?, ¿dónde está Elías? Y está metido en el videojuego, me voy a mirar si está ahí (...) tengo que estar viendo porque por ahí se escapa. (madre, R11/2004)*

Otras veces, se busca ejercer control a través del recurso a amenazas y castigos.

*El otro día agarré y lo reté yo (se refiere a Elías), yo pasaba y él estaba tirado con los choros. "Escuchame", le dije, "¡cuántas veces querés que te diga: no te juntes con esos pibes! Yo te voy a decir una cosa: si vos caés preso porque los otros hacen la cagada, yo no te saco, al contrario, te voy a hacer hundir más, ¿eh? (padre de Matías y hermanos R19/2005))*

Otro conjunto de estrategias se encamina a buscar ayuda externa, proyectando en terceros la expectativa de ejercicio de control sobre los hijos, como cuando esta madre le solicitara al comisario: "*jenciérremelos, porque éstos ya me cansan!*". En este orden de reflexiones, es sugerente el comentario de la mamá de Fernando, internado hace tiempo por robo en un instituto de menores: "*Yo prefiero que se quede ahí adentro para que madure. Cuando voy a verlo yo le digo: mejor que estés acá, antes que andar afuera*" (R41/2006). De acuerdo con Achilli (2003) el mecanismo de recurrir a "otras" instituciones tiene el sentido de legitimar autoridades que parecieran diluidas a nivel intrafamiliar. Ante su autoridad deslegitimada, muchos padres ponen en circulación modalidades de refuerzo a través de diferentes instituciones (Achilli, 2003).

Así, existe expectativa en la intervención de instituciones tales como la policía, los tribunales o los institutos de menores. A propósito de la intervención policial, cotidianamente se difunden noticias de padres y madres que denuncian o "entregan" a sus hijos en las comisarías, recurso que también pude observar en algunos de estos grupos familiares. Sin embargo, la construcción de la policía como un posible "refuerzo" para la autoridad paterna, contiene una ambigüedad, en tanto al mismo tiempo es representada como un peligro para sus hijos, respecto del cual también deben generarse estrategias para protegerlos:

*Yo a las nueve los meto a todos adentro y ya no salen más. Por lo que pasa en la calle, no quiero que anden tan tarde... como anda mucho el comando acá no quiero que anden mucho en la calle. Los más grandes me protestan, pero igual los traigo (...) Me da apuro que anden en la calle porque a lo mejor sin querer los agarran a ellos y después... como los milicos acá cualquiera agarran, ellos no se fijan*

*(...) De allá abajo del puente me lo llevaron a éste (Elías) y al Sebastián. (...) Protestan: "no, que somos grandes, que esto no es justo", pero el padre les pega un reto, un grito, y todos adentro y a dormir. (mamá de Matías y hermanos, R11/2004)*

Si bien muchos padres y madres sienten menguar su capacidad de imponer autoridad ("*no me hacen caso*", "*parece que nada me escuchan*", "*antes vos a un padre lo respetabas, ahora los hijos les pegan a los padres*"), algunas prácticas, como la recién mencionada, muestran indicios de que la figura de los progenitores no deja de estar legitimada y respetada.

La impotencia para brindar contención a los hijos, afecta la convivencia intrafamiliar, y acumula conflictividades entre los progenitores. A lo largo del trabajo de campo he presenciado discusiones entre los padres de Matías, Sebastián y Elías, en las que se desplegaban acusaciones recíprocas alrededor de las dificultades con los hijos, en especial, con la adicción de Elías a las drogas:

*Madre: Ayer tuvimos una pelea, todo por el Elías, otra vez.*

*Padre: Claro, si está todo el día con la porquería esa que fuma, encima se junta con los choros de acá a la vuelta...*

*M. Todo el día es así, todo el día. Ahora con el Elías que está todo el día con esa porquería ya no sabemos cómo decirle. Se pelean con mi marido. ¿Y yo qué querés que haga? (...) Yo le digo: cuando vos lo ves, andá y sacalo, ¿por qué no lo sacás de ahí y lo traés para la casa? No, viene y me dice: "ahí está el Elías otra vez con ésos. (...)*

*P: Me vuelven loco, y vos no me ayudás C, porque todo el mundo me dice que vos no me apoyás, porque yo no tengo nadie que me respalde (...)* (R16/2005)

En estas condiciones, las interacciones intergeneracionales muchas veces toman la forma de agresiones verbales y físicas de padres a hijos y de hijos a padres, cuando "hablar" aparece representado como un instrumento inefectivo para relacionarse:

*Elías se falopea con la marihuana esa. Yo no lo soporto, no lo aguanto (...) porque hace eso y no me gusta que lo haga; le hablás y le hablás y te mira con esa cara como diciendo "andá a..."* (padre de Matías y hermanos, R19/2005))

*Mi señora me dice: "vos hablás fuerte", pero si hablo despacio no entienden, si hablo fuerte no entienden, ¿entonces cómo querés que*

*hable, que me arrodille y que hable? Yo ya me pudrí de hablar, con ninguno de los tres no quiero hablar. (...) Ayer casi lo agarré al otro y le di un palazo en la cabeza... y eso es lo que va a pasar, o ellos me matan a mí o yo los mato a ellos... o los dos juntos (padre de Matías y hermanos, R19/2005))*

*"no sé cómo decirles, yo ya estoy cansado... Hablo con ellos despacio, nos sentamos a la mesa, hablamos: "mirá, las cosas son así, así, así", me doy vuelta y ya se mandaron una .... (padre de Matías y hermanos, R19/2005))*

*A veces, cuando está en pedo él, o vengo loco yo (...) me agarro a trompadas. El otro sábado le metí un sopapo a mi papá... (Matías, R24/2005)*

Las fricciones intergeneracionales en la vida familiar, no impiden sin embargo que se generen relaciones solidarias y de ayuda mutua. Por otra parte, no en todos los casos desembocan en una fractura de la convivencia, aunque tal fractura se insinúa como amenaza latente, por ejemplo, a través de la expulsión de los hijos del hogar: *"Cuando yo explote, ya les dije: "no quiero más nadie acá, vayansé"*. Lo anterior muestra una ambivalencia en tanto, por un lado, se intenta proteger a los hijos de ciertos peligros, y al mismo tiempo, el propio hogar se convierte en peligroso para los jóvenes.<sup>17</sup>

Otro aspecto importante para analizar en esta familia es el modo en que los procesos conflictivos van produciendo una autoimagen negativa de la propia experiencia doméstica -*"Los locos Adams, un poroto al lado nuestro"*- que se acompaña de una "psicologización del mundo familiar" (Achilli y otros, 2000). El clima intrafamiliar -tenso y a menudo violento- es interpretado a partir de la atribución de ciertas patologías psíquicas tanto a Matías como a su padre. En el caso de Matías, la patologización de su conducta se liga con las recomendaciones realizadas por los maestros para la consulta psicológica, de la que derivó un diagnóstico de "mente infantil" que aún hoy se usa para explicar sus

---

<sup>17</sup> En el año 2003, a partir de un episodio en que el padre hirió a Matías de un botellazo, éste pasó unos meses en un Instituto de Menores perteneciente a la Iglesia Católica, del que luego escapó. La demanda familiar de intervención institucional para resolver conflictos intrafamiliares se pone de nuevo de manifiesto en este episodio, cuando los padres solicitan al cura que dirige el Instituto, que Matías permanezca internado allí: *El cura dijo: "este chico no está para estar encerrado, este chico no es un delincuente, no es nada". "¡Pero es que ya no se lo aguanta!", dice mi marido. "Y bueno, pero va a tener que usted ponerse las pilas, o él ponerse las pilas." Y dijeron que lo tengamos nosotros.*" (mamá de Matías, R15/2005).

comportamientos, y ciertas argumentaciones en relación a los "celos" respecto de los hermanos. Por su parte, las crisis nerviosas y explosiones emocionales del padre también son vistas como una "enfermedad de los nervios"

*A Matías le hicimos los estudios para ver por qué él era así, qué problema tenía, porque él peleaba como una criatura (...) Pero le digo a mi marido: vos sos el loco, vos te tenés que hacer tratar, no el chico. Los nervios los tiene en la punta (...) (madre, R15/2005)*

*¡Cómo no voy a gritar si ya no sé qué hacer! Pensé en ir a un médico, porque yo debo tener algún problema... a una psicóloga. (padre, R16/2005)*

Desde estas interpretaciones de la vida familiar cobra sentido la esperanza de ayuda externa depositada en la figura del psicólogo, aunque en la realidad no se acude a él. En relación con el recurso a "otros", observé de modo recurrente en varias familias que también se espera de "terceros" que asuman la responsabilidad de "hablar" con los jóvenes sobre aquellas problemáticas que "atemorizan" a los padres, como, por ejemplo, el SIDA: "*esos temas se deben hablar en la escuela*", o "*yo pienso que con los amigos han hablado*".

A su vez quiero presentar otros casos, en que la percepción negativa de la experiencia familiar se expresa como "indiferencia" entre los sujetos interactuantes. Algunos jóvenes despliegan un conjunto de representaciones que ponen el acento en torno al cuidado, la atención, el afecto esperado y no recibido.

*No te dan ni bola. De los 8 hasta los 12, 13, bueno, hasta ahí, después...arreglátela vos. (Hernán, R22/2005)*

*No estoy acostumbrado yo a que me traten, ¿cómo le puedo decir', que me agarren y me besen, que me hagan el té, no, me dicen: "andá a hacértelo vos" (...) Cuando vos no tenés amor de padre, apoyo de padre y madre (...), que vos le llevás la carpeta y le decís: "madre, o papá, qué sé yo, mirá, me saqué un 10", "está bien, chau", ¿me entendés? (...) También cuando yo jugaba al fútbol en Central Córdoba me decían: "andá a jugar, si querés jugar, jugá, si no, lo mismo". Nunca tuve apoyo de nada (Marcelo, R22/2005)*

A través de ese reclamo hacia los progenitores, se produce un discurso autojustificadorio de la propia práctica.

*Si vos tenés tu viejo y tu vieja al lado, que compartís un mate, qué sé yo, o compartís una charla buena, ¿qué te gustaría hacer?, tirándote una buena onda para que vos seas alguien en la vida. (...) Por eso por ahí uno hace lo que hace, porque necesita el amor de padre, un cariño, una atención. (Marcelo, R22/2005)*

En el caso de Hernán, esa percepción de "indiferencia" y la producción de dolor en la vida familiar desembocaron en la decisión de vivir solo:

*Vivía con mi familia, después me aparté Vine para acá, marqué el terreno, lo limpié y planté la casa. Tenía 15 años más o menos, no, menos (...) (Hernán, R22/2005)*

Sin embargo, de las entrevistas y observaciones se desprende que ninguno de los jóvenes que ya no viven en el hogar paterno, ha roto el vínculo con su familia, que siempre es un lugar al que se puede regresar<sup>18</sup>.

El relato de Marcelo, en cambio, muestra el reclamo del derecho a permanecer en la vivienda en tanto es sentida como propia, cuando las carencias materiales hacen impensable el acceso a una morada independiente para el joven, a menos que acepte un deterioro en sus condiciones de vida.

*Nunca estuve viviendo solo. No es que no me quiera ir; por un lado sí me quiero ir, pero por otro no porque también es mi casa. (Marcelo, R22/2005)*

En todo caso, la permanencia en el espacio residencial común no es vivenciada como un obstáculo a la autonomía individual:

*En realidad, hacé de cuenta que no tengo ni mamá ni papá. Trabajo yo, yo me ocupo de mis cosas, yo tengo que levantarme temprano, si quiero hacer algo lo hago yo, no dependo de ellos, vivo con ellos, pero no dependo en nada de ellos. (Marcelo, R22/2005)*

---

<sup>18</sup> De hecho, desde principios de 2006, Hernán volvió a vivir con su madre y hermanos menores. Según lo relevado, se habría tenido que retirar de la escena barrial "porque los vecinos no lo querían", en virtud de sus constantes robos menores a las viviendas del barrio, actividad de la que Hernán subsistía, y que se había hecho más frecuente desde que cerrara la pequeña verdulería en la que se desempeñaba como ayudante.

De este modo se observa que esos vínculos familiares fragilizados y productores de dolor, no suponen necesariamente la ruptura de la convivencia. Tampoco la evaporación de expectativas alrededor de la formación de un espacio familiar propio en jóvenes que siguen imaginando un futuro en que se ven como parejas y como padres:

*No te digo que voy a ser el padre perfecto, porque como padre voy a tener mis errores. Pero qué sé yo, primero quiero tener una buena compañera, que sea una buena madre, que le dé el cariño, el amor, y tratar el día de mañana conseguirme un trabajo, que no les falte nada, apoyarlos en todo lo que quieran (...) estar al pendiente de ellos continuamente, así quisiera ser, prestar cuidado, atención cuando ellos me hablan, así sean pavadas, pero prestarles atención, porque por ahí "¡dejame de hinchar!", le dicen, y al hijo le duele que le digan así. (...) Quiero acompañarlos a la escuela, interesarme por lo que hacen (...) Yo de mis padres eso nunca lo sentí. (Marcelo, R22/2005)*

En relación con lo tratado en este capítulo, es posible sostener que los vínculos intergeneracionales en el contexto familiar se despliegan a modo de "relaciones turbulentas"<sup>19</sup>, que condensan un conjunto complejo de prácticas, discursos y actitudes que incluyen la confusión, el desborde, lo reglado, la expulsión, el recurso a terceros. Procesos turbulentos y contradictorios que se tornan inteligibles a la luz de los diversos condicionamientos materiales y simbólicos, en especial, de la creciente "inseguridad social" que se instaló en la vida cotidiana en el marco de un Estado que se ha vuelto "socialmente insolvente". De acuerdo con Estela Grassi (1999):

"Con "socialmente insolvente" queremos decir, entonces, que lo social dejó de tener prioridad en las decisiones políticas, que la inseguridad social se instaló como un dato en la vida cotidiana de los sujetos sociales y que la sobrevivencia, el mantenimiento cotidiano y la reproducción a largo plazo, pasaron a depender de acciones públicas irregulares, fragmentarias y volátiles, y de una organización familiar cuya dinámica y las exigencias a que se ven sometidos sus miembros, reduce su capacidad de absorción de los problemas sociales que se abren." (p.103)

---

<sup>19</sup> Tomo la noción de "turbulencia" expuesta por E. Achilli (2005), para referir a cierta pérdida de claridad y/o coherencia en las situaciones vividas por los sujetos, inmersos en un clima de (con) fusiones y superposiciones de múltiples procesos y argumentaciones que no logran diferenciarse en la experiencia cotidiana.

De este modo, el peso que recae sobre la familia, exigida de procesar la situación de empobrecimiento, y de atender la suerte de cada uno de sus miembros, la vuelve un "ámbito potencialmente conflictivo" (Grassi, 1999) con agudos efectos en la escasa contención que puede brindar a los hijos, por lo cual resultará a su vez culpabilizada. Todo este entramado de condiciones "erosionan" la autoridad paterna, no obstante lo cual, no se trata necesariamente de una disolución total de dicha autoridad, ni del lugar de la familia como protección (Duschatzky y Corea, 2004). En el borde de esas "condiciones erosionantes" he intentado mostrar a padres y madres inventando recursos, procurando establecer límites y comunicar valores y expectativas. En el capítulo siguiente se recorren los trayectos escolares y laborales de los jóvenes, en relación con los cuales se ensancha el análisis de los intercambios entre padres e hijos jóvenes, a través de la puesta en juego en el ámbito doméstico de significaciones y prácticas alrededor de la educación y el trabajo.

## **CAPÍTULO 6**

---

### **Caminos y horizontes juveniles en la escuela y el trabajo**

#### **1. Una escolaridad inconclusa**

Las trayectorias escolares que he recogido trazan, casi sin excepciones, recorridos que incluyen repitencia, abandonos temporarios, reinserciones, expulsiones, que conforman una problemática muy amplia, en relación con la cual sólo destacaré algunas dimensiones que se combinan para provocar el actual distanciamiento de los jóvenes respecto de la escuela.

En efecto, casi la totalidad de los jóvenes de esta investigación son desertores tempranos del sistema educativo. De los 18 jóvenes de los que poseo información precisa sobre su escolaridad, ninguno estaba inserto en la escuela para el año 2006 en que concluí el trabajo de campo. La mayoría de ellos ya se había alejado de ese ámbito muchos años atrás. De estos jóvenes -que cuentan hoy entre 15 y 21 años- uno tiene completo el nivel polimodal, uno finalizó la EGB, ocho tienen aprobado hasta el 7º año, y ocho abandonaron antes de 7º. Es decir que se trata de jóvenes que hoy están distanciados de la escuela, habiéndola dejado inconclusa<sup>20</sup>. Es por eso que en este punto intentaré una aproximación analítica que, en diferentes niveles -unos más generales y otros más específicos- permita interpretar cómo ha llegado a configurarse dicha situación de alejamiento de los jóvenes del mundo escolar.

Propongo entrar a la problemática del abandono de los estudios atendiendo a cuatro ejes que condensan distintas situaciones y procesos contradictorios, y que permiten dar cuenta de otras cuestiones importantes que atraviesan la relación de

---

<sup>20</sup> Es preciso aclarar que Fernando, actualmente detenido por robo en un hogar de menores, está asistiendo a la escuela como una actividad que le impone su internación. Con 17 años, está cursando la EGB.

los jóvenes con la educación. Tales ejes son: a- El desplazamiento hacia el mundo del trabajo, b- Las autopercepciones construidas en la vida escolar, c- La oferta educativa. d- Los sentidos atribuidos a la educación formal.

*a) Optando entre la escuela y el trabajo*

Para comenzar, debe señalarse que, en la mayoría de las entrevistas realizadas, la no prosecución de los estudios aparece vinculada con el deseo de trabajar. *Tenía ganas de entrar a trabajar en algún lado*, argumenta Rulo, quien dejó los estudios a los 17 años, luego de asistir durante dos o tres meses al primer año del polimodal. Sin embargo, debe dirigirse la atención hacia el hecho de que la mayoría de los jóvenes a que me estoy refiriendo, incluso Rulo, han participado en actividades laborales desde pequeños, y esto no significó, salvo alguna excepción, la interrupción de los estudios, si bien seguramente pudo haber tenido incidencia en el rendimiento escolar. Si se toma nota de estas cuestiones, debe intentarse una explicación que evite vincular mecánicamente trabajo con abandono escolar.

De acuerdo con lo observado, la concurrencia a la escuela parece ligarse con una etapa de la vida, la niñez. Si bien desde tal etapa se ha desarrollado cierta actividad laboral (variable en cuanto a su relevancia para la subsistencia familiar) parece generalizada la idea de que lo propio de un niño es asistir a la escuela. De hecho, todos iniciaron su camino en la escuela a la edad considerada "normal", esto es, alrededor de los 5 años. Con repitencias, expulsiones y reinserciones, abandonos temporarios y cambios de establecimiento, todos los jóvenes se mantuvieron ligados a la escuela durante su infancia.

Significativamente, la deserción con carácter más definitivo, se produce entre los 14 y los 17 años. Es posible sostener que llegada dicha edad, se abre paso con fuerza el deseo y la preocupación por salir en busca de un puesto de trabajo, por contar con un ingreso monetario propio, y, sobre todo, por intentar configurar una identidad como trabajador. Esto, hasta cierto punto, se asienta en la incorporación de una presión de parte del grupo familiar, pero también debe repararse en el sentido perturbador que va adquiriendo la permanencia en el ámbito escolar cuando se ha sobrepasado la edad de un cursado regular:

*Tato repitió unos cuantos años. Así que en la escuela ésta ya era grande, estaba repitiendo, le daba vergüenza. Decía que era alto él, el más grandote del salón, dice, entonces no quiso ir más. (mamá de Tato, R38/2005)*

En relación con lo anterior, no debe soslayarse cierta tendencia a la "infantilización" de los alumnos en las relaciones escolares, que podría acentuar una percepción de "desfasaje" entre quienes ya han ingresado en la adolescencia. De este modo, la búsqueda de una ocupación laboral estaría reforzando para muchos jóvenes una pertenencia identitaria que se percibe como más acorde a su situación, a medida que la sobreedad va convirtiendo a la escuela en una esfera de identidad en la cual se siente "incómodo". La actividad escolar resulta así desplazada por otra que se convertirá en el eje de sus días: la búsqueda de una ocupación. Ocurre así una sustitución progresiva de la *escuela* como referente identitario principal, por el *trabajo*, que, por presencia o ausencia, se va a convertir en el eje articulador de su cotidianeidad. Puede postularse entonces la emergencia en el período de edad señalado de un complejo de procesos que condensan la necesidad de generar ingresos, con la tendencia a una búsqueda identitaria alrededor del trabajo. Sin embargo, deseo subrayar que el peso de estos procesos en la problemática de la deserción escolar debe interpretarse en conjunción con otras situaciones que desalientan la continuidad educativa, como presentaré luego. En este marco, la combinación del trabajo con el estudio constituye un esfuerzo para sobrellevar el cual no se encuentra suficiente motivación:

*Venía cansado de la planta /se refiere a una planta de reciclado de basura/ y tenía que ir a la escuela, me tenía que poner a estudiar. (Elías, R14/2005)*

*De volver a ir a la escuela, una digo que no y una digo que sí (...)  
Ponele que estoy trabajando y después tengo que venir y ir a la escuela, no... (Matías, R10/2004)*

*Dejé porque estaba trabajando y no podía hacer las dos cosas. a las ocho de la mañana entraba a trabajar y a las ocho y cuarto entraba a la escuela. (Hernán, R18/2005)*

La salida de la escuela ocurre con la complacencia, casi resignada, de sus padres y madres, quienes también en algún momento eligieron dejar el estudio y encaminarse hacia una vida de trabajo<sup>21</sup>:

*Yo no quería ir más a la escuela. yo quería más trabajar que estudiar. Ellos /se refiere a quienes lo criaron/ me dijeron: "si querés trabajar, trabajá, pero estudiá de noche y a la mañana trabajá" Y así hacía, pero después... (papá de Matías, Sebastián y Elías, R19/2005)*

*A los 14 años dejé, no quería estudiar más. Mi papá me dijo que si yo no quería estudiar, tenía que trabajar.(...) Yo quiero que termine la escuela /se refiere a su hijo Gabriel/ Salir a trabajar, puede salir, pero también está difícil si no tenés experiencia. Si no quiere estudiar, tendrá que trabajar, como hicieron mis viejos conmigo. (mamá de Gabriel, R32/2006)*

En virtud del peso de la propia experiencia, pareciera que los padres cuentan de antemano con la posibilidad de que sus hijos interrumpen la escolarización. En la percepción de los propios jóvenes esto está hasta cierto punto "naturalizado". Como han observado Jacinto y Bessega (2002):

"Contrariamente de lo que puede suceder con adolescentes de sectores medios, donde la asistencia a la escuela no se discute, en estos sectores se percibe el abandono desde la habitualidad: otros también abandonaron." (Jacinto y Bessega, 2002:24)

Sin embargo, si bien es cierto que la finalización de la escolaridad básica no parece asumirse como un compromiso "que no se discute", el permiso para desertar se tensiona con la herencia de cierto sentido positivo atribuido a la escolaridad formal, sentido que correspondió a otro escenario histórico pero que sigue operando. Es por ello que en los relatos de los padres esa tensión se expresa como impotencia cuando se refieren al abandono escolar de sus hijos:

---

<sup>21</sup> El nivel de escolaridad alcanzado por los padres y madres es en casi todos los casos de primaria incompleta, y muchos, si bien permanecieron largos años en el sistema educativo, no adquirieron el conocimiento de la lectoescritura.

*¡Repitió tanto! Le insistí, le insistí, pero no pude. Fue una lucha mandarlo hasta 7°. Encima justo había entrado lo de los dos años más y no terminó nada. Dejó la escuela. Empezó a hacer changas de albañil.* (mamá de Gabriel, en referencia a su hijo mayor, R32/2006)

*Matías dejó la escuela, Sebastián dejó la escuela, éste /Elías/ dejó la escuela, ahora a ésta le digo /se refiere a su esposa/: "¡quiero tener uno que termine la escuela, y vos no me ayudaste!", le digo (...) Entonces ésa es la bronca que a mí me da, porque yo le digo: "¡No podés dejar a los chicos que se vayan de la escuela!"* (papá de Matías y hermanos, R19/2005)

#### *b) Autoimágenes: estigmas y reconocimientos en la escuela*

La problemática del abandono escolar contiene una complejidad que nos obliga a tomar en cuenta otras dimensiones que se conjugan para conducir a la deserción. En este sentido, otro aspecto relevante que merece atención se vincula al tipo de autopercepciones que los jóvenes van configurando a lo largo de su experiencia escolar. Entiendo que en la decisión de abandonar los estudios también entra en juego el peso de autoimágenes desvalorizadas, en las que se pueden entrever construcciones devaluadas sobre estos niños/jóvenes desplegadas en la cotidianeidad escolar. Un dato de significativa importancia es que, en la mayoría de los casos, no se trata de la producción de una autovaloración negativa alrededor de las propias capacidades cognitivas, sino que a través de los años escolares, estos jóvenes han ido desarrollando una identidad como "niños/jóvenes inaguantables" para las instituciones educativas por sus "problemas de conducta". Pueden rastrearse las huellas de diversos procesos de estigmatización o etiquetamiento a través de calificativos negativos como "loco", "nervioso", "vago", "terrible", "no hacía nada", "tenía mal comportamiento", por medio de los cuales los jóvenes describen "cómo eran" en la escuela

En sus relatos, identifican de modo recurrente prácticas escolares en las que advierten señales de rechazo. Cito algunos fragmentos de las narraciones escolares de Elías y Marcelo:

*Acá las maestras no me querían. Ni la directora, nada (...) Te echaban toda la culpa a vos, te enganchaban fumando, y al único que me echaban la culpa a mí; robaban algo, al único que echaban la*

*culpa, a mí; robaban la escuela, me echaban la culpa a mí /...)  
Siempre iba mi viejo, a cada ratito iba a buscarme, que me portaba mal, y mi viejo me pegaba adelante de todos. Y a veces no era yo, pero andá a hacerles entender. (Elías, R14/2005)*

*Siempre lo llamaban a mi viejo, le decían: "Sacalo, ya no lo podemos aguantar más". Ya no me aguantaban más (Elías, R14/2005)*

*Antes de terminar 7° me echaron. Porque no querían que vaya más a la escuela (...) a cada rato hacía quilombo. Ya se cansaron, no querían, me echaron. Me dieron las tareas para que haga acá en casa y así pasé 7°. (Elías, R14/2005)*

*Cuando no me aguantaron más a la tarde, me mandaron a la mañana Y a la mañana había dos pibes que eran más grandes que yo. Eran buenísimos, y estudiaban, todo. Después se empezaron a juntar conmigo y ya dejaron de estudiar (...) Un día le quemé todos los papeles que tenía adentro de la dirección a la maestra, a la directora. Siempre me insultaban, me agredían una banda. Ese día me gritó, me empujó. Yo le digo: "vos a mí no me tratás como un alumno" Ya era fuera de lo común que te trataba (...) Le quemé todo. Y ahí me echaron. No, era terrible. ¿Sabés lo que pasa?, que uno no lo hace porque quiere. Cuando vos no tenés amor de padre, el apoyo de padre y madre..., ¿me entendés? (Marcelo, R22/2005)*

*Cuando yo me vine para acá /se refiere al barrio/, me trajeron acá, yo estaba acostumbrado en esa escuela. Y yo me fui, y así como fui me echaron a las patadas: "¡No -dice- qué está haciendo acá!" No me dejaron entrar más por la mala conducta que tenía. Y agarraron y me mandaron a ésta (Marcelo, R22/2005)*

En los recuerdos escolares se observa una alta sensibilidad de parte de los jóvenes hacia un conjunto de mecanismos y actitudes en los que, más o menos solapadamente, se expresan estigmas y etiquetamientos, que, como se vio en relación a otros ámbitos de interacción social, van más allá de la experiencia escolar, y que indudablemente van quedando como marcas internalizadas que tienden a incidir en la configuración de una identidad desvalorizada. Insisto entonces en que los procesos de estigmatización en la escuela -que por otra parte han sido ampliamente abordados en diversos estudios- aparecen vinculados a un clima social que no puede dejar de tenerse en cuenta. A su vez, es importante la posibilidad que ofrece el relato de Marcelo de rastrear la interiorización de construcciones hegemónicas -que se recrean a escala de la cotidianeidad escolar-

que vinculan los comportamientos infantiles y juveniles con las características de su entorno familiar, y en particular, con la contención afectiva brindada por los adultos, otorgando a la familia una entidad suprema a la hora de interpretar los modos en que los niños se desenvuelven en la escuela.

No obstante todas estas cuestiones, los mismos jóvenes en cuyos relatos se vislumbra la asunción de tales estigmas, también expresan una imagen positiva de sí mismos, asentada en sus capacidades como estudiantes, que contrasta con su autopercepción como "niños con mala conducta":

*Repetí un montón de veces yo, por mala conducta nomás (...)Yo cuando iba a la escuela estudiaba. Estudiaba yo (...) Me iba de primera. En matemáticas tenía en la carpeta, en la libreta, un excelente (...) Las maestras le decían a mi madrastra "es inteligente, es capaz, es todo, se capacita una banda" (Marcelo, R22/2005)*

*Yo sé todo de la escuela, si todo me sacaba bien acá. No me querían por mala conducta. Tantas cosas me dieron que ya... pero por algo pasé, entiendo todo. (Elías, R14/2005)*

Así como se presenta en el caso de Marcelo y Elías, también en las entrevistas con otros jóvenes -implícita o explícitamente- aflora una estimación favorable de las propias cualidades y capacidades para el estudio Confieso que, en principio, esta autoimagen positiva llamó mi atención, dado que se insinuaba como un proceso contrario a las imágenes percibidas por estos jóvenes, tanto en el contexto escolar, como en distintas esferas de la vida social. Con esto no niego, por supuesto, que en algunos casos se presenta una autoimagen desvalorizada en relación a la capacidad intelectual, que emerge en expresiones como "el estudio no es para mí", "no me da la cabeza para estudiar", pero quiero reparar en las posibles raíces que sostienen el otro conjunto de expresiones autovalorativas.

*Cuando empecé primer año (Polimodal) ya no es como...no es que no, porque si yo quería iba a poder, pero ya no tenía ganas, ya no quería ir más al colegio. Si yo quería iba a aprender, si prestaba atención, pero no quise ir más" (Rulo, R38/2006)*

*Yo era el mejor de la clase. Salí como cinco años el mejor alumno de la escuela. (Hernán, R18/2005)*

Quisiera sugerir que estos procesos pueden entrañar modos de resistir, rechazar o resignificar la lógica de estigmatización, y en ese camino, se recuperan experiencias de reconocimiento -existentes o imaginarias- que se integran en las construcciones del sí mismo. En parte se asumen los rótulos, pero en un movimiento simultáneo, los jóvenes incorporan otras imágenes que denotan confianza en sus cualidades como estudiantes. De este modo, si bien en términos generales la escuela representa un espacio social donde se ha vivenciado el rechazo, constituye al propio tiempo un campo de experiencias del que los jóvenes pueden recoger señales de estima y reconocimiento, que abarcan desde buenas calificaciones en las libretas y evaluaciones, o la obtención de becas "*porque tenía buen promedio*", hasta prácticas cotidianas cargadas de simbolismo como ser convocados para izar la bandera.

En resumen, puede sostenerse que las expulsiones reiteradas, repitencias, y diversas experiencias de rechazo y estigmatización en la escuela van produciendo desalientos y frustraciones que, en combinación con otros procesos y condiciones, distancian a los jóvenes del estudio. Sin embargo, también deseo poner de relieve que cierta confianza en las capacidades para el estudio que el paso por las aulas ha dejado en algunos jóvenes, se perfila como un aspecto de la construcción subjetiva que articulado con otros, permite interpretar que la educación no haya desaparecido completamente del escenario de las búsquedas juveniles.

### *c) La oferta educativa*

En otro orden, un aspecto relevante que propicia la escolarización es la posibilidad de contar con suficientes ofertas educativas cercanas al lugar de residencia, de modo de facilitar el acceso y disminuir las deserciones, en las que también se conjugan aspectos tales como las limitaciones para afrontar los gastos de transporte, la dificultad para disponer de más tiempo para los traslados, o el temor de atravesar espacios urbanos consignados como "peligrosos" en el trayecto que media entre la propia casa y los establecimientos educativos.

En este sentido el área urbana observada cuenta con una oferta educativa que resulta insuficiente en proporción al vertiginoso crecimiento poblacional que experimentó esta zona en el lapso de los últimos años, a partir de la instalación de

los barrios nuevos. En un primer momento, los contingentes que iban llegando se distribuían en tres escuelas primarias públicas: una que está por fuera de los límites del sector considerado, otra escuela enclavada en el Barrio Fonavi de Bv. Seguí y Rouillon, y otra que se encuentra en el Barrio Toba. El desborde de estos establecimientos motivó que en el año 2000, una de ellas habilitara un anexo en el Barrio Los Álamos, y un segundo anexo en el año 2003, en el Barrio Nuevo; en ambos casos con cobertura de preescolar a 7º año.

La gran mayoría de los jóvenes del Barrio Los Álamos, y los que contacté del Trinidad, apenas llegados a la zona, se incorporaron en uno de los Anexos, que se ubica justamente entre estos dos bloques de viviendas, y que por ese entonces constituía sólo un aula móvil, que paulatinamente los vecinos fueron viendo convertirse en el actual edificio escolar.

Según pude advertir, la situación más crítica se presenta para el cursado del 8º y 9º año. Debe destacarse que en 1999 comienza a funcionar en la Provincia de Santa Fe el 8º año de la EGB. Hasta el día de hoy, las posibilidades que tienen los pobladores de estos barrios para completar los dos últimos años de la educación básica, son sumamente escasas. Una opción es la Escuela 1318, únicamente en la sede, más alejada, ya que, como mencioné, los anexos cubren sólo hasta 7º año. Otra opción es la Escuela 1333, que construyó un nuevo edificio para dictar allí 8º y 9º año. Y finalmente, la antigua escuela secundaria del Barrio Fonavi, único establecimiento secundario en todo el sector), que ofrece 8º y 9º año de la EGB, además del Nivel Polimodal.

Es significativo el hecho de que, del conjunto de los jóvenes abordados que finalizaron 7º año, todos hicieron el intento de transitar por el 8º, aunque abandonaron sin concluirlo. En este hecho puede leerse un indicio de que la valoración de la escolaridad está cruzada por el contexto de las reformas educativas, que han abierto un cuadro de perspectivas contradictorias para los jóvenes, en tanto por un lado se ha incorporado la obligación de prolongar la educación básica, y la idea de que, completarla, abriría posibilidades laborales mejores que el no hacerlo, pero en la realidad sigue siendo inaccesible.

*Ahora él va a empezar conmigo, bah, lo voy a hacer empezar. el dejó 8º, el boludo, y no terminás la escuela dejando 8º. Después terminás*

*9º, y después conseguís un trabajo. Y no quiere seguir el boludo.*  
(Gabriel, refiriéndose a su amigo Hernán, R19/2005)

En principio, con respecto al cursado de 8º y 9º año de la EGB se presentan dos situaciones adversas originadas en las características de la oferta educativa. Por una parte, una sola de las instituciones mencionadas brinda la posibilidad de cursar en turno vespertino, que es el más atractivo para los jóvenes ya que permite coordinar el estudio con la actividad laboral. Por otra parte, las distancias a recorrer, que conllevan el temor de trasladarse desde y hacia los establecimientos, en tanto se deben transitar lugares connotados como "*muy peligrosos*", en donde "*te sacan toda la ropa*", o "*te matan a golpes para robarte la bicicleta*", "*si salgo solo de ahí me van a faquear*".

A su vez, deben añadirse otras limitaciones que se derivan de la necesidad de desplazarse hacia instituciones escolares desconocidas para poder continuar los estudios. Una dificultad es la de enfrentar solos la lógica del ingreso a una institución. Por ejemplo, saber a qué oficina dirigirse, o cómo preguntar, forman parte de una lógica ignorada y ajena, en especial para jóvenes como Hernán, que carecen de la orientación o el acompañamiento de un adulto:

*Yo quería empezar en un EMPA, algo de eso, pero no sé ni cómo ir a inscribirme. No sé si tengo que llevar los documentos, no sé nada.*  
(Hernán, R22/2005)

Otra cuestión que parece tener alguna importancia es la sensación de que las instituciones no los recibirán por su excesiva edad, como señala Elías:

*Ahora ya de grande, ¡qué voy a ir a la escuela!, no me reciben en ninguna.* (R14/2005)

Otro núcleo importante en la temática que estoy tratando se vincula con la implementación de becas. Es muy valorada la posibilidad de contar con esa ayuda económica, y muchos jóvenes se han sumado a movilizaciones políticas ante la expectativa de poder obtenerla, lo que ha derivado en numerosos conflictos que ponen en cuestión las modalidades de implementación y de selección de los beneficiarios.

Por último, quiero mencionar que otra opción que los jóvenes expresaron reiteradamente como atrayente, es la de poder cursar dos años escolares en uno

*d) Expectativas y valoraciones con respecto a la educación*

Lo que acabo de exponer muestra que, aunque de modo contradictorio, y no del todo explícito, en los relatos de algunos jóvenes se desliza una aspiración de proseguir los estudios, que trasciende la falta de perspectivas ciertas. Ese interés, la mayoría de las veces tibio y difuso, por continuar en el camino escolar ¿debe interpretarse como la atribución de una valoración positiva a la educación?

Varias investigaciones recientes con jóvenes de sectores populares han señalado la persistencia de cierta valoración hacia la educación entre los mismos. (Por ejemplo: Jacinto (2002), Kessler (2004). Entre los jóvenes del presente estudio aún tiene vigencia la valoración otorgada a los títulos escolares en relación con el acceso a mejores posibilidades en el plano laboral, aunque en los hechos sus opciones ocupacionales siguen atrapadas en circuitos en los que tales certificaciones no tienen peso. De hecho, en ninguna de las ocupaciones por las que han transitado estos jóvenes hasta el momento, les han solicitado acreditación de los estudios cursados. Sin embargo, insisto, persiste la convicción de que tenerlos les abriría alternativas mejores:

*La decisión de no ir más a la escuela no fue mía, fue de mi papá y mi madrastra, porque ella estaba cansada de ir, que venían y la citaban. Dice: "si así es la cosa, no vayás más a la escuela". Y yo, por un lado, no quería ir mucho. Cuando uno es chico no...no piensa mucho, y ahora que estoy grande me doy cuenta cómo hace falta la escuela y terminar la escuela para tener un buen trabajo, qué sé yo, para ser alguien en la vida, porque sin estudio lográs poco o nada (...) Me gustaría terminar el estudio para tener un laburo como la gente. (Marcelo, R22/2005)*

Creo que es un dato de significativa importancia la permanencia de la educación en el escenario de las búsquedas juveniles, las que, en virtud de la fragilidad y el carácter contradictorio de los marcos que las sostienen, quedan flotando en el vacío

La ligazón entre el estudio y las posibilidades laborales también está presente en el discurso de los padres, aunque, como vimos, resignadamente acompañan a sus hijos adolescentes cuando éstos deciden dejar la escuela:

*Yo quiero que terminen, porque viste que ahora te piden para trabajar, tenés que terminar la escuela. Yo le digo: ¿ves ese trabajo?, en vez de terminar la escuela y trabajar en otro lado. Podría conseguir algo mejor para él. (mamá de Tato, R39/2006)*

Me parece importante también tomar en consideración el fuerte estímulo para la inserción escolar que proviene de distintas instituciones que están en contacto con los jóvenes, que intentan contribuir a desarrollar un anhelo de continuidad de su formación, como alternativa para tratar de mejorar su situación. En investigaciones que he realizado en otros barrios de la ciudad, he podido observar la existencia de un entramado organizacional (centros deportivos, vecinales, grupos religiosos, etc.) que en su accionar presentan a la educación como un camino deseable para sus vidas, más allá de todos los aspectos estructurales que en definitiva dificultan su concreción.

En el contexto de referencia de esta investigación, la presencia de organizaciones de cualquier tipo es casi nula, y en el caso específico de los jóvenes, no se observa inclusión en instancias organizacionales. En los últimos años, podría decirse que casi la única modalidad participativa de los jóvenes ha estado vinculada a movilizaciones para el reclamo ante diferentes instancias del Estado de Planes Juveniles y becas estudiantiles. Más allá del carácter hasta cierto punto "lúdico" que tiene la incorporación en estas movilizaciones, y sin desconocer tampoco el sentido que cobran como estrategias de subsistencia, ya que la mayoría de las veces la asistencia a una marcha se cambia por un bolsón de mercadería, aspectos ambos que problematizaré más adelante, creo que no deja de ser un espacio articulador de representaciones, y, en este sentido, no debe soslayarse el hecho de que los jóvenes son, de algún modo, permeados por el mensaje reivindicativo contenido en estas prácticas, que abonan una autopercepción como sujetos con derecho a la educación.

Quiero apuntar una última reflexión en relación a las distintas modalidades de apoyo y estímulo a la escolarización de los jóvenes. Creo que, en buena

medida, parten del supuesto de que la inserción en el sistema educativo formal puede significar un modo de "contención", que aleje a los jóvenes de la violencia y el consumo de drogas y alcohol. Sin embargo, se advierte que la contención que puede significar el hecho de estar inserto en el sistema escolar, no neutraliza los efectos de un contexto sociohistórico excluyente y represivo. De hecho, los mismos jóvenes "escolarizados" delinquen, participan de enfrentamientos violentos entre pares, o de la adicción a las drogas. Es decir, la idea que intento formular es que la penetración de esos procesos contextuales en sus biografías, excede los alcances de su inserción en el ámbito escolar.

## **2- Experiencias en relación al mundo del trabajo**

Para profundizar la descripción de la relación de los jóvenes con la esfera del trabajo, distinguiré dos tópicos: en el primero, expondré una caracterización de las modalidades laborales en que se insertan los jóvenes, y en el segundo, abordaré los sentidos que se despliegan alrededor del trabajo.

### *a) Los circuitos laborales*

Siguiendo las narraciones de los jóvenes, puede extraerse como un aspecto recurrente que su primera aproximación al mundo del trabajo se produjo durante la infancia. Sus incursiones laborales iniciales se ubicaron principalmente en el ámbito de la calle, en donde comenzaron a obtener algunas monedas desempeñándose como changarines cargando y descargando bolsas en el mercado de productores, como cuidadores de autos, como cirujas, o como vendedores de distinto tipo de productos. Algunas de estas actividades se realizaban en colaboración con algún miembro adulto del grupo familiar. Por ejemplo, Elías y Sebastián se iniciaron laboralmente acompañando al padre de ambos como vendedores ambulantes, o Rulo, que lo hizo ayudando a su padre a cirujear. Como señalé en el acápite anterior, este ingreso a la actividad laboral no significó el abandono de la escolaridad, sino que estos distintos trabajos fueron desplegándose en paralelo al cursado de la escuela primaria.

A una edad un poco más avanzada se presentaron para el joven otras formas de trabajo en colaboración, no sólo con familiares, sino también con vecinos, que comenzaron a llevarlos consigo a sus trabajos con la intención de comunicarles un conocimiento:

*Nosotros sabemos trabajar de albañil. Yo aprendí trabajando con el loco de acá enfrente, yo aprendí muchas cosas con ese loco. Aprendí a poner mosaicos, azulejos, porque él me enseñaba. Yo con él aprendí a trabajar cuando era chico, y ahora me llevó a trabajar un tiempo.*  
(Gabriel, R18/2005)

*Trabajé con un muchacho de ahí del otro barrio que es plomero, trabaja por su cuenta, es plomero, gasista y electricista. Me llevaba de ayudante. Y él me decía: "Vos tenés que mirar y así lo aprendés. Yo también..."; me decía que él también era ayudante y así aprendió."*  
(Rulo, R38/2006)

Al tiempo en que esos niños van dejando atrás la infancia, se precipita la esperanza de insertarse en otras opciones laborales. El panorama que se levanta frente a ellos en el momento en que deciden dejar los estudios para darle al trabajo -o a su búsqueda- un lugar de prioridad en sus vidas, es sumamente homogéneo tanto en el tipo de actividades en que se involucran, como en la corta duración de las mismas, en la alta rotación, precariedad y ausencia de protección.

La mayor parte de los jóvenes transita de modo alternativo y circular por un conjunto de ocupaciones informales, en cada una de las cuales la permanencia es muy breve. En muchos casos, se trata de espacios laborales ubicados cerca de sus domicilios, de donde los "llaman cuando necesitan", como por ejemplo, un horno de ladrillos, una tapicería, una herrería. En otros casos se trata de espacios con los que ellos se relacionan de modo intermitente, ya que acuden a los mismos cuando "no hay nada", como salir a cirujear, sea en la calle o en una planta de reciclado de basura cercana, o concurrir al mercado de productores. Entretanto, las alternativas para la generación de ingresos están en la realización de alguna changa que se presente (mayormente en albañilería, o servicios a vecinos), y, en algunos casos, en la incursión en alguna actividad ilegal.

Contrachequeando con la experiencia de la generación de los padres, se observa que los circuitos de trabajo y las modalidades y condiciones en que se

despliega la actividad laboral son muy similares. Es más, son los propios miembros adultos del grupo familiar, u otros adultos parientes o vecinos, quienes van acercando a los jóvenes a los propios espacios donde ellos se desenvuelven laboralmente. Acordando con lo planteado por Gallart y otros (1996)

"... la mayoría de los adolescentes pobres - si no todos - consigue su empleo a través de familiares, amigos o conocidos, quienes por su propia inserción en la estructura social (ellos también son pobres o pertenecen a los estratos más bajos de la sociedad) y laboral, sólo tienen acceso a ocupaciones no calificadas, inestables y de bajos e inciertos ingresos." (p.108)

Por ejemplo, el padre de Matías, Sebastián y Elías, contactó a sus tres hijos con un horno de ladrillos donde él se desempeñó durante algún tiempo, y al que sigue concurriendo cada vez que en su actual ocupación lo suspenden sin remuneración por falta de trabajo. Luego consiguió que los incorporaran en un taller al que acudió durante algunos meses. Más tarde ingresó en otro taller, donde también realizó gestiones para que den ocupación a sus hijos. La participación de los tres jóvenes en estas instancias ha sido de muy breve duración, ya que quedan subsumidos en la lógica de que los convoquen cuando se necesita más mano de obra. Elías concurrió en el año 2004 al taller de reparación de carrocerías de micros donde trabaja su padre, pero la actividad duró sólo tres meses, ya que luego *"me dijeron que no había más laburo"*. Tras similares experiencias, Matías y Sebastián permanecen con continuidad desde hace unos meses, realizando tareas sumamente simples y sin calificación. A partir de su ingreso, otros amigos concurrieron a solicitar empleo en este taller, con distinta suerte. Tato consiguió ingresar luego de *"insistir hasta que lo tomaron"*. En cambio Rulo comentó: *"Te tienen con muchas vueltas, no saben qué decirte. Yo habré ido como dos o tres días seguidos y me decían: vení mañana, vení mañana y no fui más"*. (R38/2006)

Una acotación significativa es que todos refieren a este espacio laboral como una *"fábrica"* siendo que en sentido estricto no lo es, lo que tal vez sugiere cierto prestigio asociado al trabajo en fábricas, que se presenta como una de las instancias laborales más anheladas, por asociarla con la posibilidad de acceder a una mínima continuidad en la actividad y regularidad en el pago, y por la

distinción social que reviste a quienes consiguen ingresar a un establecimiento fabril. Es notoria la aspiración de algunos padres y madres de que sus hijos puedan alcanzar este tipo de ocupaciones. Como lo expresa la mamá de Gabriel:

*Yo de albañil no quiero que trabaje. Tiene que ser algún lugar donde esté efectivo y que tenga una responsabilidad (...) Voy a ir ofreciéndome yo en fábricas, lo voy a hacer por él (...) ahora estoy viendo de buscarle trabajo en una fábrica de plástico (R32/2006)*

Por debajo de las expectativas que se expresan en relación a la esfera laboral, subyace una suerte de escala jerárquica de ocupaciones, de acuerdo con la cual, el conjunto de actividades por cuenta propia a las que los jóvenes de estos contextos socioeconómicos pueden acceder (venta callejera, changas, cirujeo) se ubican en el peldaño más bajo. Así, se refleja cierta ambición de poder hallar un trabajo en relación de dependencia, que garantice una mínima permanencia y en el que se pueda obtener un ingreso regular, lo que contrasta con la acentuada irregularidad en los ingresos que caracteriza a los trabajos por cuenta propia en que ellos pueden desempeñarse. Cuando hablo de una expectativa de cierta permanencia en la actividad, no debe entenderse que los jóvenes imaginan la posibilidad de hallar un empleo de por vida, ni la esperanza de una carrera laboral, ya que, como bien lo ha señalado Kessler (2004) en estos sectores sociales la inestabilidad laboral está naturalizada, en tanto la estabilidad ni siquiera forma parte de la experiencia transmitida por sus padres y por otros adultos de su entorno, quienes exhiben trayectorias laborales íntegramente inestables.

En definitiva, la vida laboral de los jóvenes toma la forma de un deambular de un trabajo a otro, todos inestables, desprotegidos, con ingresos escasos e irregulares, que se alternan con temporadas sin ocupación, en las que los sentidos no dejan de estar atentos a las posibilidades que rondan para generar ingresos, aunque muchas veces se hunden en períodos de desánimo. De este modo, hasta el momento los jóvenes no se distancian de las modalidades laborales de la generación de sus progenitores, sino que se mantienen dentro de los mismos circuitos. Tal vez, la diferencia más acentuada estriba en la accesibilidad a otros circuitos, vinculados al delito, que hoy se presentan para los jóvenes como una

opción cercana, al menos para la obtención de ingresos en temporadas de carestía, lo cual se liga también con nuevas actitudes y valoraciones en torno al trabajo.

*b) Sentidos en pugna alrededor del trabajo*

La dimensión del *trabajo* suma un cúmulo de *turbulencias* a la convivencia familiar. Los modos de comunicación intergeneracional en la familia tienden a la transmisión de percepciones, valores y saberes sobre el trabajo, que combinan aspectos de la propia experiencia en los procesos laborales, con elementos provenientes de una *ideología hegemónica sobre el trabajo* (Palenzuela, 1995) que se ha configurado históricamente, y que es posible reconocer en la interiorización por parte de los adultos de ciertos valores como la significación atribuida al esfuerzo personal, la legitimación del acceso a bienes y servicios por el trabajo, la dignificación a través de tal actividad.

*Los varones, cuando ya veo que se desarrollaban, todo eso, yo siempre lo primero que les dije es que si ellos querían algo, que se lo ganen trabajando, no que anden tocando cosas ajenas, porque el día que ellos tocaban algo ajeno, yo no iba a ir a dar la cara por ellos, porque ellos tienen manos para trabajar y ganarse las cosas. Y siempre me hicieron caso. Hasta ahora con ninguno tuve problema (mamá de Rulo y Miguel, R31/2006)*

Las expectativas puestas por los padres en torno a la incorporación laboral de sus hijos jóvenes no sólo se sustentan en la valoración del aporte económico que puedan realizar a través de tal ocupación, sino que también se sostienen en la significación asignada al trabajo como organizador de la vida cotidiana y como favorecedor de la incorporación de normas de conducta. En las construcciones parentales sobre el trabajo también perviven representaciones que lo vinculan con la formación de hábitos y el aprendizaje de normas articuladoras de la vida social, es decir, que adquiere importancia como ámbito de socialización:

*En el trabajo va a tener responsabilidad. Hay que tener ganas de salir adelante, tener aspiraciones. Si no quiere estudiar, tendrá que trabajar (...) Yo sé que cuando tenga que trabajar va a cumplir, se va a levantar temprano... (mamá de Gabriel, R32/2006)*

A la luz de los cambios en el mundo del trabajo, hoy parece asistirse a la obsolescencia de estas formas simbólicas. En los jóvenes coexisten visiones sobre el trabajo creadas y recreadas a lo largo de décadas, con otras más actuales, en construcciones conflictivas de sentidos y prácticas. Observemos estos procesos contradictorios a través de la tensión que generan en la familia de Matías:

*El tema es como tenemos todas las familias, no me hace caso. Tiene 19 años, ya va a cumplir 20, pero se pasa más en la calle que..., ya tiene 20 años, ya tiene que ponerse a laburar, no va a pretender que yo le compre la ropa, las zapatillas, todo eso (...) Recién tenía que ir a ver un laburo que yo lo mandé. No consiguió bicicleta. ¿Qué, le tengo que conseguir yo bicicleta para que vaya a ver?! (...) Labura conmigo ahí en los ladrillos y se corta. El sábado sacó 20 pesos, está bien, 20 pesos, no le exijo nada. Pero que me ayude, que se ponga las pilas, a laburar, va a ganar plata (...) Él agarra un trabajo, le dan dos pesos y para él es como si fuese una fortuna. En la fábrica laburó conmigo, pero ¿cuánto duró?! No duró ni tres meses! Lo echaron Porque un día tenía que ir a trabajar, no fue. Y al otro día me acuerdo que me preguntó el patrón: "¿tu hijo no viene?". "Sí, ya debe estar por venir", le digo. No fue en todo el día. Fue al otro día y el patrón tomó a otra gente y ahí lo echaron. No sé, no cuida el trabajo (...) (padre de Matías y hermanos, R19/2005))*

*En la fábrica trabajé dos semanas, después me enojé y no quise ir más. En el horno también, iba a veces cuando yo tenía ganas (...) De todos los trabajos me fui yo, porque no me gustaban. Yo me fui de todos a la mierda. No me gusta que me manden, yo quiero hacer todas las cosas solo. Yo dejo todo tirado y me voy a la mierda (...) Ya sé yo, los trabajos que tengo que hacer ya los hice, lijar ya lo hice, albañil ya lo hice (...) Una vuelta trabajé en la fábrica de colectivos con mi viejo. Murió un compañero de ahí y me llevó a mí Una semana estuve trabajando (...) terminé un sábado, cobro y al otro lunes no quise ir más. No quise ir más, no quise ir más y me quedé. Mi papá se enojó. Le digo: "no voy a ir más". Y dijo: "bueno, le voy a decir al patrón que mañana vas a ir" Y fui al otro día y me dijo que no venga más (...) (Matías, R33/2006)*

Ante todo, estos fragmentos de registro evidencian el carácter heterogéneo y conflictivo de las prácticas y significaciones desplegadas alrededor del trabajo. Se perciben confrontaciones en las versiones que expresan padres e hijos. Si bien entre los jóvenes es posible distinguir trozos y retazos de una construcción ideológica sobre el trabajo engendrada en otro contexto sociohistórico, pero que lo

traspasa y aún se afirma con cierta fuerza entre los adultos, en la generación de los hijos esos retazos se yuxtaponen con otros sentidos más nuevos. Tal vez el conflicto contenido en las citas anteriores está reflejando la internalización progresiva de una nueva valoración del trabajo originada en el presente, que siguiendo a Kessler (2004) puede denominarse *lógica de provisión*. Según el autor, en un contexto en donde los jóvenes ven frente a sí un horizonte de precariedad duradera, y en donde el mediano y el largo plazo se desdibujan, se van desplegando racionalidades de muy corto plazo que, entre otras cosas, implican que el trabajo se transforme en un recurso más de obtención de ingresos.

Es interesante ver el modo en que los padres han interiorizado hasta cierto punto, unos valores del trabajo que correspondieron al viejo proletariado, si bien en su mayoría estas familias no pertenecieron a una tradición de clase obrera, pero ésta sin dudas se constituyó en un referente ineludible. En las nuevas generaciones, estas representaciones, si bien no están ausentes, se van diluyendo y combinando con lógicas más orientadas a la consecución inmediata de dinero.

A su vez, en el transcurso de la relación que mantuve con los jóvenes, pude observar que la frustración y la falta de estímulo que se originan en una experiencia laboral mal paga, no calificante ni gratificante, produce en muchos de ellos una relación más inconstante con el mundo del trabajo, en donde por períodos abandonan la búsqueda activa de una ocupación, o cuando han accedido a una, como dice el padre de Matías "*se cortan*". El propio Matías, en una de las tantas temporadas en que lo encontré sin trabajo, me dijo: "*Yo me quedo sentado acá y chau. Si va a llegar, va a llegar. Ya me conocen todos y me avisan*".<sup>22</sup>

En la versión de muchos padres, este conjunto de actitudes de los jóvenes son presentadas como que "*no cuida*", o "*es vago*", reproduciendo el estereotipo social que los condena por su desprecio al trabajo o los engloba como haraganes. De modo similar, una madre manifestaba desazón frente al comportamiento de su hijo: "*Por ahí lo vienen a buscar para hacer una changa, cuando él tiene ganas de ir va, cuando no, no va*".

---

<sup>22</sup> De modo similar, a veces se descartan opciones laborales consideradas excesivamente intolerantes, en especial en relación a la paga que se recibirá. Por su parte, vale la pena mencionar que a lo largo del tiempo que visitamos la zona, fueron numerosas las ocasiones en que los jóvenes nos solicitaron que les consiguiésemos un trabajo.

En definitiva, resulta evidente que hay un universo de contenidos alrededor del *trabajo* que se vienen transmitiendo en la experiencia familiar a lo largo de generaciones. Pero éstos se van transformando en el tiempo, como también se transforman las condiciones de transmisibilidad de los mismos. Es importante recordar que la generación de los padres de los jóvenes de este estudio se incorporó al mercado de trabajo hace más de dos décadas, en momentos en que ya estaban en curso, pero aún incipientemente, el conjunto de hondas transformaciones políticas y económicas que tuvieron efectos directos en el mundo del trabajo. A sus hijos les toca salir al mercado laboral en un contexto en donde tales tendencias se han afirmado, y en donde las prácticas y valoraciones sobre el trabajo, paulatinamente se van distanciando de su referencia a un escenario del pasado, y enlazándose a las condiciones objetivas del presente.

Considero sugerente una reflexión esbozada por Jacinto y Bessega (2002) en cuanto a que la descentralización de la "cultura del trabajo" en los jóvenes, la difusión de actitudes de "reticencia o alergia al trabajo", revisten cierta "funcionalidad" en relación a un contexto de empleo restringido.

Es preciso tener en cuenta, sin embargo, que en los procesos sociales se generan tendencias que escapan a las hegemónicas, o mejor dicho, que también ocurren tendencias en dirección inversa. Si bien puede admitirse que se produce una pérdida de centralidad del trabajo en un sentido, se observa una nueva centralidad, erigida alrededor de nuevos ejes. En el debate que se ha planteado en torno al fin de la centralidad del trabajo, Sosa (1999) ha argumentado que más allá de las transformaciones ocurridas, hoy el trabajo sigue siendo relevante, porque hasta en la vida de un desempleado éste se plantea como esfera necesaria y estructurante de una identidad y de una sociabilidad.

El trabajo parece seguir ocupando un lugar central en los intercambios sociales de estos sujetos. Es una referencia ineludible, se lo habla, se lo busca, se lo espera, se despliegan esfuerzos y estrategias para tratar de conseguirlo. Ante todo, porque los sujetos siguen precisando trabajar para vivir, es decir que continua siendo una forma de acceder a un ingreso, aunque paulatinamente se lo represente sólo como una forma más entre otras posibles. Por otra parte, también hay que tener en cuenta que éste ha adquirido centralidad como elemento de

diferenciación social, como forma de distinción personal que otorga cierto prestigio relativo a quienes lo tienen respecto de quienes no lo tienen, que en parte permite explicar que los jóvenes persistan en su búsqueda, con rebeldías, esperanzas, desalientos y "reticencias".

El reconocimiento social que aún se espera obtener a través del trabajo choca con su escasez, que va deshaciendo las ilusiones, y abriendo un espacio para que se ejerzan otras prácticas no legales en pos de la obtención de recursos económicos. Retomo un episodio vivido por José, Mario y Jorge en una ocasión en que se presentaron a las puertas de un circo que visitaba la ciudad de Rosario, y que había solicitado jóvenes para realizar distintas tareas por unos días. La frustración sentida ante la presencia de cientos de jóvenes que aguardaban en la cola para escasos tres o cuatro puestos de trabajo, y el incumplimiento del personal del circo, que los dejó esperando afuera por largas horas<sup>23</sup>, los llevó a improvisar un delito menor en el lugar:

*José: Fuimos a anotarnos al circo, y robamos cobre y nos vinimos.  
Había un cable largo así.*

*Mario: Había una banda de gente esperando.*

*José: Afuera, pero nosotros saltamos la reja y nos metimos adentro,  
de afuera nos querían cagar a palos porque estábamos adentro. Y  
agarramos y sacamos el cobre. Después lo quemás y lo vendés y te lo  
compran por cobre, lo vendés donde compran metales, chatarra.*

*(R40/2006)*

El episodio nos reenvía a la idea antes expuesta en relación a la "lógica de provisión", que implica el despliegue de una racionalidad que homologa al trabajo con otro tipo de prácticas en tanto formas de generación de ingresos, y las conjuga sin conflicto. Ante la evidente sobreoferta de mano de obra en una situación de búsqueda de empleo, se echa mano en el acto de una práctica delictiva improvisada, que permita regresar a casa con "algo". La aparente indiferencia ante el carácter legal e ilegal de una y otra alternativa, amerita ir más allá de la referencia a la situación de necesidad y privación, y tomar en cuenta un marco

---

<sup>23</sup> El episodio ocurrió en mayo de 2006. La magnitud del maltrato a los jóvenes que se presentaron a la convocatoria motivó la presencia de los medios de comunicación locales para denunciarlo.

general de dilución o desdibujamiento de la ley (Kessler, 2004; Duschatzky, 2004).

Por otra parte, las esperanzas de reconocimiento a través del trabajo también se evaporan al chocar con las condiciones concretas en que debe ejercerse cuando se lo obtiene: magros salarios, tareas de baja calificación, engaños, jornadas extenuantes, que se manifiestan como insatisfacción. A menudo esa insatisfacción se descarga en la oposición hacia jefes, capataces o encargados, en el intento por justificar el abandono de una ocupación: "*No me gusta que me manden*". "*Son jetones, asquerosos*".

Otras veces se dibuja más nítidamente una percepción de injusticia en las relaciones laborales. Marcelo, quien actualmente trabaja como cuidador en una cochera del centro comenta:

*Antes estaba trabajando de ayudante en una panadería. Pero cuando uno no tiene trabajo, vio cómo es, cómo está ahora el asunto. Como saben que no hay laburo, no te pagan. Por ahí trabajás 8 horas, te tienen que pagar las 8 horas, la plata justa, ni más ni menos. Al contrario, te quieren pagar menos (Marcelo, R22/2005)*

La extenuante extensión de las jornadas laborales en algunos ámbitos de trabajo es una condición que muchos refirieron como intolerable. Por ejemplo Elías. Desde que dejó la escuela hace tres años, concurre a cirujear día por medio en una planta a la que llegó a través de vecinos que también asisten al lugar. En el año 2004, abandonó temporalmente esta ocupación para ingresar en el taller donde trabajaba su padre.

*No te pagaban nada, tenías que laburar de 8 a 6 de la tarde, y te daban 70 pesos los sábados. En la planta, a veces por día, cuando hay algo, estoy sacando un palo, 40, 60 (...) (Elías, R31/2006)*

En sus reiterados balances entre una y otra ocupación Elías manifiesta conciencia de la situación de explotación que implica una jornada laboral de diez horas, y la desventaja que significa el trabajo en "*la fábrica*" en relación a los ingresos que puede obtener cirujeando. Sin embargo, hoy está esperando poder volver a trabajar allí. Esta aparente contradicción podría cobrar sentido en el

marco de la jerarquía relativa asignada a diferentes ocupaciones, como antes mencioné. Indudablemente, también la presión familiar para que abandone el cirujeo debe ser tomada en cuenta. "Yo no quiero que esté cirujeando toda la vida", expresa a menudo su padre.

El abandono de un trabajo cuando se percibe incumplimiento de los compromisos acordados es otra práctica que merece atención:

*A nosotros cuando nos pagaron, no nos convenía la plata que nos estaban dando, entonces dejamos (...) El jefe de la cuadrilla nuestra arregló un precio y después, cuando llegó el día de pago, no le quisieron dar lo que habían arreglado, le dieron menos. (Rulo, R38/2006)*

Tal como Kessler (2004) lo ha expresado, las características y los modos actuales del mundo del trabajo configuran para los jóvenes un ámbito de experiencia de ausencia de ley. La precarización laboral constituye un proceso, entre otros, que ha llevado a una pérdida de eficacia simbólica de la ley, en tanto "ni en su propia experiencia ni en la de sus padres o de otros adultos, la ley y el derecho tienen alguna relación con el mundo del trabajo" (p.55)

Contrariamente a un pasado reciente en que el trabajo se ligaba con la experiencia de derechos sociales y laborales, "a través del conocimiento y la apelación a leyes que regulaban la relación con los patrones, limitando la explotación, mediando los conflictos o en la puja distributiva por beneficios, y hasta compensando al trabajador ante la adversidad, en un accidente o una enfermedad", hoy, el trabajo "es un terreno de aprendizaje de las injusticias del mundo, más cercano a lo que sucedía en las épocas previas a la conquista de los derechos sociales" (Kessler, 2004:56)

Antes de continuar con la exposición, propongo una breve síntesis que recree la lógica del desarrollo seguido en esta Parte II. El objetivo fue poner en juego en sus múltiples articulaciones el conjunto de dimensiones analíticas privilegiadas en la investigación, que me permitirán iluminar la problemática de los grupos juveniles.

En primer lugar, recorrí algunos aspectos de la trama sociohistórica y política general que contextualiza a los jóvenes y sus prácticas grupales,

enfocando en la producción de determinadas políticas estatales: por un lado, en el campo de la juventud -que, entre otras cosas, muestran el clima de una época en cuanto a los modos de concebir a los *jóvenes*- y por otro lado, en el campo de las políticas sociourbanas, que se cruzan con políticas generadas desde los sujetos, configurando urbanizaciones como las descriptas.

A partir de allí, he procurado mostrar quiénes son los jóvenes que encontramos en las esquinas integrando grupalidades, dar cuenta de sus trayectorias de vida, conocerlos en sus experiencias en el mundo del trabajo, la escuela, la familia y la vida barrial/urbana, ámbitos que se interpenetran unos a otros, y que se encuentran todos transitando transformaciones. Así, he mostrado cómo los jóvenes se constituyen en su propio barrio, y en sus desplazamientos por la ciudad; en la vida familiar, y también en la vida escolar, y en la vinculación con la esfera del trabajo, tratando de establecer nexos entre las experiencias de los jóvenes en estos campos y las transformaciones del presente, pero entreviendo también huellas de otras temporalidades (Achilli, 2005).

Debo aclarar, sin embargo, que las trayectorias en todos estos ámbitos ofrecen una diversidad que tal vez no aparece descripta en toda su expresión, en especial, aquellos trayectos de vida más azarosos, recorridos por jóvenes a los que he contactado a lo largo de la investigación, y con los cuales he ido perdiendo continuidad, sea por su alta movilidad residencial, por sus permanentes detenciones o incluso por la muerte. Esto provoca que sus biografías estén menos relatadas en el trabajo, lo cual no significa que no sean tomadas y mostradas hasta donde hemos podido llegar, como modo de abrir un panorama más heterogéneo.

La presentación y contextualización que he desarrollado en esta Parte II en relación a las experiencias, interacciones y actividades juveniles en sus ámbitos cotidianos, y su imbricación con una textura de imágenes, valoraciones y construcciones ideológicas, tiene la intencionalidad de entender de forma más integral sus procesos y relaciones grupales, y de poder comprender de un modo más totalizador los sentidos que recorren la práctica del agrupamiento, que serán analizados en la Parte siguiente.

*PARTE III*

*GRUPOS DE PARES BARRIALES:  
MODALIDADES, TRAYECTORIAS  
Y SENTIDOS*

## CAPÍTULO 7

---

### Identificación de grupalidades en el ámbito barrial

#### 1- Retrato de una modalidad de agregación juvenil

Este capítulo intenta analizar las grupalidades juveniles desplegadas entre pares que conviven en un mismo entorno barrial. Llamo a estas formas agregativas juveniles *grupos de pares barriales*. Tal denominación intenta reflejar la seña particular de estos de grupos que radica en el entrelazamiento de jóvenes que se vinculan a partir de su vecindad residencial.

Es pertinente reiterar que he tomado como referencia empírica a dos agrupamientos de jóvenes configurados espontáneamente en un contexto sociourbano de la ciudad de Rosario, que llevan el nombre de *grupo de los fleteros uno*, y *grupo de la esquina del árbol* el otro.

Considero a estos grupos como "barriales" en un doble sentido. Por un lado, es el barrio el ámbito en donde los jóvenes entran en contacto, establecen afinidades y van configurando este tipo de instancias colectivas. Por otro lado, es el barrio el escenario original y principal (aunque no exclusivo) de sus encuentros y actividades compartidas, y es en virtud de su pertenencia y su presencia en dicho espacio que estos grupos desarrollan una identidad colectiva.

Así, es posible ver que el acercamiento inicial entre los jóvenes que se reúnen en una esquina es promovido por la proximidad de sus viviendas. Sin embargo, la trama de afinidades a veces salta las fronteras barriales. De hecho, el *grupo de los fleteros* integra a jóvenes de los barrios Los Álamos y Trinidad, ubicados uno en frente del otro, quienes a su vez construyen su identidad en oposición al otro grupo del Barrio Los Álamos. La adscripción grupal puede ser más fuerte que la adscripción al barrio, como en el caso de Matías:

*No nos queremos nosotros, los del barrio de nosotros /Los Álamos/ contra el barrio de acá /Trinidad/. Sería barrio contra barrio. (...) Yo soy de aquél, pero voto para éstos porque siempre estoy acá. (R32/2006)*

Todo grupo afirma su existencia a través de un marco contrastativo que resalta ciertos atributos para definir las oposiciones. Significativamente, el elemento a través del cual el *grupo de los fleteros* busca elaborar las distancias es el "choreo" *Yo no me junto con los choros, los de acá a la vuelta, que se juntan en esa esquina /del árbol/* (Matías, R10/2004). Esta elaboración de clasificaciones entre los grupos no hay que entenderla como productora de adscripciones rígidas y estáticas. Este tipo de identificaciones y contrastaciones en ningún modo delimitan colectivos juveniles cerrados y homogéneos, y tampoco interesa si tales oposiciones son reales o ficticias, sino que ante todo se inscriben en una búsqueda deliberada por construir diferencias, y son puestas en juego como formas de dirigir hacia otros los atributos negativos que el conjunto de la sociedad vierte sobre ellos.

Existe otra agregación de jóvenes identificada en el espacio barrial, a la que sólo conocí de manera indirecta a través de los relatos relevados. Se trata del círculo conocido como *grupo de los boxeadores*, del que participan jóvenes que se nuclean alrededor de un ex boxeador, que los reúne y les brinda entrenamiento en su vivienda del Barrio Los Álamos.<sup>24</sup> Las referencias realizadas por los miembros de los otros grupos en relación a este último ponen en evidencia varias cuestiones importantes. Unos y otros construyen negativamente al *grupo de los boxeadores* en función de su propensión al despliegue de agresividad.

*Los boxeadores son barretinudos (...) Barretinudo es cuando te dicen: "eh, gil de mierda, eh, guacho". Provocan, te buscan bronca.(...) Se hacen los barretinudos porque saben boxear, entonces se les va la mano* (Juan, R12/2004)

---

<sup>24</sup> Cuando tuve noticia de la existencia en el barrio de un espacio de entrenamiento de box, evoqué de inmediato el interesante trabajo de Wacquant (2005) sobre una sala de boxeo en el gueto negro de Chicago. En especial, encuentro valiosa su visión de que ese salón está orientado a una función social y moral más que a la función técnica de transmitir e inculcar una competencia deportiva. Igualmente pertinente me resulta su idea de que la sala de boxeo viene a ser un equivalente

La calificación de estos jóvenes como "barretinudos", "provocadores", podría estar sugiriendo un intento por imponer ciertos valores que deslegitiman los desafíos verbales, el buscar pleitos, meterse en líos, y la agresividad en las interacciones entre pares, aunque de nuevo, los propios jóvenes que designan de este modo la diferencia, no estén exentos o no puedan apartarse del ejercicio de tales prácticas.

Las identidades diferenciadas también se reafirman a través de la práctica cotidiana del fútbol, que reproduce los límites y la composición de cada red grupal y acentúa las rivalidades.

Otro elemento que caracteriza a este tipo de grupalidades es su anclaje en la espacialidad. Parece ineludible la práctica de la apropiación de distintos puntos de encuentro que se van conformando como señales de identidad. El grupo se cohesionan a través de la "ocupación" de uno o varios espacios, entre los cuales una determinada esquina suele ser el lugar de encuentro preferido.

De acuerdo con lo anterior, las agregaciones en las que se centra esta investigación también admitirían la denominación de *grupos de esquina*, dado que ése es el "lugar" por excelencia al que se liga la identidad de cada grupo. Así, la "esquina" interesa como lugar físico, social y simbólico. Los jóvenes dibujan la oposición entre los dos grupos del barrio a través de la contrastación de dos esquinas emblemáticas que constituyen la parada principal de unos y otros respectivamente. Por ejemplo, Matías presenta una contraposición tajante.

*Nosotros, acá, de la esquina ésta, contra la esquina aquélla, no nos hablamos, no nos queremos nosotros. (R32/2006)*

De este modo, la dimensión de la "esquina" se presenta como referente en la configuración de un "nosotros" grupal, y en la identificación externa del grupo desarrollada por "otros" cercanos (vecinos, otros grupos de pares, instituciones de la zona). En otras palabras, consideramos que la ocupación continuada de determinados espacios, entre los que sobresale el de la esquina, favorece el reconocimiento público de la existencia de un determinado grupo, pero integrado

---

estructural de la "esquina", de la que se apropian quienes no consiguen acceder a otros lugares más "respetables" de sociabilidad regular

a su vez dentro de un circuito de "lugares" que proporcionan un marco de identidad a cada grupo:

*(Nos reunimos) acá, en esta esquina, o si no, allá, en la placita, en la que está allá atrás de todo, ahí nos juntamos (...) hacés esa cuadra derecho y doblás para allá y se ve ahí. Siempre allá nos juntamos, en esa placita, acá no mucho. (...) En frente hay una rotisería, ahí vamos a comprar cerveza... (Juan, R09/2004).*

*Nosotros, nos juntamos en la esquina (...) la esquina del fletero, de uno que tiene un flete, también en la garita del colectivo (...) por ahí vamos al video, así a la vuelta está, ya los encuentro en el video. Si no, paso por la casa: ¿está el Rafa, está el José?, si no, me pasa a buscar un pibe y vamos para allá. (Matías, R10/2004)*

Otra cuestión relevante se vincula con los "tiempos" destinados al encuentro con los amigos, que, en sus inicios, parecieran organizarse en función del ritmo escolar, dado que el grueso de los jóvenes aún estaban insertos en el sistema educativo, generando encuentros a partir del mediodía, pero lo más característico será reunirse hacia el atardecer:

*(Nos reunimos) a veces a la noche, después de las seis, o si no, están todo el día ahí, después de las doce. (...) Yo voy a las seis, a la nocecita (...) hasta las nueve, diez... (Matías, R10/2004)*

Entrevistadora: *¿A qué hora más o menos se empiezan a juntar?*

Juan: *A las siete y media, cuando oscurece, ahí y para adelante. Y después vamos a comer a la casa de cada uno, y después salimos, el que quiere sale y el que no quiere no sale.*

Gabriel: *Hay algunos que no salen porque al otro día tienen que ir a la escuela. A veces algunos se van a dormir, algunos no. Así los fines de semana, sí, nos quedamos hasta retarde.*

E: *¿Hasta qué hora saben estar los fines de semana?*

G: *No hay horario.*

J: *Cuando se empiezan a ir, vio, que se empiezan a ir, uno, dos, quedamos poquitos, se empiezan a ir todos ya. (R12/2004)*

Además de la apropiación de unos espacios y unos tiempos, y del despliegue de lógicas de diferenciación a través de identidades contrastantes, me pregunto qué otros mecanismos se ponen en juego para promover una cohesión

identitaria que tienda a la reproducción del grupo como tal. Hacia el interior de cada grupalidad se generan prácticas orientadas a "inscribir" el compromiso de sus miembros con el colectivo. Por ejemplo, el *grupo de los fleteros* ha apelado a los tatuajes como seña de una identidad colectiva, como modo de sellar la pertenencia al grupo: *Todos los que nos juntamos ahí en la esquina, todos tienen un tatuaje acá /muslo izquierdo/*. El *grupo de la esquina del árbol*, por su parte, ha dejado la marca de su identidad a través de las firmas en la pared.

Quisiera sugerir entonces que los grupos desarrollan prácticas que intentan fortalecer un compromiso con el proceso grupal que se protagoniza. De todos modos, son intentos débiles y difusos, con una gran disparidad de acatamiento, pero interesan en tanto tendencias de afirmación colectiva, en el marco de las cuales, las "transgresiones" son interpretadas como tales.

## **2- Historizando los grupos de pares**

En este apartado apuntaré a la reconstrucción de la historia de los dos grupos contactados para este estudio. Para ello, partiré de la evocación de sus integrantes, y a su vez me basaré en el seguimiento que he realizado a lo largo del trabajo de campo de la dinámica que recorre cada uno de los agrupamientos.

Diversas consideraciones importantes se desprenden de las historias grupales. En primer lugar, los acercamientos iniciales entre los jóvenes tienen lugar al calor del poblamiento del barrio Fonavi, en el curso del año 2000. Sobresalen dos ámbitos que de inmediato congregarán a la mayor parte de los adolescentes recién llegados con sus familias: la escuela (inaugurada al mismo tiempo que el barrio) y una pequeña cancha de fútbol emplazada en un terreno adyacente al establecimiento escolar. Las afinidades fueron promoviendo la formación espontánea de dos núcleos principales de agrupamiento que marcarán su presencia en el escenario barrial por varios años.

En los procesos recorridos por ambos círculos de pares, se torna imprescindible destacar los diversos mecanismos puestos en juego para propender a la reproducción grupal, los que, puede sostenerse, han resultado bastante efectivos, si tomamos en cuenta que ambas grupalidades han perdurado y

mantenido una relativa estabilidad en su composición a lo largo de un cierto tiempo. De hecho, habiéndose configurado en el transcurso del 2000, para el año 2006 aún eran entidades reconocibles, si bien ya estaban en tránsito de disolución en un caso, y de recomposición en el otro. Ya he despejado un elemento relevante que aporta a la reproducción de una identidad compartida entre los integrantes de cada círculo: la elaboración de algunos referentes simbólicos (apropiación de lugares, inscripción de tatuajes, firmas en la pared).

Otra modalidad estará dada en la generación de cierta coerción para asegurar los compromisos de adscripción. La reconstrucción de las trayectorias grupales muestra indicios de que las fronteras de estas agrupaciones nunca han sido rígidas ni infranqueables, detectándose corrimientos, desplazamientos y experiencias de circulación por uno y otro grupo adscriptivo. Aún así, será justamente el reclamo de exclusividad el que me permita entrever un mensaje coercitivo que estará en función del fortalecimiento de las fronteras y de la cohesión grupal:

*Elías se juntaba con el Luis, con esos pibes se juntaba. Y él tenía que estar con nosotros acá, y si nos teníamos que agarrar a piñas con aquéllos, él tenía que pensar para quién se iba a meter, para nosotros o para ellos. (Matías, R33/2006)*

*Pato siempre se juntaba con nosotros ahí en la esquina. Después, cuando se juntó con aquéllos, ya se fue a hacer cagadas (...) Con nosotros no habla. a veces viene a hablar cuando está mi hermano. (Matías, R33/2006)*

*Luis antes se juntaba acá. Después se empezó a juntar con los otros. ahí fue cuando se descarriló, se drogaba, todo. (José, R40/2006)*

El énfasis puesto en el contraste con "ellos", "aquéllos", "los otros" constituye una estrategia de reproducción como colectivo con relativa estabilidad en su composición. Desde luego que se registran todas estas transgresiones y pertenencias múltiples, pero precisamente entrarán a formar parte de una dinámica que permite actualizar los límites de cada grupalidad.

En relación con los mecanismos que sostienen la continuidad de los agrupamientos, también es pertinente atender al papel desempeñado por las rivalidades intergrupales.

*Antes había una bronca porque nos hacían rastreo, nos robaron un par de cosas. Rastreaban el barrio, y ahí empezó la bronca. (José, R40/2006)*

Como muy bien lo ha hecho notar Rocha (2005), las rivalidades y enemistades que se prolongan en el tiempo constituyen un resorte clave para entender la continuidad de las pandillas. En su análisis de las pandillas de la Nicaragua de hoy -a las que considera como reflejo fiel de las bandas londinenses retratadas en "La Naranja Mecánica"- este autor da cuenta de la práctica del "traído", enemistad que se cosecha durante la militancia en las pandillas, y que constituye un dispositivo que las perpetúa más allá de sus otras funciones. "La leña de viejas rivalidades enciende rápido el horno de nuevas peleas" (Rocha, 2005).

Vale la pena apuntar que esta lógica de enemistades y venganzas es un trazo más que se integra en el cuadro general de desdibujamiento de la legalidad que ya he referido en capítulos anteriores. Aunque distantes de ese mundo de venganzas pendientes y luchas a muerte que describe Rocha, las grupalidades que contacté en esta investigación ofrecen indicios de la incorporación de este tipo de resortes que palpitan en las "brincas" periódicamente reactivadas:

*Cuando estamos re en pedo nos acordamos de algo y ya vamos y los buscamos (...) /nos acordamos/ de cuando le pegan a otro, a veces cuando jugamos a la pelota, nos pegan, o vienen y ya nos agarramos. (Matías, R33/2006)*

Indudablemente, estas rivalidades no presentan la misma intensidad que las referidas por Rocha como "eternas", en tanto se han ido desvaneciendo con el paso del tiempo.

*A veces nos juntamos, tomamos una Coca. Ya no hay más... Ahora ya está todo bien, ahora ya pasó la bronca. (José, R40/2006)*

Para continuar desgranando los mecanismos que intervienen en las posibilidades de reproducción de las grupalidades, será preciso atender a algunas circunstancias "externas" a la estructura de diferenciación recíproca que da sostén a la continuidad de estos grupos. Quisiera dirigir la atención en primer término hacia una eventual relación de "negocios" en la economía informal que el *grupo de los fleteros* comenzó a articular con otros grupos vecinos que les proveen objetos robados para poner en circulación. Este tipo de alianzas y eslabonamientos intergrupales alrededor de prácticas micro-delictivas, seguramente incide en las posibilidades de reproducción grupal.

En este sentido estamos en presencia de procesos de reconocimiento externo de la existencia del grupo, en tanto "otros" se relacionan con ellos como un colectivo y los actualizan. En otro orden, estos procesos también pueden entrecruzarse en la reproducción del grupo desde algunas organizaciones políticas que se vinculan con los jóvenes:

*Cuando iba a los cortes, a los campamentos, nos iban a dar para los pibes de acá de la esquina, pelota, red, camisetas. No me dieron nada (...) Era todo para los pibes que siempre nos juntamos acá. (Matías, R33/2006)*

Las trayectorias observadas dejan ver que los grupos recorren una dinámica que contiene la posibilidad de ampliación, fragmentación, reagrupamiento y disolución. Una característica que interesa poner de relieve es la constante fluctuación que experimentan estos agrupamientos en virtud de la alta movilidad de sus integrantes. Dicha movilidad se inscribe en procesos de diversa índole.

a) Una situación que se reiteró numerosas veces a lo largo de la investigación fue la detención de distintos miembros de los grupos, motivando que, por ejemplo, un joven desapareciera de la escena barrial y grupal durante un tiempo, luego reapareciera, para volver a desaparecer, y así sucesivamente.

b) Otras situaciones se vinculan con distanciamientos generados por distintas formas de movilidad territorial -transitorias o permanentes-: migraciones, viajes, mudanzas, retorno al barrio o al lugar de origen, siendo en algunos casos muy notorio un constante cambio de domicilio, la circulación y el tránsito por

diferentes moradas, pero estas inconstancias y movimientos no son incompatibles con la pertenencia a un grupo, al que siempre se puede regresar.

c) Diferente es la situación cuando el distanciamiento responde a enemistades surgidas entre los integrantes de un grupo, que pueden provocar un alejamiento que se pretende definitivo.

En relación con esto último quiero referir un episodio ocurrido a comienzos de 2005, que podría considerarse crítico, en tanto se trata de una situación producida en el grupo que lo pone en tensión provocando una crisis. A partir de una transacción alrededor de una moto robada por jóvenes del *grupo del árbol*, uno de los integrantes -a quien fuera entregado el vehículo para intentar vender- resulta acusado del robo y condenado a arresto domiciliario. El lazo grupal no soportó una situación vivenciada como "traición", que puso a prueba la fraternidad y la confianza mutua. La grupalidad se fractura y desmiembra. El joven "traicionado" y algunos compañeros buscarán insertarse en otras instancias grupales de barrios cercanos y poco a poco se irán dispersando. El episodio constituye el preludio de un proceso que desembocará en la paulatina extinción de este espacio colectivo.

Es así que las historias grupales se han desplegado de un modo inestable que dice relación con la inestabilidad de las trayectorias vitales de sus integrantes. Sin embargo, el cúmulo de intermitencias, movilidades y conflictos internos, no impidió que los grupos perduraran en actividad durante años, siendo a comienzos de 2006 que se advierte una clara percepción por parte de los jóvenes de que las grupalidades están en proceso de disgregación:

*Antes éramos una banda. Nos juntábamos en la esquina y nos quedábamos hasta las tres de la mañana, hasta las dos. Hasta un año atrás. ahora empezaron a laburar todos (...) ahora ya no nos vemos más. Somos menos, quedan el Elías, el Pato, Ezequiel, Mario y mi hermano, y un pibito más, Jorge. Pero antes éramos una banda. (José, en referencia al grupo de los fleteros, R40/2006)*

*Se fueron todos casi. David está juntado. Fernando está re en cana. El hermano, Adrián, ahora el loquito labura, Se rescató, se puso las pilas, tiene familia ya, todo. (Elías, en referencia a algunos ex integrantes del grupo del árbol, R40/2006)*

Todo lo anterior me lleva a postular que los grupos de pares barriales recorren un ciclo, que concluye por la dispersión progresiva provocada por una confluencia de múltiples procesos. Quiero diferenciar dos grandes procesos que intervienen en la paulatina disolución de los grupos de pares. Uno de ellos se relaciona con el alejamiento prolongado de sus miembros del ámbito barrial, por desplazamiento de su residencia, o por detenciones duraderas, proceso que de un modo u otro, acompañó toda la historia grupal. El otro proceso se refiere a un progresivo deslizamiento de los miembros de los grupos de pares hacia formas de vida socialmente legitimadas, a medida que alcanzan la "mayoría de edad". Esto me lleva a formular algunas reflexiones alrededor de las significaciones sociales atribuidas a la "edad juvenil", aspecto que retomaré en las Conclusiones.

Algunos relatos nos permiten captar los significados con que los jóvenes dotan de sentido el tránsito a la adultez y las derivaciones en relación con sus prácticas grupales:

*Desde los 17 años me sentí un poquito adulto ya, veía que mi mente iba cambiando, ya digo "ya estoy grande para jugar con las bolitas" (...) Ya no soy de juntarme mucho, un hola, estar ahí, pero más de eso, de juntarme, estar con ellos, poco. Solamente me junto a veces con los chicos en la cancha. Si no, me voy a la casa del vecino de al lado, que tiene familia, tiene su hija, me voy a tomar mate con ellos (...) Me gusta estar con gente que, no te digo que soy maduro, porque me falta un montón, yo hago la comparación con ustedes, les digo con todo respeto, yo soy un pendejo... (Marcelo, R22/2005)*

Más allá de todas las heterogeneidades que puedan estar contenidas en los procesos grupales, intento despejar una tendencia que estaría marcando que, llegada una determinada edad, los sujetos se orientan hacia un alejamiento progresivo de la escena grupal, y a la búsqueda de apoyo en otras redes de sociabilidad e identidad. En virtud de esta tendencia general, los dos espacios grupales enfocados estarían en la actualidad experimentando transformaciones significativas, uno de ellos se habría difuminado, y el otro, con una notable disminución en la cantidad de integrantes, se encontraría en proceso de recomposición a partir de la inclusión de algunos miembros nuevos más jóvenes, y de la integración de un fragmento del grupo ya disuelto. Un aspecto que merece

atención es que quienes permanecen vinculados a la experiencia grupal más allá de cierta edad, comienzan a mostrar signos de insatisfacción e incomodidad con dicha pertenencia, si bien, las circunstancias objetivas de sus vidas impiden el tránsito hacia otros lugares sociales.

## CAPÍTULO 8

---

### Los sentidos del ámbito grupal

#### 1- El grupo como protección: construyendo "lazos fraternos"

La contextualidad sociohistórica en que tiene lugar la experiencia de la grupalidad otorga características que modelan el devenir y la lógica de comportamiento en estas instancias colectivas. He propuesto como tesis de esta investigación, que los grupos de pares barriales conjugan lógicas y significaciones que se articulan contradictoriamente, a través de prácticas que ofrecen seguridad al joven pero al propio tiempo entrañan peligro para sí y para otros, mediante procesos que proveen identidad y reconocimiento, pero a la vez agudizan una visibilización estigmatizada que distancia al joven del conjunto social.

Para desentrañar la multiplicidad de sentidos que condensa la grupalidad desagregaré cuatro lógicas que se articulan y contraponen: la *fraternidad*, el *bardo*, la *visibilización* y la *politicidad*.

Propongo comenzar a recorrer las significaciones que cobran los grupos examinados, introduciendo algunos planteos de Duschatzky y Corea (2004) en relación con lo que ellas llaman "lazos fraternos" entre pares. Las autoras destacan al grupo como espacio de amparo y resguardo, y como productor y transmisor de valores y reglas para habitar el mundo, que generan más identificación que las que portan instituciones como la escuela, y en especial, la familia. Es evidente que la clave para comprender la significación del grupo como espacio de *fraternidades*, hay que buscarla en las alteraciones que transitan hoy los grupos domésticos. Según las autoras, la familia como marco de referencia, protección e identidad estaría perdiendo relevancia para los jóvenes, y cediendo terreno al grupo. Allí se producen un conjunto de valoraciones y códigos que tienen para el sujeto juvenil un mayor peso normativo y gozan de una mayor adscripción que los que circulan

en el ámbito del hogar. Subrayan que la *fraternidad* remitiría a un tipo de vínculo que se teje entre pares que se eligen, y que posee una capacidad simbólica de protección más fuerte que la que proveen los vínculos familiares. Sin embargo, de acuerdo a lo que he venido mostrando, considero que se trata de un proceso más ambivalente y complejo, en virtud del cual no cabría sostener linealmente que la grupalidad reemplaza a la vida familiar

#### a) Grupalidad y protección

Distintas prácticas dan cuenta de esta dimensión de la grupalidad como protección ante peligros y amenazas del exterior, y como alivio frente a los dilemas y tensiones que embargan a los jóvenes. Pareciera que para el joven se vuelve imperioso integrar un grupo como modo de defenderse de males y peligros en la cotidianeidad, por ejemplo, respecto a las hostilidades que puedan provenir de los miembros de otros grupos rivales. Matías relata que:

*Con esos pibes que se juntan en esa esquina /del árbol/ siempre nos agarramos a piñas. Ahora no, no me dicen nada. Yo paso por ahí y me saludan, todo, porque aquéllos los van a dar vuelta /se refiere a sus amigos/ porque tienen un revólver (...) Una vez le dijo a un pibe de ahí de esa esquina: vos no te hagás el canchero con el Seba, con el Matías y el Miguel porque yo te hago dar vuelta (...) R10/2004*

El papel del grupo en la protección frente a agresiones físicas también se observa en el entrenamiento que provee para que sus integrantes puedan defenderse si deben enfrentarse a pelear solos<sup>25</sup>:

Hernán: *Siempre jodemos así, hay veces que yo le pego a él, y él me pega a mí.*

Gabriel: *A vece me patotean con mi hermano, y cuando yo los agarro con otro pibe, les damos con todo, así, poco a poco, nos hacemos hombres.*

H: *Porque un día que salimos al baile, le quieren pelear a él mano a mano, ¿qué va a hacer?, ¿me voy a meter yo? No, va a tener que pelear él. Porque es un mano a mano, es uno con uno.*

G: *Por eso, entonces lo que hacemos nosotros es romper los huevos y cuando tenemos oportunidad de que yo estoy con el otro lo cagamos a*

---

<sup>25</sup> También puede suponerse que estas prácticas constituyen una preparación para soportar agresiones físicas infringidas por otros, como por ejemplo la policía.

*puñetes, y si éste está con mi hermano y yo estoy solo, me cagan a puñetes a mí, y así. (...) Tenés que aguantarte las palizas porque así el día de mañana cuando vos peleés con alguien, te vas a poner a llorar si no. (R18/2005)*

Estas prácticas, además de proveer una técnica de autodefensa de evidente utilidad, pueden entenderse como parte de estrategias constitutivas de la masculinidad; es decir, están implicando una concepción de qué es ser un hombre. Los golpes en el cuerpo entre pares se enlazan con una identidad masculina configurada alrededor del "aguantar". De este modo, las lesiones, las huellas corporales de interacciones violentas se interpretan como señales de hombría, dicho de otro modo, la adquisición y el despliegue de la masculinidad se inscribe en el cuerpo, y las marcas serán exhibidas como orgullo de "hacerse hombre".

El carácter del grupo como fuente de protección y acompañamiento también se observa en las esporádicas salidas fuera de la geografía del barrio. Como una primera observación, interesa apuntar que las escasas salidas por el mapa urbano usualmente se emprenden en grupo, y esto me abre nuevas preguntas y ensayo posibles respuestas. En principio, podría conjeturarse que esto es así, dado que casi en su totalidad se trata de salidas para diversiones, que se comparten con otros. Pero si se tiene en cuenta que, como vimos, para estos jóvenes trasponer las fronteras del propio ámbito no sólo conlleva un esfuerzo económico, sino que sobre todo implica otro tipo de barreras, como la sensación de inseguridad, o la exposición a distintas situaciones de discriminación, entonces, el hecho de que tales salidas se realicen grupalmente cobra otros sentidos. Estoy sugiriendo que la movilidad espacial en grupo podría estar reforzando un sentimiento de seguridad, resguardo o apoyo para el joven.

#### *b) El grupo y la economía cotidiana de sus miembros*

La investigación ha mostrado que el sentido de fraternidad grupal no sólo se expresa a través de la posibilidad de protección/entrenamiento físico y apoyo emocional, sino que también se despliega a través de prácticas de ayuda mutua, cooperación y complementariedad en situaciones que tienen que ver con la economía cotidiana. Cuando explicité la forma en que entiendo a la grupalidad juvenil, lo hice enfatizando que la misma constituye un campo de intercambios

que se ligan con las posibilidades de subsistencia de sus integrantes. De un modo preponderante, el espacio de la grupalidad provee una posibilidad de sobrevivencia y reproducción a través de la comisión de ciertos "ilegalismos". Tonkonoff (2001) ha analizado diferentes prácticas micro-delictivas que se juegan en el ámbito de grupos de esquina (robo y venta de drogas), como "estrategias juveniles de reproducción".

Del mismo modo que este autor, los grupos que abordé en el estudio no configuran instancias dedicadas al delito en forma exclusiva, pero sí contienen la posibilidad de delinquir de modo intermitente, conjugando este tipo de prácticas con otras tantas tendientes a la satisfacción de necesidades materiales y simbólicas. Hasta donde he podido llegar a determinar en esta investigación, no he registrado actividades en relación con la distribución de drogas; sí en cambio con el robo y la venta de mercadería robada. Por ejemplo, el *grupo de los fleteros*, se ha vinculado durante parte de su historia con otro agrupamiento de un barrio próximo, cuyos integrantes les acercan objetos robados para que ellos se encarguen de vender, reteniendo para sí un porcentaje:

*Cuando nos juntamos acá en la esquina, a veces vienen pibes de otros lados, de Santa María, del tanque, de todos lados, todos se juntan acá. (...) Los de Santa María a veces vienen a vender zapatillas, motos, ropa, todo eso que chorean en otro lado y nosotros les vendemos todas las cosas que traen ellos.(...) Les vendemos a todos, del barrio mío, a los que tienen plata, a veces vendemos compact de películas, acá la mayoría tiene DVD (...)* (Matías, R32/2006)

La cita anterior pone en evidencia un elemento importante: las modalidades de reproducción a través de pequeños delitos, no se dan en el vacío, sino que necesariamente se enlazan con las estrategias de reproducción de otros grupos sociales. Coincidiendo con Tonkonoff (2001), estas estrategias juveniles se integran con "el conjunto de las estrategias de reproducción presentes en su entorno inmediato: las familiares y las vecinales, tanto como con las llevadas adelante por las distintas agencias del Estado (en especial, la policía)" (p.74).

Los intercambios, reciprocidades y complementariedades que se dan en la grupalidad alrededor de micro-delitos, no sólo se expresan en la realización de

actividades conjuntas, sino que también involucran la circulación de recursos (barretas para abrir puertas, por ejemplo), y la co-construcción de "saberes".

De todos modos, el carácter de la grupalidad en cuanto ámbito que se liga con la subsistencia cotidiana de los jóvenes no se agota en la posibilidad que contiene de acercamiento al delito, sino que también se enlaza de múltiples formas con la esfera laboral. Ante todo, el grupo puede representar una red de conexiones que abre puertas a diferentes inserciones ocupacionales legales. Matías cuenta cómo consiguió una changa para armar un stand en la Feria de las Colectividades:

*Me avisó el pibe que empezó a trabajar primero, Fabián, a él le pidieron más chicos y nos avisó. (R32/2006)*

Y él también, algunas veces, convocó a otros compañeros:

*Yo una vez fui a ver un trabajo. Fui con Tato y con Rafa, pero necesitaban cuatro.-"Bueno, le digo, mañana te traigo uno más". - "Bueno, bueno, empezamos el lunes". Y el lunes lo vine a buscar a él /José/ y empezamos los cuatro ahí (R32/2006)*

La grupalidad también reviste importancia en las situaciones de búsqueda de empleo, en las que se opta por no exponerse individualmente como forma de eludir o amortiguar el sufrimiento ante un eventual rechazo. Cierta vez me comentaba un dirigente juvenil del Barrio Toba: *"Con el tema del trabajo, no muchos van a pedir trabajo solos, por ahí van en grupo, es por ahí que no reciben una discriminación tan grande."* (Nelson, R04/2000).

Detrás de la práctica del acompañamiento, en especial cuando se sale a buscar trabajo, también habitan otras inseguridades, como las que provienen de desconocer códigos y modos "apropiados" de comportarse en tales situaciones.<sup>26</sup>

---

<sup>26</sup> Por ejemplo, muchos acostumbran salir en bicicleta a recorrer obras en construcción para ofrecerse como ayudantes de albañil, y no he registrado que esto se realice en grupo, probablemente porque el ámbito de la construcción resulta relativamente más conocido y familiar. Sí, en cambio, se recurre a la compañía de otros pares para desplazarse a solicitar un puesto en otros espacios revestidos de cierta ajenez, como por ejemplo supermercados o pequeñas empresas.

Además, buscar juntos una ocupación laboral significa la posibilidad de ingresar juntos, y así acompañarse en el esfuerzo cotidiano que significa asumir y sostener la responsabilidad de un trabajo, como Matías y José, que cuentan:

*A veces vamos los dos para conseguir los dos, si no, solo no da, tenés que ir a la mañana temprano..., hinchamos los huevos, por ahí, hasta que llegamos al trabajo, y después nos quedamos trabajando...*  
(R32/2006)

Y también, de nuevo, defenderse de peligros:

*Y después a la tarde, cuando vos salís, no sabés si llegás vivo vos acá solo, no sabés si te pasa algo, te roban la bicicleta (...)* (R32/2006)

Por su parte, también hay que mencionar que otra forma en que el grupo provee el acceso a recursos está dada en el préstamo de dinero entre sus miembros, práctica que parece estar bastante difundida. Todas estas modalidades que, de un modo más o menos directo, se entrelazan con la economía cotidiana de los jóvenes, tienen sentido en un contexto en el cual éstos se ven empujados a obtener ingresos por sus propios medios, sea porque se encuentran viviendo en forma independiente de sus familias, sea porque éstas no sólo no pueden destinar recursos para sus gastos personales, sino que demandan su aporte a la economía en común.

De todos modos, la configuración del espacio grupal como una posible fuente de ingresos no me lleva a postular una actitud utilitarista del joven hacia el grupo que frecuenta, para satisfacer necesidades unidas a su seguridad material, como por ejemplo han propuesto algunos estudios sobre niños en la calle, en los que la posibilidad de obtener ventajas materiales y de protección física pone en segundo lugar la necesidad identificatoria (Lucchini, 1999). De acuerdo con la orientación que le doy a la temática, el resguardo material y la seguridad física y emocional que ofrece la grupalidad, forman parte de procesos de co-construcción conjunta de una experiencia plena de significaciones relevantes para insertarse en una determinada contextualidad sociohistórica, en donde unos sentidos no desbordan a otros, como los que examinaré a continuación, sino que interactúan complementaria y contradictoriamente.

En síntesis, los intercambios sociales en el marco de la grupalidad se ligan con la reproducción biológica y social de los jóvenes a través de lazos fraternos que aseguran resguardo físico y emocional, acompañamiento y ayuda mutua, así como acceso a recursos, conocimientos y saberes, que lo convierten en un campo de relaciones sociales que tienen que ver con la posibilidad para el joven de inserción en el mundo social de este tiempo.

## **2- El *bardo*: la lógica del juego y la diversión**

Para continuar transitando por las significaciones que cobran los grupos de pares, otra pista comienza a vislumbrarse si se dirige la mirada hacia las acciones que se comparten a diario. Matías, desgrana las principales actividades que realizan en sus encuentros:

*Nos enganchamos a jugar a la pelota, si no, empezamos a prender fuego, cuando hace frío, si no, le atamos las ruedas de atrás de los colectivos, les ponemos palos, leña, todo, y lo atamos así que lo lleve, jodemos, a veces vamos abajo del puente a cazar pajaritos, cuando estamos aburridos vamos (...) Si no, cuando tenemos plata nos vamos a los videos, o por Seguí a jugar a la computadora(...)* (Matías, R10/2004)

En una primera mirada, lo anterior estaría mostrando que el grupo de pares provee un espacio generador de distinto tipo de diversiones, placeres y aventuras que adquieren un sentido relevante como formas de escapar al "aburrimiento" y la falta de actividad en que sus miembros se sienten sumergidos.

Para tratar esta dimensión de la sociabilidad entre pares me interesa la noción de *bardo*, categoría emic que retoma Kessler (2002), que nos acerca a otro sentido de este tipo de grupalidades, que permite entenderlas como espacios de generación de juego y diversión. El sentido lúdico se expresa en un conjunto de actividades compartidas que incluyen distinto tipo de "transgresiones". Tal como lo define Kessler, el *bardo* remite a prácticas de ruptura del orden público a nivel microsociedad, como la trasgresión de reglas básicas de convivencia. Entre estas prácticas pueden incluirse distintas formas de delitos menores.

"¿Qué entendemos por bardo? Es una disrupción de las reglas de convivencia comunitaria, tanto de tipo delictivo como no delictivo. Es una serie de actividades grupales que va mucho más allá de las acciones en conflicto con la ley. Por ejemplo, poner música fuerte a la hora de la siesta, sentarse en una esquina y molestar ("bardear") a los vecinos que pasan, son formas de bardo; robar en grupo es otra." (Kessler, 2002: 152)

Este autor señala un conjunto de cuestiones que también he podido identificar en el marco de mi investigación. En primer lugar, propone que cuando el grupo protagoniza algunas acciones delictivas, éstas suelen tener para los jóvenes un claro sentido de diversión. En efecto, en ocasiones el grupo decide incurrir en algún robo de poca monta, como forma de proveerse medios para comprar cerveza, cigarrillos, droga o comida, que se comparten entre todos, o para acudir a espacios de diversión, como bailes, cybers o locales de videojuegos. Una práctica recurrente, por el fácil y rápido acceso, es la de desenganchar las puertas traseras de los camiones que transitan por una importante avenida a pocos pasos de "su" esquina, para provocar la caída del cereal, que luego venden en algunas chacras cercanas. En otros casos, la práctica misma constituye un pasatiempo con un intenso sentido lúdico.

De este modo, se evidencia que el grupo otorga la posibilidad de divertimento, a través de acciones que son vistas en sí mismas como lúdicas o excitantes. También coincidiendo con las conclusiones de Kessler, se destaca el escaso nivel de planificación de esas actividades decididas y realizadas en grupo, que pueden incluir delitos como el robo, pero éstos no son pensados como estrategia para conseguir recursos, sino que se presentan de forma espontánea en la dinámica grupal, y lo obtenido se utiliza colectivamente, como se señaló, para la diversión de los miembros del grupo. Por supuesto que también entra en juego la lógica de la necesidad en algunas acciones delictivas emprendidas por el grupo, pero no se puede descuidar este otro sentido lúdico que destaca Kessler (2002), y que se asoma como modo de eludir el "aburrimiento". En este sentido, el "bardero" se diferencia de otro tipo de prácticas delictivas más profesionalizadas y de quienes asumen el robo como un modo de vida. Para estos jóvenes, las actividades "ilegales" se presentan a modo de continuidad con las restantes, y he podido observar que muchas de ellas ni siquiera aparecen representadas como

tales por sus protagonistas. Así, podemos asomarnos a las diferentes prácticas de grupo, e incluso a aquellas consideradas "ilegales", desde la apuesta a la diversión, lo que no implica desconocer la lógica de la necesidad.

La mayoría de estas actividades se despliegan en el mapa barrial, pero los jóvenes también salen en busca de juego y aventura fuera de su geografía. El barrio no contiene la posibilidad de diversión, y parece que tal potencial hay que buscarlo en otra parte. Y de nuevo es posible apreciar cómo, en ocasiones, el robo se roza con el entretenimiento.

En el marco de una salida grupal para diversión puede surgir ocasional y espontáneamente la comisión de algún robo, del mismo modo que ocurre en relación con las acciones del grupo dentro del barrio. Una vez más quiero resaltar que el nivel de planificación de estas actividades es muy bajo, en general no están previstas con anticipación, y los procedimientos para llevarlas a cabo se improvisan sobre la marcha, y luego tienden a reiterarse, usualmente hasta que en alguna oportunidad los protagonistas son "descubiertos" por policías o personal de seguridad, y deben huir o resultan detenidos:

*Matías: ...entrábamos a la cancha de Ñuls y hacíamos lío, una vez un pibe sabía adónde estaban los... donde se bañan los jugadores y guardan las cosas, y rompimos y sacamos pelotas y camisetas. Y después nos íbamos y había una pileta, cuando hacía calor, en la cancha de Ñuls había una pileta y nos metíamos ahí, a bañarnos.*

*Entrevistadora: ¿Y no había nadie?*

*M: No. Cuando practicaba Ñuls entrábamos nosotros ahí, estaba toda la gente mirando cómo practicaban.*

*E: ¿Y las pelotas acá cómo se las traían?*

*M: Las tirábamos, salíamos afuera del parque y las pateábamos así, y otros estaban esperando afuera, y las pateábamos y otros las agarraban, y después nos enganchábamos a jugar a la pelota así en el parque, y pensaban que estábamos jugando a la pelota. Y la camiseta la poníamos abajo de un pulóver.*

*E: ¿Cómo organizaban todo eso?*

*M: Éramos cuatro, entraban dos, y dos afuera.*

*E: ¿Pero eso ya lo planificaban desde acá?*

*M: No, íbamos jodiendo así al parque, y el otro pibe y yo decíamos: ¿vamos a entrar a la cancha de Ñuls, y jodemos un rato ahí adentro? (...)* (R10/2004)

Nuevamente a través de un relato de Matías se refleja que ciertas acciones de robo en grupo, si bien orientadas de algún modo a la consecución de recursos, se rozan y entrelazan al propio tiempo con la diversión y el juego, en los que descansa el núcleo del *bardo*:

Matías: (En el mercado de productores) *...una vez subimos a un camión, y el camión se iba fuerte y no me podía largar, me largué y me raspé todo.*

Entrevistadora 1: *¿Y para qué subiste?*

M: *Estábamos ahí, yo les sacaba los cajones de manzanas, todo eso, los tiraba para abajo y otro pibe agarraba y los llevaba corriendo.*

E1: *¿El camión estaba en marcha?*

M: *En marcha se iba.*

E2: *¿Ustedes se querían llevar esas cosas para la casa?*

M: *Lo vendíamos, vendíamos la verdura, la sacábamos y la vendíamos así en la verdulería.*

E1: *¿Y no se les rompían los cajones cuando los tiraban?*

M: *Iba corriendo el otro y los agarraba, había una pared y los tirábamos arriba, y el otro estaba del otro lado. Después agarrábamos y los juntábamos todos. Una vez nos agarraron los que cuidan ahí, a mí y a otro (...) A veces subíamos así arriba, le tirábamos a la gente que pasaba, le tirábamos la verdura, todo fea, la tirábamos para abajo. Una vez sube un hombre así grande y nos sacó a correr a todos (...) Así, cuando estábamos rompiendo los huevos. Después íbamos al parque a cazar palomas (...) (R10/2004)*

Por su parte, muchas veces los jóvenes refieren la comisión de algunos delitos como una consecuencia no deseada ni prevista del consumo de drogas. En este punto, es relevante observar que, más allá de compartir una práctica y una identidad alrededor del consumo de drogas, el grupo desempeña un papel en la circulación de "saberes" y significaciones sobre distintas clases de drogas y los efectos que causarían, diferenciándose algunas que son para "*aliviar los problemas que tenés*", otras que "*te comen el cerebro*", mientras otras "*te hacen ver cosas*", y otras, en especial ciertas pastillas, son percibidas como drogas "*para bardear, para salir a robar*"

*Con las pastillas te pega ir a robar. Quedás reloco, las pastillas te pierden. dicen: "vamos a darle a aquél, que vamos a sacarle la bici a aquél, o vamos a robar un kiosco". Si no querés ir no vas, no te van a obligar, van otros (...) El Adrián está preso por tomar pastillas.*

*Estábamos en la garita, así, y uno me da una pastilla a mí, y le digo "no la quiero yo", y se la da al otro, y le dice: "que no te pegue de bardear", y se la tomó, y al otro día lo fue a buscar el comando a la casa por robo de automotor y cayó y hasta ahora no salió (...) Te pierde la pastilla. Nadie quería que pegue de ir a robar un auto, te perdés, no sabés qué hacés. (Elías, R24/2005)*

El espacio grupal también representa la posibilidad de acceder a placeres y de "beneficiarse" de las actividades delictivas de otros, que se vierten en diversiones compartidas intragrupalmente:

*Hay algunos que robaban y ganaban 5 mil pesos, 10 mil pesos, y todo drogas. Se sentaban, así, y "tomá, tomá, tomá...", te dan vino... (Elías, R24/2006).*

De acuerdo a las diferentes prácticas que he referido, se pone de manifiesto que la grupalidad deviene un espacio de co-construcción, apropiación y familiarización con códigos y saberes en torno al delito y la droga, aunque la participación en ellos pueda ser variable.

Es preciso subrayar que a lo largo de los relatos juveniles reaparece permanentemente el aburrimiento como sensación constante, que es ineludible poner en relación con los distintos sentidos de la experiencia grupal, en particular, con la configuración de prácticas como las que he descrito, que parecen orientadas a escapar de una existencia tediosa. El aburrimiento es casi siempre percibido y presentado como un atributo negativo de la vida barrial:

*Hernán: Acá en el barrio, todos los sábados está todo aburrido. Todos los días está aburrido, nadie pone un equipo al palo (...) El cementerio capaz que es más contento que acá (...) Cuando vivía atrás de 27 de febrero, todo joda, todos los días joda, joda.  
Gabriel: Igual que allá en Parque Sur, Parque Sur es todo joda nomás. (R18/2004)*

Vale la pena detenerse en una reflexión en torno a ese estado de "aburrimiento" a que aluden reiteradamente los jóvenes en sus narraciones, y que, como se vio, parece estar en la base de sus diversas actividades colectivas -legales o ilegales. En principio podría conjeturarse que ese "aburrimiento" que

manifiestan, se insinúa como expresión de angustias provocadas por una cierta sensación de vacío, de inutilidad de la vida, que, creo, recorre todo el entramado de la sociedad contemporánea. Algunos advierten hoy una forma de estar en el mundo caracterizada por el desánimo que provoca el vivir sin perspectivas. ¿Qué dimensión cobrará ese desánimo entre los jóvenes más desafiados y segregados en esta sociedad? Considero que las distintas prácticas de diversión en grupo constituyen para estos jóvenes una posibilidad de hacer algo juntos con esa "angustia insoportable" que probablemente está en el fondo de eso que ellos llaman "aburrimiento".

Es pertinente reiterar que los jóvenes en que se centra esta investigación no conforman grupos dedicados al robo y la violencia, sino que éstos pueden eventualmente figurar en el repertorio de sus actividades colectivas como formas de interrumpir -transitoriamente- ese aburrimiento en que parece sumirse su vida. Asimismo, quiero destacar el panorama heterogéneo que se presenta a este respecto. En el trabajo también he dado cuenta de búsquedas, de apertura de horizontes, de jóvenes que sueñan, aún en las condiciones más desfavorables, lo cual matiza la idea de una juventud aburrida y sin sentido. Sin embargo, no puedo dejar de reparar en el hecho de que la lejanía de esos horizontes y la acumulación de frustraciones, el sentirse "privados de realizar formas múltiples de vida" (Duschatzky y Corea, 2004) acentúan una sensación de tedio y desgano que parece marcar el ritmo de la existencia cotidiana, destacándose como un aspecto contextual que confiere particularidades a los vínculos grupales, y a las representaciones y prácticas compartidas.

### **3- Jóvenes en busca de *visibilidad*: el grupo en el desarrollo de una "visibilización aterrizante"**

El grupo de pares también puede desempeñar un papel relevante como modo de obtener "visibilización" ante la sociedad por parte de jóvenes que se sienten privados de reconocimiento positivo.

En capítulos anteriores se ha dado cuenta de una situación de desencuentro, de ausencia de diálogo, de dificultad para visibilizar y escuchar a

los jóvenes, tanto desde las concepciones que impregnan los imaginarios sociales, como desde las que subyacen en las políticas de juventud. Se ha llegado a configurar una imagen de la juventud como un "otro" con comportamientos, estilos y códigos radicalmente ajenos y extraños, como una porción separada de la sociedad.

Sin lugar a dudas, los imaginarios sociales se inscriben en los contextos sociohistóricos en que se generan. Las representaciones predominantemente negativas y devaluadas de la vida juvenil de hoy reflejan el distanciamiento que las actuales condiciones sociales y políticas van ahondando entre la sociedad y las nuevas generaciones. Las transformaciones estructurales de los últimos tiempos, y en especial la drástica disminución de puestos de trabajo, están indicando a los jóvenes que en este mundo hay poco lugar para ellos y habrá menos en el futuro (García Canclini, 2004). La percepción de la población juvenil como un actor social peligroso se consolida justamente en momentos en que se hace cada vez más patente su débil y dificultosa incorporación en la vida social, económica y política.

Carlos Perea (2004) realiza un valioso aporte a la cuestión, mostrando, a través de un fino análisis de estadísticas en México, que el estigma que hace del joven el emblema de la inseguridad urbana no se sostiene:

"Es indispensable dejar el punto claro: los jóvenes no son los furibundos ejecutores del asesinato y la pelea, como lo hace creer el mordaz estigma que les ha colgado la era de la inseguridad." (Perea, 2004: 152)

En todo caso, los resultados de sus exploraciones reflejan que jóvenes y adultos comparten el ejercicio de la violencia, que ni en el homicidio ni en las lesiones personales se registra una participación por encima de la de los adultos.

"En mayor proporción que los jóvenes, los adultos son matados, lesionan y son golpeados, consumen y distribuyen drogas, mientras no dejan de robar aunque lo hagan con menos ímpetu." (p.161)

De modo coincidente, Cortés (2005) en Chile también ha encontrado que "la percepción pública sobre la criminalidad adolescente muestra serias

discrepancias con la realidad estadística", al tiempo que pone de manifiesto que afirmar que "lo que ha aumentado no es la criminalidad juvenil sino la paranoia de los medios de comunicación y la sociedad al respecto" es nadar contra la corriente.

Independientemente de que se pueda aseverar si existe o no una expansión objetiva de las prácticas de violencia y delincuencia de los jóvenes en los distintos países del continente, me interesa la sugerencia contenida en las reflexiones de Perea en relación a que habría algo en las "formas" de actividad colectiva de los jóvenes que alimentaría las argumentaciones que les cargan la responsabilidad de la inseguridad urbana. De acuerdo con el autor, si las cifras estadísticas desmienten la supuesta actitud delincual y violenta de los jóvenes:

"el estigma se crea, no en relación a la magnitud de la participación de los jóvenes, sino en conexión con la forma como lo hacen." (p.162)

Es decir que las "formas" de actuación de los jóvenes, constituirían el suelo donde recoge su alimento la imagen que los presenta como "catalizadores de la inseguridad", lo cual nos acerca a uno de los núcleos argumentativos centrales de esta investigación. Como dejara planteado al inicio, entiendo que el despliegue de ciertos comportamientos grupalmente compartidos endurece el prejuicio y la estigmatización, uniendo circularmente ciertos movimientos de la grupalidad, con ciertos movimientos de la conciencia colectiva.

Si bien el comportamiento de los jóvenes que aquí he tomado como referente está lejos de representar una honda fractura respecto de cierto orden colectivo -al modo de la que Perea encuentra, por ejemplo, en las prácticas del "pandillero" y el "sicario", a quienes toma como figuras paradigmáticas- es pertinente reconocer una orientación común que atraviesa los actuales modos de actuar y "estar juntos" de los jóvenes. Esa orientación compartida se expresa en una acentuada tendencia a buscar visibilidad.

La dificultad social para reconocer positivamente a los jóvenes, ha llevado a Krauskopf (2000) a plantear que si no se cultiva una visibilización positiva, los jóvenes pueden desarrollar una visibilización aterrizante. Retomo a la autora en la idea de que los adolescentes que se sienten privados de reconocimiento

positivo, al no ser escuchados, al sentirse desvalorizados (también por sus pares), construyen el poder y la identidad al ver el rostro del temor en los demás. Al no obtener visibilidad por formar parte de un proyecto colectivo compartido, los jóvenes intentarán hacerse visibles desde ese lugar de segregación y exclusión al que se los ha mandado. Krauskopf llama *visibilización aterradorante* al mecanismo de autoafirmación, de negación de la devaluación de que se es objeto, sosteniendo que

"...ante la carencia de visibilidad por la inclusión, se detona la visibilidad juvenil desde la exclusión social. Esta visibilidad incluye las interacciones violentas, las apariencias desafiantes, la defensa de la territorialidad del cuerpo (por ejemplo, los tatuajes) y de los espacios que se apropian."

Podemos ensanchar estas consideraciones y advertir que el grupo de pares constituye una instancia relevante en el desarrollo de una "visibilización aterradorante". Distintas acciones realizadas en el marco de la grupalidad, acompañadas por actitudes de intimidación o amedrentamiento, tienen el sentido de buscar visibilidad y atención a partir de provocar en los demás el miedo y el espanto, y por este camino, se contribuye a solidificar aquel imaginario colectivo que los demoniza.

Sin embargo, esta lógica grupal que se encamina a la búsqueda de reconocimiento social a través de *comportamientos atemorizantes*, también puede desencadenar otros comportamientos grupales, que parecen perseguir tal reconocimiento y visibilización a través de prácticas orientadas al campo político, como las que intentaré analizar a continuación.

#### **4- La grupalidad como espacio de *politicidades***

La participación en diversas modalidades de movilización política constituye una experiencia juvenil que se inscribe en la dinámica de los grupos de pares, y ofrece interés para el análisis en tanto abre pistas para explorar la carga de *politicidad* que puedan contener estos espacios. Intentaré complejizar la comprensión de los sentidos que recorren a las grupalidades, desentrañando la posible confluencia de un núcleo de significaciones, que podríamos denominar

"políticas" en un sentido amplio. Hablar de *politicidad* implica acercarse a los procesos de ubicación de los jóvenes y sus grupos de pares en un lugar o de un modo determinado en relación al campo político, procesos que no son fijos y que están atravesados por la historicidad.

Propongo abordar un núcleo de actividad participativa juvenil en particular, que se expresa en la concurrencia a movilizaciones, cortes de calles y otras formas de protesta a través de la vinculación a organizaciones y colectivos políticos presentes en la zona de estudio.

Se advierte en el barrio seleccionado un vacío organizacional y una ausencia de instituciones que favorezcan la participación, y en especial, la de los jóvenes. Reconstruyendo la historia barrial, emerge una etapa inicial dotada de cierto nivel de actividad de los vecinos alrededor de demandas que apuntaban a mejoras en el barrio en cuanto a servicios e infraestructura, impulsadas y coordinadas por una representante, que gozaba de un alto reconocimiento. Su cambio de residencia hacia otro barrio, aún hoy es sentido como una pérdida por el conjunto de los vecinos, ya que "*nadie más se quiso hacer cargo*". Diversas movilizaciones para gestionar programas de asistencia social, como la copa de leche, también parecen haber estado coordinadas por esta representante, y los jóvenes del barrio fueron a su tiempo convocados, acompañando estas diversas acciones políticas. Por el momento, y luego de que esta líder se desplazara de la escena barrial, el vecino Barrio Toba -que cuenta con una prolongada tradición de lucha y organización comunitaria- aparece "monopolizando" la actividad política y social en la zona. En especial, están presentes allí agrupaciones que tienen vínculos con diversas corrientes piqueteras cuyos referentes ejercen la convocatoria a los residentes de los barrios aledaños más recientes. Así, entre los años 2003 y 2005 he registrado diversas experiencias de participación de los jóvenes en movilizaciones orientadas a la obtención de Planes juveniles y becas estudiantiles.

Procuraré entonces recuperar diversas prácticas de los jóvenes en tales instancias y penetrar la textura de sentidos que se entretejen alrededor de las mismas. A tal fin, presentaré varios fragmentos de entrevista en los que los jóvenes refieren a distintas experiencias participativas que se destacan como parte

integrante del repertorio de las actividades compartidas por el grupo de pares. En un primer análisis, se observa que estas prácticas adquieren sentido como modos de interrumpir -transitoriamente- aquella sensación de aburrimiento a que me referí páginas atrás. Es recurrente en los relatos de los jóvenes la carga de diversión colectiva que se proyecta sobre estas acciones, así como la alusión a la posibilidad que ofrecen de provocar un corte en la monótona sucesión de una existencia "aburrida":

Elías: (...) *Yo iba a movilizaciones por la copa de leche, todo eso.*

Entrevistadora: *¿Y cómo empezaste a ir a las movilizaciones?*

E: *Con una señora de acá a la vuelta que tenía un comedor (...) Ella nos decía ¿quieren ir? Y íbamos nosotros, pa' todos lados íbamos, sí el barrio éste es más aburrido (...) Todos los días es aburrido, es una tumba el barrio éste. (R10/2004)*

Entrevistadora: *Así que estuviste en la carpa, ahí en la Plaza San Martín...*

Matías: *Sí.*

E: *¿Y cómo te contactaste?*

M: *Por un pibe que ahora está en el Chaco. Estábamos yo y otro pibe, el fletero, el de acá, estábamos todos, y viene una vez y nos dice: ¿quieren anotarse para trabajar? Bueno, vamos. Estábamos aburridos, fuimos todos. (...) Y me fui con ellos, para joder un rato en el centro, estaba el campamento ahí en la plaza San Martín.*

E: *¿Vos te quedaste alguna vez a pasar la noche?*

M: *Sí, me iba un lunes y terminaba un viernes o sábado. Y me iba todas las noches a jugar en el centro, a jugar en los videojuegos. Después me volvía ahí de vuelta a dormir (...) (R10/2004)*

*A las movilizaciones una sola vez nomás creo que fui. No sé para qué era, era para una beca para los adolescentes (...) Fui una sola vez nomás, una o dos veces, después no fui más. Yo dormía con Sebastián. Yo tengo una carpa chiquita para dos nomás. Yo la llevaba para mí y para él. O a veces íbamos a la noche y nos quedábamos hasta el otro día despiertos y después veníamos acá y dormíamos, y después íbamos a la noche allá, y nos quedábamos toda la noche despiertos. Nos quedábamos conversando, tomábamos mate, conocíamos a otros pibes (...) (Rulo, R38/2006)*

*Fui un par de veces /a movilizaciones/. Allá en Sarmiento y Mendoza. Después allá en el centro también fui a un par, enfrente de la Municipalidad (...) Yo voy para joder. No sé para qué son. Ni idea, la verdad Voy porque voy con amigos, si no, no voy (...) En la que fuimos ahí en Mendoza y Sarmiento fuimos con los bombos y todo y*

*nos pusimos a tocar allá. Ahí se armó quilombo con la policía y los bomberos porque la policía tiraba balas de goma y los bomberos tiraban agua. Y el agua esa, nos poníamos la remera en la cara para que no te deje roja la cara, y te dejaba rojo el pecho, la espalda (...)*  
(Hernán, R22/2005)

En una primera aproximación, sobresale el hecho de que estas prácticas participativas están desbordadas por una significación lúdica, en relación con la diversión, la sociabilidad e incluso la aventura, y, de acuerdo con los relatos, parece desechada cualquier tipo de intencionalidad política. Al mismo tiempo, hay que mencionar que estas instancias también contienen una significación más instrumental como estrategias de supervivencia, en tanto muchas veces la asistencia a una movilización se "paga" con un bolsón de mercadería, e incluso se alienta la posibilidad de acceder a recursos para la actividad grupal, como pelotas y camisetas de fútbol. Sin embargo, quisiera argumentar que estas prácticas participativas de los jóvenes configuran una modalidad de comportamiento colectivo que, al tiempo que se sostiene en la lógica del *bardo* y la *fraternidad*, y también de la subsistencia, no está exenta de la búsqueda de *reconocimiento* público y de cierto contenido reivindicativo.

Quiero sugerir que está implicado un proceso de reconocimiento en un doble sentido, en función de los múltiples sentidos que es posible atribuir al término "público". Apoyándome en Grassi (1999) consideraré dos sentidos principales en que puede entenderse "lo público". Uno se refiere a lo público estatal. El otro, al colectivo exterior que mira y juzga. Así, de acuerdo con este último sentido, las prácticas analizadas contienen la posibilidad de acceder a visibilidad pública, presentándose como imagen para los otros (para la sociedad local) a través de la pertenencia a un movimiento amplio junto a organizaciones que han adquirido trascendencia en la vida social. Simultáneamente, se insinúa una aspiración de reconocimiento por parte del Estado, a través de las reivindicaciones que se plantean, las que si bien parecen desdibujadas ("*no sé para qué era*", "*ni idea, la verdad*"), no habría que perder de vista que la mayoría de las veces el desencanto y el desgaste en la participación se ligan con la no satisfacción de las expectativas generadas

*De todas las marchas que fui, no se sabe nada, ninguno. De la CCC, la otra no sé cómo se llama, ésa de Menem, no, el barbudo éste, Castel. De todo piden. Yo lo único que iba a romper los huevos. A donde hay quilombo voy yo (...) Yo iba cuando yo tenía ganas. Venían a mi casa y "che Matías, mañana hay corte". "Bueno, vamos" Y ahora no voy más. Ahora, cuando me digan "vamos a un corte, "no". (...) Mi vieja no quiere que vaya más porque no me dan nada. Yo estaba anotado y no me salió nada. No falté a ninguna y no me salió nada. (...) (Matías, R33/2006)*

Varias cuestiones importantes pueden extraerse de este último relato. En primer lugar, resalta, como he venido mostrando, la multiplicidad de significaciones que los jóvenes proyectan en estas modalidades participativas: la posibilidad de "quilombo", contrasta con el "no me dieron nada", pero indudablemente, al igual que en las citas anteriores, subyace una lucha por ser reconocidos, por ser vistos y oídos. Asimismo, se deja entrever que los padres son portadores de una valoración pesimista y desilusionada de la acción participativa política:

*Yo no me meto en nada. Me mato antes de participar en un piquete, me parece que no sirven para nada. Gabriel en una época iba, porque le prometían cosas /se refiere a la posibilidad de obtener una beca o un plan/, y se las cree, él es así, un chico... (mamá de Gabriel, R32/2006)*

En otros casos, por el contrario, los padres acompañaron a sus hijos en estas "búsquedas", incluso aparece con mucha frecuencia la práctica de que los padres sustituyan o releven a sus hijos cuando éstos no pueden concurrir a una movilización, a partir de las reglas de juego instituidas, que exigen a los participantes firmar asistencia. Sin embargo, esos mismos padres desalientan la prosecución por este camino cuando perciben que son objeto de manipulación y engaño. En este sentido, la frustración, tanto de padres como de hijos, no se expresa tanto en relación a un Estado que los "abandona" y los "invisibiliza" como sujetos portadores de reivindicaciones, sino más bien hacia los mediadores, los referentes cercanos que se van revistiendo de un hondo descrédito.

En suma, creo que es importante reconocer en estos ámbitos de participación política, un espacio en el que las grupalidades de base barrial recrean

y amplifican su lógica orientada a la *visibilización* social, que, como se vio, puede manifestarse a través de comportamientos *atemorizantes*, pero también puede desembocar en la vinculación a organizaciones con cierta trascendencia en la vida política nacional. Habría que decir, sin embargo, que en una dirección contraria a la esperada, estas modalidades de acción política sirven al poder como medio para reproducir la imagen del joven pobre como un "otro" "vago" y "peligroso", y para reforzar en el sentido común el estigma que culpa a estos jóvenes de provocar las situaciones que padecen.

De este modo, he intentado argumentar que las formas de grupalidad juvenil analizadas en esta investigación también contienen un núcleo de *sentido político*, en tanto el grupo ha acompañado procesos reivindicativos. Algunas modalidades en que se despliega la grupalidad adquieren una carga de politicidad, en un sentido amplio, que se liga con la búsqueda, a través de la red grupal, de visibilización, reconocimiento y pertenencia, y con cierta apropiación conjunta de las lógicas de la disputa política.

## CONCLUSIONES

---

Esta investigación ha tomado como foco de análisis una instancia de agregación juvenil conceptualizada como *grupos de pares barriales*. Dichas formas de agrupamiento entre pares conciertan un entramado complejo de relaciones sociales preñadas de significaciones y valoraciones que no resultan evidentes de manera inmediata. Las razones para estar juntos trascienden el campo de la amistad que, en apariencia, podría presentarse como la dimensión articuladora de estos espacios juveniles.

De este modo, el esfuerzo del trabajo de investigación para esta tesis ha estado encaminado a penetrar en profundidad y desentrañar la madeja de significaciones y lógicas de comportamiento que se condensan en torno al agrupamiento juvenil. La tesis enunciada en la Introducción indicaba que el campo de los agrupamientos de pares concentra lógicas y sentidos cruzados, el contenido de los cuales se vuelve inteligible al ubicarlos en relación a los condicionantes que configuran sus límites y posibilidades.

Así, si hablamos de grupos de pares es imprescindible la contextualización témporo-espacial, que en este caso remite a la sociedad urbana de nuestros días. Más específicamente, los grupos de pares analizados se conforman en barrios periféricos de un centro urbano de la Argentina contemporánea.

A partir de estas consideraciones, y de acuerdo con el modelo de análisis propuesto, para llegar a dilucidar el carácter y la lógica de dichos agrupamientos juveniles fue preciso tomar en cuenta la particular estructuración histórico-social y política que toma forma en los años que marcan el tránsito del siglo XX al siglo XXI, en el transcurso de los cuales, los sujetos de esta investigación viven su infancia y su adolescencia. Elegí concentrarme en torno a dos grandes procesos que forman parte del conjunto de transformaciones sociohistóricas y políticas del período aludido, que me permiten iluminar las biografías juveniles y sus prácticas grupales.

Uno de estos procesos se refiere a la orientación de las políticas en el marco de un Estado neoliberal, enfocando particularmente las políticas dirigidas al sector juvenil. Las iniciativas estatales en este plano exhiben los rasgos generales de la política social, caracterizada principalmente por la creciente falta de asistencia, la parcialidad, fragmentación y discontinuidad. La premisa principal es la inclusión de los jóvenes, en especial en el mundo del trabajo. Al mismo tiempo, el sistema jurídico-legislativo promueve intervenciones estatales tendientes a un mayor control y penalización de los comportamientos juveniles. De este modo, en el plano de las políticas públicas se van consolidando representaciones y maneras de concebir a la *juventud* que impregnan el sentido común y tienen derivaciones en quienes son pensados desde dichas concepciones. En términos generales puede advertirse que el Estado produce a los jóvenes a través de un paradigma que los desdobra como sujetos a incluir y a reprimir.

El otro proceso se refiere a las transformaciones sociourbanas que originan espacios de concentración de pobreza, como lo es el ámbito en donde residen los jóvenes contactados en la investigación. En la configuración de dichos enclaves se entrecruzan políticas públicas de organización del espacio urbano, y políticas generadas desde los sujetos en pos de un lugar donde habitar, y se va tejiendo una vida interna teñida de conflictividades, estigmatización y aislamiento.

A partir de este plano contextual general, la investigación procuró abordar la juventud a escala de sus experiencias en ámbitos cotidianos. Se exploraron sus prácticas dentro del espacio barrial y desplazándose fuera de él, en el mundo familiar, y en las esferas de la escuela y el trabajo. Este abordaje produjo un conocimiento integral de las trayectorias juveniles, con atención a la disparidad de recorridos biográficos. La argumentación teórico-metodológica de esta investigación sostiene la relevancia de producir tal visión integral de la vida juvenil -aunque el foco de atención esté puesto en la problemática de las grupalidades- en virtud de la centralidad que adjudico a las trayectorias vitales juveniles en la configuración del universo grupal

De este modo, para llegar a saber de qué grupos juveniles estamos hablando la investigación transitó un "camino de ida y vuelta", que, a partir de los jóvenes en las *esquinas*, avanzó hacia la identificación de un conjunto de

condiciones y relaciones más amplias y más específicas, para alcanzar una explicación compleja de ese sujeto de estudio.

Los *grupos de pares barriales* se sitúan en el punto de intersección de las dinámicas políticas, económicas y espaciales. Su análisis reveló la articulación compleja de diferentes lógicas de comportamiento colectivo, que combinan la reproducción cotidiana de los jóvenes y de los espacios grupales que integran, con la protección y el acompañamiento mutuos, la diversión y la excitación compartidos, y la posibilidad de expresión y reconocimiento público, trayendo a escena los múltiples cruces entre la vida grupal juvenil y los distintos procesos de la vida social contemporánea. En esos cruces habita la paradoja de la grupalidad, brindando refugio, pertenencia y posibilidades de sobrevivencia, pero reforzando también la estigmatización y el aislamiento impuestos a los jóvenes pobres por las dinámicas estructurales.

Puede hablarse de un ciclo temporal de la grupalidad, que concluye por la dispersión progresiva provocada por una confluencia de distintos movimientos. En especial se destaca un paulatino deslizamiento de los miembros de los grupos de pares hacia formas de vida socialmente legitimadas, a medida que alcanzan la "mayoría de edad". Esto invita a formular algunas reflexiones alrededor de la "edad". Efectivamente, el campo problemático de esta investigación supone un entrecruzamiento entre las categorías de *grupalidad* y *juventud*. He dedicado la mayor atención a examinar la primera, reservando para estas conclusiones una problematización en torno a la segunda, y una reflexión acerca del modo en que se interpenetran en el entorno social específico.

En los estudios sobre juventud existe una amplia concordancia sobre dos aspectos relevantes. Por un lado, se coincide en concebir que la *juventud* no remite meramente a un dato natural ligado a la edad, sino que se trata de una construcción, cuyos contenidos y espesura varían sociohistórica y culturalmente, en la medida en que cada época, cada cultura y cada sector social postulan modos distintos de ser joven (Margulis, 1996), e incluso la antropología y la historia han documentado sociedades que nunca distinguieron una etapa de la vida que se corresponda con lo que nosotros llamamos "juventud". Por otra parte, se subraya su carácter de *liminalidad* (Levi y Schmitt, 1996), en tanto se sitúa entre los

márgenes movедizos de la dependencia infantil y los cometidos de la vida adulta, convirtiéndose en una esfera de identidad pasajera, provisional, a diferencia de las identidades estructuradas alrededor del género, la etnia o la clase, que en principio están fijadas para siempre, o difícilmente se sale de ellas. Esa posición liminal determinará en cada contexto particular, tanto las actitudes de "los demás" respecto de la juventud, como la visión que los jóvenes tienen de sí mismos (Levi y Schmitt, 1996).

Propongo examinar algunos elementos que dan cuenta de los particulares valores, significados y expectativas de que se reviste la juventud en el entorno social abordado.

Numerosos indicios señalan que en los contextos de sectores populares las significaciones construidas alrededor de la juventud están fuertemente penetradas por la noción de "minoridad" que emana de la red jurídico-estatal. Intento sugerir que las expectativas y significaciones asignadas a esta edad muestran huellas de la interiorización de la categoría de "menor" producida por las instituciones del Estado que define los términos en los cuales el conjunto de sujetos así concebidos serán objeto de acciones de protección, de control y de castigo.

El tópicо que estoy tratando reviste importancia para observar cómo un procedimiento jurídico-estatal para definir límites de edad en función de los cuales concretar derechos y deberes, se desliza en la cotidianeidad de los grupos sociales. Parece evidente que la construcción de "menor" ha arraigado en las representaciones colectivas de los sectores populares a partir de su intenso contacto con tribunales, comisarías e institutos. Pero también se nutre de la normativa vigente en el mundo del trabajo, a partir de la cual se percibe que ser mayor de edad permite acceder a modalidades de inserción laboral asalariada, fuera de los circuitos de la informalidad en que deben moverse antes de los 18 años. Procuero decir que la significación que recorre la categoría de "menor" arraiga intensamente en las condiciones de vida de estos sectores, tanto por sus implicancias en el plano de la responsabilidad penal, como por la posibilidad legal de ejercer una actividad laboral. También habrá que tomar en cuenta que la asistencia social, en particular los Planes para Jefas y Jefes de Hogar, se extinguen cuando los hijos alcanzan la mayoría de edad, lo cual, según pude ver, se traduce

en una mayor presión para que aquellos hijos que llegan a los 18 años provean a la economía del grupo familiar.

Como decía, un factor clave en esta configuración de la edad está en relación con la interiorización que se hace de la edad mínima de ingreso al trabajo de acuerdo al marco normativo vigente en materia laboral, que implica un límite, pero también una ambigüedad, ya que "*en algunos lados lo dejan pasar a un menor*".

Esta construcción del joven como "menor" por otra parte, también da lugar a manipulaciones y especulaciones en relación con el marco legal penal, como por ejemplo, cuando ante una detención, se apela al recurso de hacerse pasar por menor de edad.

De acuerdo con esto, se va modelando un contexto sociocultural en el que se ponen en juego un conjunto de significaciones y expectativas alrededor de los 18 años, que van señalando distintos lugares sociales a ocupar y diferentes modos de participación en la vida social.

Es posible advertir que la significación social asignada a la mayoría de edad es incorporada por los jóvenes con fuertes efectos en la orientación de sus comportamientos y actitudes. Sin proponerlo en términos de márgenes fijos o delimitaciones rígidas, se observa que alrededor de los 18 años se va abriendo un nuevo proyecto identitario, que implica cierta aceptación de lo socialmente esperado en relación a su constitución como sujeto mayor de edad. Todo lo cual tiene impacto en el proceso grupal. A medida que se ingresa en dicha categoría de edad, la pertenencia y la identidad anudada al agrupamiento entre pares comienza a sentirse como incómoda o inadecuada, del mismo modo que en algún momento del recorrido vital lo fue la vinculación al mundo escolar. Se aspira a sentirse parte de algo que es aprobado por el entorno social, tanto por el núcleo familiar, como por las distintas instancias macrosociales. Poco a poco, y en la medida de lo posible, los jóvenes van buscando incorporarse a un espacio laboral con mayor continuidad de lo que lo hicieron antes. También se encaminan a la formación de pareja y a la paternidad. La congregación en las *esquinas* va cediendo paso a otras redes de agregación y sociabilidad, como por ejemplo las iglesias.

De este modo, advierto que la grupalidad cobra sentido en un tramo del proceso biográfico de los jóvenes. El tiempo de la pertenencia grupal coincide con los años en que estos sujetos quedan al borde de cualquier inscripción identitaria. Son los años en los cuales la escolaridad, por múltiples procesos, va saliendo de la escena de sus vidas o ya resulta una pertenencia perturbadora, el ámbito laboral no permite configurar una identidad como trabajador, sino que acumula frustración y desaliento, la aproximación al campo político termina en impotencia y se diluye y la afiliación familiar se torna cada vez más tensa e insegura.

Pareciera que la sociabilidad entre pares está legitimada, si bien a medias, como algo propio de una determinada edad de la vida, más allá de que los particulares agrupamientos sociales que se integren estén bajo sospecha.

En efecto, en el desarrollo de este trabajo he enfatizado la desaprobación social que cruza la vida grupal juvenil. Tanto en la percepción pública como en las concepciones que subyacen en las intervenciones estatales pareciera que el agrupamiento es siempre representado como potencialmente negativo, al menos en relación al tipo de manifestaciones grupales que se han analizado en esta Tesis. Sin embargo, pese a cierta conciencia del estigma que ronda su presencia en las esquinas, los jóvenes no vivencian esta experiencia como algo indeseable o indigno, sino hasta que se sienten próximos a la "adulthood".

Conviene entonces esbozar algunas reflexiones en torno de lo que puede avizorarse, será el futuro próximo de estos sujetos. En principio, y de acuerdo a lo expresado en cuanto a las expectativas sociales, se advierte su propósito de inserción en modos de vida adulta, principalmente a través de la formación de pareja, y de un trabajo de cierta regularidad, lo que se acompaña del abandono paulatino de los grupos de esquina. Sin embargo, si bien algunos logran este proceso, en muchos otros casos, las condiciones que modelan una vida "de adulto" se alejan, permaneciendo estos sujetos indefinidamente ligados a la instancia de la grupalidad. Resulta inevitable preguntarse si la persistencia de esta situación de fuerte desafiliación los colocará, a ellos y a los grupos que integran, al borde de profundizar las prácticas delictivas.

A estos jóvenes les toca configurar sus vidas en un contexto social que los limita en tanto no abre un espacio de posibilidades para su inserción, y los lleva a

inventarse opciones de sobrevivencia que los colocan de cara a una intensificación de prácticas ilegales, todo esto en un clima general de creciente tendencia autoritaria, a partir de la internalización de argumentaciones hegemónicas sobre la cuestión de los jóvenes, la inseguridad y el delito.

A comienzos del siglo XXI germina una disputa crucial entre quienes hacen suyo el discurso propagado a partir del "efecto Blumberg" -apuntando entre otras cosas al endurecimiento de las penas y a bajar los límites de edad para la imputabilidad- y quienes defienden un entendimiento más integral del recorrido vital y los comportamientos de los sujetos, proponiendo intervenciones que tiendan a protegerlos, a diferencia de las normativas y prácticas actuales que aumentan sus padecimientos y angustias.

El resultado de ese proceso de lucha expresado en la política penal y en la legislación del tratamiento a los "menores" revelará hasta qué punto la sociedad acompaña y se identifica con el modo hegemónico de mirar al joven (y al delito), o produce un espacio para desafiarlo, abriendo las condiciones y posibilidades en que los jóvenes imaginan "quiénes son y quiénes pueden ser" (Wacquant, 2001).

## Bibliografía

- Abarca, Humberto y Sepúlveda, Mauricio (2005), "Barras bravas, pasión guerrera. Territorio, masculinidad y violencia en el fútbol chileno", en Ferrándiz, F. y Feixa, C. (eds.), cit.
- Achilli, Elena (2000), "Escuela y Ciudad. Contextos y lógica de fragmentación sociocultural", en Achilli, Elena y otros, cit.:
- (2003), *Escuela, Familia y Etnicidades. Investigación socioantropológica en contextos interculturales de pobreza urbana*, Tesis Doctoral, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, inédito.
- (2005) "De memorias y experiencias urbanas. una presentación", en Achilli, E. y otros, *Memorias y experiencias urbanas*, Rosario, UNR Editora.
- y otros (2000), *Escuela y Ciudad. Exploraciones de la vida urbana*, Rosario, UNR Editora y Cea-Cu Ediciones.
- Alonso, Alejandro (1999), "Black Street Gangs in Los Angeles: a History", disponible en <http://www.streetgangs.com/history/hi01.html>, tomado el 26-01-06
- Alpini, Adriana (2003), "Vuelven las tribus?", Serie *Ser Urbano XI*, [www.chasque.apc.org/frontpage/relacion/0105/tribu.htm](http://www.chasque.apc.org/frontpage/relacion/0105/tribu.htm), 19-06-03.
- Alhabe, Gérard y Schuster, Félix (comps.) (1999), *Antropología del presente*, Buenos Aires, Edicial.
- Alvarez Uría, Fernando (1998), "Retórica neoliberal. La gran ofensiva de los científicos sociales contra las políticas sociales en EE.UU.", *Claves de Razón Práctica*, n° 70, págs. 20-28.
- Auyero, Javier (1993), *Otra vez en la vía. Notas e interrogantes sobre la juventud de sectores populares*, Buenos Aires, Espacio.
- (2001) "Introducción. Claves para pensar la marginación". En: Wacquant, Löic, cit.

- Balardini, Sergio (1999), "Políticas de juventud: conceptos y la experiencia argentina", Revista *Última Década*, n° 10, disponible en: [http://www.cidpa\\_d/txt/10ART12.PDF](http://www.cidpa_d/txt/10ART12.PDF)
- (comp.) (2000), *La participación social y política de los jóvenes en el horizonte del nuevo siglo*, Buenos Aires, CLACSO y ASDI.
- Bourdieu, Pierre (1984), *Sociología y cultura*, México, Grijalbo.
- (1999) *La miseria del mundo*, Buenos Aires, FCE.
- y Wacquant, Loïc (2001), *Las argucias de la razón imperialista*, Barcelona, Paidós.
- Bourgois, Philippe (1995), *In Search of Respect. Selling Crack in El Barrio*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Cambiasso, Norberto y Grieco y Bavio, Alfredo (1999), *Días felices. Los usos del orden: de la Escuela de Chicago al Funcionalismo*, Buenos Aires, Eudeba.
- Castillo Berthier, Héctor (2002), "De las bandas a las tribus urbanas. De la transgresión a la nueva identidad social", *Desacatos*, n°9, págs. 57-71.
- (2004), "Pandillas, jóvenes y violencia", *Desacatos*, n° 14, págs. 105-156.
- Castellani, Alessandra (1994), *Senza chioma ne legge. Skins italiani*, Roma, Manifestolibri.
- Cattaruzza, Alejandro (1997), "El mundo por hacer. Una propuesta para el análisis de la cultura juvenil en la argentina de los años setenta", *Entrepasados*, año VI, N° 13, págs. 103-114.
- Chaves, Mariana (2005), "Creando estilo: Alternativos en La Plata", en Sanchez, Silvana (comp.), cit.
- Cortés, Julio (2005), "Jóvenes, derechos e inseguridad urbana: Entre la protección y la criminalización", en Sepúlveda, Mauricio y otros (comps.), cit.
- Costa, Pere-Oriol y otros (1996), *Tribus urbanas. El ansia de identidad juvenil: entre el culto a la imagen y la autoafirmación a través de la violencia*, Barcelona, Paidós.
- Cravino, María Cristina (2001) "La propiedad de la tierra como un proceso", ponencia presentada ante SLAS 2001 Conference *Land Tenure Issues in Latin America*, Birminham.

- y otros (2000), "Vida cotidiana e implementación de políticas sociales: receptores y mediadores en un barrio del Conurbano Bonaerense", en Andrenacci, L. (org.), *Cuestión social y Política social en la argentina contemporánea*, Documentos de Trabajo del ICO/UNGS.
- Cristóbal, Desirée y María Isabel Domínguez (2002) "Las investigaciones sobre la juventud en Cuba. algunos apuntes para su comprensión", *Boletín Academia*, Vol.2, N° 1, La Habana, págs. 28-30.
- Desacatos. Revista de Antropología Social* (2004), N° 14 "Juventud: exclusión y violencia", México, CIESAS.
- Díaz Polanco, Héctor (2000), "El conflicto cultural en el umbral del tercer milenio", *Memoria*, n° 131, México, págs. 34-42.
- Duarte Quapper, Klaudio (2002), *Ser joven en Chile: entre Toronto y Tocopilla* [www.sepiensa.cl](http://www.sepiensa.cl), 01-05.
- Duschatzky, Silvia y Cristina Corea (2004), *Chicos en banda. Los caminos de la subjetividad en el declive de las instituciones*, Buenos Aires, Paidós.
- Feixa, Carles (1989), "Pijos, progres y punks. Hacia una antropología de la juventud urbana", *De Juventud*, 34 (junio), Instituto de la Juventud, Madrid, págs. 69-78.
- (1990) "Púberes, efebos, mozos y muchachos. La juventud como construcción cultural", en VV.AA., *Juventud y Sociedad: del neolítico al neón*, Zaragoza, Ayuntamiento de Zaragoza.
- (1992), "De las Bandas a las Culturas Juveniles", *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, vol. IV, n° 15, págs. 139-170.
- (1993), "Emigración, etnicidad y bandas juveniles en México", en *Actas del VI Congreso de Antropología*, Tenerife, Federación de Asociaciones de Antropología del Estado Español, Tenerife, págs. 153-172.
- (1994a), "Las culturas juveniles en las ciudades medias. Un estudio de caso", *Estudios demográficos y urbanos*, vol 9 n° 2, págs. 339-356.
- (1994b), "Tribus urbanas" & "chavos banda". Las culturas juveniles en Cataluña y México", *Nueva Antropología*, n° 47, págs. 69-93.
- (1998), *El Reloj de Arena. Culturas juveniles en México*, México, Centro de Investigación y Estudios sobre Juventud, Colección JOVENes n°4.

- Ferrándiz, Francisco y Carles Feixa (eds.) (2005), *Jóvenes sin tregua. Culturas y políticas de la violencia*, Barcelona, Anthropos.
- Gallart, María A. y otros (1996), "Adolescencia, pobreza y formación para el trabajo", en Konterllnik, Irene y Claudia Jacinto (comps.) *Adolescencia, pobreza, educación y trabajo*, Buenos Aires, Losada y Unicef.
- Gangresearch.net, <http://www.gangresearch.net>
- Ganter, Rodrigo y Raúl Zorzuri (1999), "Tribus urbanas: por el devenir cultural de nuevas sociabilidades juveniles", *Perspectivas*, año 6, n° 8
- Garbulsky, Edgardo y otros (2000), "Los toba (Qom) en Rosario", *Revista de la Escuela de Antropología*, Vol.V, págs. 77-92.
- García Canclini, Néstor (2004), *Diferentes, desiguales y desconectados*, Buenos Aires, Gedisa.
- González, Angeles María y Daniel Miguez (2004), "Aproximación etnográfica a las relaciones de poder de los jóvenes en conflicto con la ley penal de la Provincia de Buenos Aires. Estudio de un caso", trabajo presentado en el VII Congreso Argentino de Antropología Social, Villa Giardino (versión en CD).
- Gramsci, Antonio (2004), *Antología*, Tomo II 1926-1937, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Grassi, Estela (1999), "La familia: un objeto polémico. Cambios en la dinámica de la vida familiar y cambios de orden social", en Neufeld, María Rosa y otros (comps.) *Antropología social y política*, Buenos Aires, Eudeba.
- Guerrero Borrego, Natividad (2002), "La juventud cubana y sus perspectivas. Estado actual de las investigaciones sobre juventud", *Boletín Academia*, Vol.2, n° 1, La Habana, págs. 19-21.
- Hagedorn, John (s/f), "Definitions of gangs", Seminarios on line sobre bandas, <http://www.gangresearch.net/GangResearch/Seminars/definition/Cdef/html>, 10-02-04.
- (1998), "Gang Violence in the Postindustrial Era", *Crime and Justice*, vol.24, <http://www.journals.uchicago.edu/C/abstracts/Chicago/abstract/html>, 10-02-04

- (2003), "Gangs and Community", en: Christianson, Karen y David Levenson (eds.) *The Encyclopedia of Community*, Sage Publications, págs. 517-522, <http://www.gangresearch.net/Archives/hagedorn/gangcont.html>, 15-01-05.
- (ed.) (2005), *Gangs in the global City*, Champaign, University of Illinois Press, (en prensa). "Introduction. Globalization, Gangs and Traditional Criminology" disponible en <http://www.gangresearch.net>, 13-09-05
- Hall, Stuart y Tony Jefferson (eds.), (1983 [1976]) *Resistance through Rituals. Youth subcultures in post-war Britain*, Londres, Hutchinson.
- Hannerz, Ulf (1986), *Exploración de la ciudad. Hacia una antropología urbana*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Hopenhayn, Martín (2005), "Jóvenes latinoamericanos: del mundo del trabajo al mundo atemporalizado", en Sepúlveda, Mauricio y otros (comps.), cit.
- Isla, Alejandro y Daniel Miguez (coords.) (2003), *Heridas urbanas. Violencia delictiva y transformaciones sociales en los noventa*, Buenos Aires, Editorial de las Ciencias - FLACSO.
- Jacinto, Claudia y Carla Bessega (2002), "Un lugar en el mundo. Jóvenes vulnerables en búsqueda de espacios de inclusión social", en Forni, Floreal (comp.) *De la exclusión a la organización. Hacia la integración de los pobres en los nuevos barrios del conurbano bonaerense*, Buenos Aires, Ediciones Circus.
- Kessler, Gabriel (2002), "De proveedores, amigos, vecinos y "barderós": Acerca de trabajo, delito y sociabilidad en jóvenes del Gran Buenos Aires", en Beccaria, Luis et al, *Sociedad y Sociabilidad en la Argentina de los 90*, Buenos Aires, UNGS-Biblos.
- (2004), *Sociología del delito amateur*, Buenos Aires, Paidós.
- Kuasñosky, Silvia y Dalia Szulik (1996), "Desde los márgenes de la juventud", en Margulis, Mario (ed.), cit.
- Krauskopf, Dina (2000), "Dimensiones críticas en la participación social de las juventudes", en: Balardini, Sergio (comp.), cit.
- Lacalle Zalduendo, Charo (1996), "Subculturas juveniles. Aproximaciones teóricas y metodológicas", en Costa y otros, cit.

- Levi, Giovanni y Jean-Claude Schmitt (1996), *Historia de los jóvenes*, Madrid, Taurus
- Liebel, Manfred (2002), "Pandillas y maras: señas de identidad", *Envío Digital*, n° 244, <http://www.envio.org.ni/articulo/1161>
- (2004), "Pandillas juveniles en Centroamérica o la difícil búsqueda de justicia en una sociedad violenta", *Desacatos*, n° 14, págs. 85-104.
- Lucchini, Ricardo (1999), *Niño de la calle. Identidad, sociabilidad, droga*, Barcelona, Los Libros de la Frontera.
- Maffesoli, Michael (2004 [1988]), *El tiempo de las tribus. El ocaso del individualismo en las sociedades posmodernas*, México, Siglo XXI.
- Margulis, Mario y otros (1994), *La cultura de la noche. La vida nocturna de los jóvenes en Buenos Aires*, Buenos Aires, Espasa Calpe.
- (ed.) (1996), *La juventud es más que una palabra*, Buenos Aires, Biblos.
- Marx, Karl (1977), *Líneas Fundamentales de la Crítica de la Economía Política*, en Marx y Engels, *Obras*, Buenos Aires, Grijalbo.
- Matus Madrid, Christian Paulo (1999), "Del Bar a la Disco: Estereotipos, Discriminaciones, Identidades y Representaciones en el Consumo Cultural de Jóvenes de Sectores Medios", *Actas del Tercer Congreso Chileno de Antropología*, Tomo 1, Temuco, 340-350.
- (2000), "Tribus urbanas: entre ritos y consumos. El caso de la discoteque *Blondie*", *Ultima Década*, n° 13, págs. 97-120, disponible en: [http://www.cidpa.d/bxt/13art\\_05.doc](http://www.cidpa.d/bxt/13art_05.doc)
- Mead, Margaret (1980[1970]), *Cultura y Compromiso. Estudio sobre la Ruptura Generacional*, Barcelona, Gedisa.
- (1984), *Adolescencia, sexo y cultura en Samoa*, Barcelona, Planeta..
- Medina Carrasco, Gabriel (comp.) (2000), *Aproximaciones a la diversidad juvenil*, México, El Colegio de México.
- Menéndez, Eduardo (2005), "Lazos, redes y rituales sociales, o las desapariciones melancólicas", Conferencia en el I Congreso de la Asociación Latinoamericana de Antropología, Rosario, inédito.
- Miguez, Daniel (2004), "Las nuevas formas de la violencia en la Argentina. Declinación social y delincuencia juvenil en los años noventa", trabajo

- presentado en el VII Congreso Argentino de Antropología Social, Villa Giardino (versión en CD).
- Monod, Jean (1976[1969]), *Los barjots. Ensayos de etnologías de bandas juveniles*, Barcelona, Seix Barral.
- Murnis, Miguel y Silvio Feldman (2002), "Formas de sociabilidad y lazos sociales", en Beccaria, Luis et al, *Sociedad y Sociabilidad en la Argentina de los 90*, Buenos Aires, Biblos.
- Núñez, Pedro (2004), "Prácticas políticas en un barrio del Gran Buenos Aires. Un acercamiento a los criterios de justicia en jóvenes de sectores populares", trabajo presentado en el VII Congreso Argentino de Antropología Social, Villa Giardino (versión en CD).
- Padawer, Ana (2004), "Nuevos esencialismos para la antropología: las *bandas y tribus* juveniles, o la vigencia del culturalismo", trabajo presentado en el VII Congreso Argentino de Antropología Social, Villa Giardino (versión en CD).
- Palenzuela, Pablo (1995), "Las culturas del trabajo: Una aproximación antropológica", *Sociología del Trabajo*, nueva época, n° 24, págs.3-28.
- Perea Restrepo, Carlos (2004), "Pandillas y conflicto urbano en Colombia", *Desacatos*, n° 14, págs. 15-35.
- (2004), "Jóvenes, crimen y estigma", *JOVEN es. Revista de Estudios sobre Juventud*, año 8, n° 20, págs.140-169.
- Pérez Islas, José Antonio (coord.) ((2000a), *Jóvenes: una evaluación del conocimiento. La investigación sobre juventud en México 1986-1999*, Tomo I y II, México, Instituto Mexicano de la Juventud.
- (2000b), "Visiones y versiones. Los jóvenes y las políticas de juventud", en: Medina Carrasco, Gabriel (comp.), *cit.*
- Rabello de Castro, Lucia (org.) (2001), *Infancia y adolescencia en la cultura del consumo*, Buenos Aires, Lumen.
- Reguillo Cruz, Rossana (2000a), *Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del desencanto*, Buenos Aires, Norma.
- (2000b), "Las culturas juveniles: Un campo de estudio. Breve agenda para la discusión", en: Medina Carrasco, Gabriel (comp.), *cit.*

- Richa, José Luis (2000), "Pandilleros: la mano que empuña el mortero", *Envío Digital*, n° 216, <http://www.envio.org.ni/articulo/994>, 15-01-06.
- (2005), "El traído :clave de la continuidad de las pandillas", *Revista Envío Digital*, n° 280, <http://www.envio.org.ni/articulo/2982>, 15-01-06.
- Rossini, Gerardo (2003), "Vagos, Pibes Chorros y Transformaciones de la Sociabilidad en Tres Barrios Periféricos de una Ciudad Entrerriana", en Isla, Alejandro y Daniel Miguez (coords.), cit.
- Sanchez, Silvana (2000), "Situación laboral y educativa de jóvenes de grupos familiares pobres", *Actas del VI Congreso Argentino de Antropología Social*, Mar del Plata, versión en CD.
- (2003), "Aproximaciones a la vida juvenil en ámbitos de pobreza urbana"., *Claroscuro. Revista del Centro de Estudios sobre Diversidad Cultural*, n° 3, págs.: 375-393.
- (2005) (comp.), *El mundo de los jóvenes en la ciudad*, Rosario, Laborde Editor y CEA-CU Ediciones.
- y Gabriela Bernardi (2005), "Procesos de concentración espacial de la pobreza urbana. Retrato de una configuración", en Achilli, Elena y otros, cit.
- Santiago, Fernando (2002), "*Chicos malos*". *Juventud, precariedad y delito*, Buenos Aires, Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Sepúlveda, Mauricio y otros (comps.) (2005), *Nuevas geografías juveniles. Transformaciones socioculturales*, Chile, Ediciones Universidad Diego Portales.
- Serrano, José Fernando (2005), "La cotidianidad del exceso. Representaciones de la violencia entre jóvenes colombianos", en Ferrándiz, Francisco y Feixa, Carlos (eds.), cit.
- Silva, Juan Claudio (2002), "Juventud y tribus urbanas: en busca de identidad", *Última Década*, n° 17, págs. 117-130.
- Sosa, Ruth (2000), "¿Crisis de la sociedad del trabajo?... ¿O un nuevo sentido común posmoderno?", *Anuario de Sociología*, vol. 1, págs.7-21.
- Szulik, Dalia y Kuasñosky, Silvia (1996), "Jóvenes en la mira", en: Margulis, Mario (ed.), cit.
- Thompson, Edward P. (1981), *Miseria de la teoría*, Barcelona, Editorial Crítica.

- Thrasher, Frederick, (1960 [1927]), *The Gang*, Chicago, University of Chicago Press.
- Tonkonoff, Sergio (2001), "Entrar y salir de la legalidad. Identidades popular-juveniles entre la exclusión y el delito", *Cuaderno de Antropología Social* n° 14, págs. 61-77.
- Urteaga, Maritza (2000a), "Formas de agregación juvenil", en Pérez Islas, J. A. (coord.), cit.
- (2000b), "Identidad, cultura y afectividad en los jóvenes punks mexicanos", en Medina Carrasco, Gabriel (comp.), cit.
- Valenzuela Arce, José Manuel (1988), *¡A la brava ése!*, Tijuana, México, El Colegio de la Frontera Norte.
- Vigil, James Diedo (1994), *Barrio Gang. Street life and identity in Southern California*, Austin, University of Texas Press.
- Vila, Pablo (1985), "Rock nacional, crónicas de la resistencia juvenil", en Jelin, Elizabeth (comp.) *Los nuevos movimientos sociales*, Tomo I, Buenos Aires, CEAL.
- Wacquant, Loïc (2001), *Parias urbanos*, Buenos Aires, Manantial.
- (2005), "Protección, disciplina y honor. Una sala de boxeo en el gueto americano", en Ferrándiz y Feixa (eds.), cit.
- Whyte, William Foote (1971 [1942]), *La sociedad de las esquinas*, México, Diáfora.
- Williams, Raymond (1980), *Marxismo y Literatura*, Barcelona, Ediciones Península.
- Willis, Paul (1988 [1977]), *Aprendiendo a trabajar*, Madrid, AKAL Universitaria.
- Wright Mills, C. (1961), *La imaginación sociológica*, México, F.C.E.
- Zarzuri Raúl (2000), "Notas para una aproximación teórica a nuevas culturas juveniles: las tribus urbanas", *Ultima Década*, año 8, n° 13, págs.81-96, disponible en: [http://www.cidpa.d/bxt/13art\\_04.doc](http://www.cidpa.d/bxt/13art_04.doc)